



Revista
LOTERIA

Nº 227

ENERO, 1975

La Revista Lotería presenta en este número de enero, selecciones de las distintas obras premiadas en el Concurso Miró 1974, trabajos que próximamente serán editados por el Instituto Nacional de Cultura.

JULIO CESAR MORENO DAVIS

*La filosofía, el arte
y la estética*

PALABRAS PRELIMINARES

El trabajo que presentamos a continuación forma parte de un extenso ensayo monográfico sobre el notable pensador panameño Dr. Isaías García Aponte, quien perdiera la vida dramática y prematuramente en 1968 cuando aún no había dado a su país todo lo que su voluntad y talento fecundo podía ofrecerle. El precitado estudio, que ha querido poner de relieve sus cualidades dianoéticas y éticas como un ejemplo para las generaciones presentes y futuras, aparecerá publicado próximamente bajo el título de "ISAIAS GARCIA APONTE, su vida, obra y pensamiento vivo (1927-1968)", y mereció el Premio Anual "Ricardo Miró" del presente año (1974).

A petición de la Revista LOTERIA, hemos seleccionado uno de los aspectos de su pensamiento para la publicación de fin de año: sus ideas sobre la Estética, que nos parece lo más significativo de aquél, no sólo porque a ello dedicara gran parte de su fructífera vida docente, sino también porque es la faceta menos conocida de su potencial creatividad.

El hecho de que cada capítulo y subtítulo tenga una precisa concatenación lógica, hará fácil su lectura sin que el amable lector tenga que presumir antecedentes previos.

El Autor

La Estética es el epicentro de las preocupaciones de Isaías García. En Francia, asiste al curso sobre las "CATEGORIES ESTHETIQUES" dictado por el Dr. ETIENNE SOURIAU, en la Sorbona. (1). Hombre de una sensibilidad nada común, vivió siempre rodeado de belleza. Su casa era un pequeño museo de Arte. De las paredes colgaban obras de pintores y escultores panameños y extranjeros de todas las tendencias.

Las exposiciones que llevó a cabo como Director del Instituto Panameño de Arte, su Plan de conservación del Casco Viejo de la Ciudad, sus discursos inaugurales de las presentaciones artísticas y sus trabajos críticos y comentarios en materia de Arte, son testigos eloquentes de sus actividades por la cultura estética nacional y de sus conocimientos eruditos en esta materia.

Catedrático de Estética desde 1963, hace de sus clases un instrumento de formación estética, al nivel teórico y práctico, cuyos resultados a siete años de su deceso, se dejan sentir claramente. Fue su sueño un LABORATORIO DE ESTETICA —para hacerlo realidad iba a viajar a Francia a reunir experiencias en diversos Museos de Provincia, cuando lo sorprendió la Parca— que pronto cristalizará, y llevará su nombre.

Sus trabajos en este campo, si bien no suman un número considerable, no son por eso menos importantes. Su libro inconcluso de ESTETICA, los apuntes estenografiados de sus clases (2), sus Escritos y Discursos (3), constituyen la fuente de información que nos permitirá dar a conocer sus ideas estéticas.

1. ¿Qué es lo Bello?

Para el esteta Isaías García, lo Bello es una cualidad no sensible que trasciende las categorías temporo-espaciales, si bien no es sino en los objetos que ocupan un lugar en el espacio y están sujetos a las contingencias del tiempo en que aquélla se percibe.

La Belleza es algo que se expresa a través de juicios estimativos, no teóricos; no es algo que pertenezca, por tanto, a la Lógica, sino al sentido de lo valioso.

La Belleza es ontológicamente objetiva: existe en sí y por sí con independencia de la valoración que le corresponde por ser un valor y

-
1. Isaías García A. conservaba en su Biblioteca el apunte mimeografiado del mismo.
 2. Debemos consignar aquí nuestro agradecimiento a la estudiante NINA SHIRER, quien nos facilitó copia estenográfica de las clases de estética del maestro por lo que consideramos que es una fuente de primera mano.
 3. "Guillermo Trujillo", (1966), "Arte: Misterio y Creación" (s/f), "La Tragedia, épica del llanto" (s/f), "Adán Vásquez, pintor (1967), "Tomás Cabal, pintor" (s/f) y "Nuevas posibilidades del Arte Panameño" (s/f).

pertenecer al reino de los valores con todas las determinaciones ónticas que les pertenecen. Precisamente, esa comunidad óntica es la que ha permitido la identificación de “lo Bello” con otros valores, vgr., lo bueno, lo útil, lo verdadero, lo agradable. Pero ésta proviene de un viejo prejuicio platónico que identificaba lo bueno, lo bello y lo verdadero. Tal prejuicio debe superarse aún cuando esté fundado en una honorable intención —alude sin duda al sentido que Kant le dá— porque el valor puede destruirse al privársele de su autonomía. Así,

“La disyuntiva entre objetivismo y subjetivismo es falsa; porque la Belleza no está realmente en el objeto independientemente de nosotros ni en el sujeto independientemente del objeto. Es una relación que implica dos términos: sujeto y objeto. El objeto que es contemplado y el sujeto que contempla. Si bien la Belleza es una consonación y la Fealdad una disonación en tanto que depende de mi vibración, también yo dependo de esa consonación y disonación que me hace vibrar. Yo encuentro la consonación bella porque hay vibración del goce estético, pero vibro porque hay consonación que viene de fuera, lo que es un problema serio” (4).

2. Lo Bello natural y lo Bello artístico.

¿Es la naturaleza una realidad estética? ¿Es la belleza una cualidad exclusiva de la obra de arte?

La naturaleza posee belleza y produce goce estético; pero no es la misma belleza natural que la artística. Confusiones en este sentido han llevado a una incompreensión del Arte en el público.

La naturaleza sólo es bella cuando se la ve a través del “ojo del arte”: “No es el arte que deriva la belleza de la naturaleza, sino la naturaleza la que deriva su belleza del arte” (5).

Por eso, hay que distinguir grados en la belleza: Hay lo bello de la naturaleza bruta (belleza-a-estética); hay la belleza pseudo-estética que es la de la naturaleza escogida y ornamentada; y hay la belleza estética que es la belleza creada por el hombre y que es la propiamente estética.

Es así que siendo la Estética ciencia de lo bello artístico, es una filosofía del arte, una filosofía del valor artístico.

¿Son coincidentes la obra de arte y lo estético? No, porque si bien el arte tiene como fin la belleza, en éste convergen significaciones estéticas que pueden ser de orden moral, político, social, religioso y nacional, ya que el artista vive en un mundo en que se mezclan todas esas relaciones y, consciente o inconscientemente convierte su

4. **Apuntes de Estética.** Relación estenográfica de Nina Shirer. 1966. Pág. 8.

5. *Idem.*, pág. 11

obra en mensaje de esos ideales. A veces llegan a "opacar los valores propiamente estéticos".

3. Categorías Estéticas.

¿Es lo Bello el objeto de la Estética? El término "Bello" es anfibológico. Un sentido histórico y restringido supone que lo bello produce goce puro y profundo: se trata de un sentido místico-religioso. En sentido amplio, designa lo que es capaz de producir un sentimiento estético, y en consecuencia, puede considerarse como una forma estética fundamental o como variante de lo Bello; a saber, lo gracioso, lo bonito, lo trágico, lo sombrío, etc. A cada una de estas categorías estéticas corresponde un sentimiento estético determinado: Lo Bello producirá atracción o amor; lo feo repulsión u odio. Empero, lo feo puede implicar algo Bello en el sentido de que cosas feas de la naturaleza pueden llegar a formar algo bello.

Lo indiferente y lo terrible está en medio de lo Bello y de lo feo. El primero, no produce ni placer ni displacer, y está por eso, debajo de nuestra facultad estética. Lo segundo, anula todo sentimiento de placer o displacer tornándose horror. Está por tanto, encima de nuestra facultad estética. Pero si lo feo representa de lo feo supone una determinación esencial, la obra de arte deja de serlo. En este sentido lo feo tiene un valor negativo.

Lo feo no se puede excluir del Arte. Pero hay que distinguir lo feo artístico de lo feo natural. Lo feo natural es aquello que ha recibido el bautismo estético; en cambio, lo feo artístico es aquello en donde lo feo es funcional, no esencial; es una manera de contrastar lo bello. Así lo feo se torna algo positivo.

Entre lo bello y lo terrible está lo bello-terrible que bajo la denominación de sublime produce veneración. Lo opuesto a lo sublime es lo bajo, lo vil; lo vil es lo feo que, próximo a la indiferencia es desprecio. Entre lo bello y lo indiferente está lo gracioso que nos atrae, pero no con la fuerza de lo bello sino con suave afecto.

Lo opuesto a lo gracioso es lo repugnante que es lo feo terrible que produce horror. Lo bonito es algo bello, pero relativo siempre a un objeto, a una cosa o persona. Así, una mujer alta, elegante, es bella; una mujer pequeña y bien formada es bonita.

Lo bonito se opone a lo gracioso que va siempre ligado a una cosa de grandes proporciones, como por ej., las Pirámides egipcias. Lo que significa que lo bonito se aproxima más a lo gracioso y lo grandioso se aproxima más a lo sublime que evoca lo infinito.

La destrucción de lo grandioso y lo sublime es trágico. Un incendio es así, algo trágico que produce compasión y lástima. Lo

opuesto a lo trágico es lo cómico que produce risa. Y lo que causa risa en lo cómico es lo ridículo. (6).

4. La intuición estética.

En la Filosofía y en la Ciencia reina el concepto. En la Estética la intuición, en el sentido de que en el artista el conocimiento intuitivo se dá del mismo modo que el conocimiento conceptual. Empero, si bien el arte es intuición, no toda intuición es arte.

Hay algo más en este tipo de intuición que en la general. Se ha dicho que la intuición artística no es la intuición de una sensación o impresión, sino más bien una "intuición de una reacción". De este modo, tenemos primero la sensación; luego, la intuición no sería otra cosa que la representación de esa tal sensación. Si esto ocurre así, entonces la intuición artística viene a ser la intuición misma. Ocurriría en el caso del Arte lo que en el concepto científico que vendría a ser no el simple concepto elemental, sino el concepto del concepto; esto es, un concepto de un concepto humano. Un concepto forjado por el hombre de las cosas, y sobre las impresiones de éstas se forma conceptos. ¿Ocurren así las cosas?

No, no hay un concepto vulgar y científico, en el sentido de que éste último se sobreponga al primero. Aquél no es una simple representación, sino un perfecto concepto, aún dentro de su pobreza y limitación. No es tampoco cierto que el ser humano elabore a partir de esa sensación nuevos conceptos. Lo que pasa es que el concepto científico **enriquece** el concepto inicial sobreponiendo conceptos más amplios y comprensivos en la medida en que nuevas relaciones se descubren. Se trata, pues, de una diferencia **cuantitativa**, no cualitativa.

Por lo mismo, la intuición artística no es algo sobrepuesto a la intuición humana simple y general. La diferencia es **EXTENSIVA** no intensiva, es cuantitativa no cualitativa. Es abarcadora con respecto a la simple intuición humana.

Por ejemplo: Un canto de amor popular y un canto de amor de un compositor famoso sólo difiere en cuanto a su extensidad; de manera que "lo que nosotros llamamos artista es aquél que tiene capacidad de intuir o expresar de modo más complejo, más vasto, los diversos estados de ánimo. Y la obra de arte debería ser aquella que exprese primero esos estados de ánimo" (7).

La intuición artística y no-artística son intensivamente iguales, pero extensivamente diversas. Así, dos expresiones: "Puedo escribir los versos más tristes esta noche" y "Esta noche voy al cine", son

6. Idem., pág. 14-15

7. Idem., pág. 39

diferentes. Una, es artística; la otra, no. El canto y el dibujo son artes. Ambas suponen intuición y extensión; capacidad mayor o menor de expresar la variedad de la diversidad de nuestra vida diaria.

El artista como el genio están inmersos en su circunstancia, y no pueden pretender trascenderla, ya que ambos son humanos. Una pretensión tal los llevaría al ridículo. Ninguno está por encima ni por debajo de lo humano. Por eso, lo que expresan suele identificarse con lo que nosotros sentimos.

Una actitud que lleve al artista o al genio a colocarse más allá de su circunstancia conduciría a la formación de cultos y supersticiones. Los dos están en el justo medio de lo humano con su alta facilidad para expresar lo que hay en el hombre de humano.

Intuición artística y modo artístico no difieren; se trata simplemente de un goce de cantidad, de grado, de extensión. Una incomprensión en este sentido tergiversaría la naturaleza del arte y de la creación artística.

5. El método estético.

Isaías García ha dejado claro qué es la belleza, las categorías estéticas, lo natural y lo artístico y la intuición estética. Sus meditaciones se dirigen ahora a considerar la naturaleza del método estético.

Examina cuidadosamente los sistemas estéticos y los métodos usados. Distingue una estética “desde arriba” dentro de la cual ubica la Estética Platónica, Aristotélica y Hegeliana; y la Estética “desde abajo” que comprenden la Estética psicológica-Kant, Fechner, Lipps — Sociológica — el positivismo kantiano, el determinismo mecanicista de H. Taine y la estética marxista — y la Fenomenológica.

Su inspección de los mismos lo lleva a inferir que en realidad éstos eluden más que tocan la realidad estética, o no llegan al objeto estético. Los sistemas estéticos que determina han conceptualizado la obra de arte, indistintamente, como Idea, cosa física, objeto síquico u objeto social.

Es cierto que la obra de arte es una cosa física como lo son todas las cosas de la naturaleza; pero lo estético no es realidad física de la obra. Lo físico corresponde a la realidad, y como tal, sólo sirve como instrumento a la obra de arte; es la “ocasión” para que sea posible. Mas lo estético no es eso, ya que de ser así una piedra sería tan estética como una estatua. Pero sabemos que no es así. Un algo diferencia ambas: es lo que se le añade. La realidad está EN la cosa, pero se le incorpora lo estético que viene a ser su correalidad.

La tendencia a considerar el objeto estético como una manifestación de lo síquico es inválida en la medida en que, reduce apreciación estética a la mente humana, a la sicología del creador, olvidándose del objeto estético. Indudablemente que hay un mecanismo psicológico en el creador de una obra de arte, pero sí, y sólo si existe el objeto estético.

¿Es la obra de arte un mero hecho social? No, pues si bien es cierto que el artista crea dentro de un contexto social, no lo es menos que el producto de esa actividad creativa no tiene por qué ser un remedo de lo social. "Lo social en el arte corresponde a las condiciones dentro de las cuales se dá la obra, pero no es la obra misma" (8).

Las actividades humanas son diversas y sus diferencias evidentes; cada una tiene una estructura que la define con independencia de las condiciones en que aparece u ocurre. No es el caso que se supriman de la apreciación de la obra de arte los aspectos sico-sociológicos, lo que pasa es "que la sicología y la sociología no son estéticas, sino que se trata lo estético como objeto de la sicología o la sociología. Lo estético tiene su propia estructura y debe ser estudiado como tal estructura, si bien puede ser considerado como objeto de estudio de tales disciplinas. Cuando es así, entonces hay sociología del arte y sicología del arte" (9).

Confusiones de tal naturaleza sólo son posibles porque la Estética es una ciencia en gestación. Lo estético, empero, es algo que el artista crea y el otro contempla; y todo dentro de un contexto social.

6. Dominios estéticos.

Siendo el caso, pues, que el objeto estético puede ser estudiado por diversas disciplinas desde distintas perspectivas, se puede distinguir varios "dominios estéticos". Así, a la Estética propiamente dicha, le correspondería lo estético, aquello en virtud de lo cual el arte es arte y su artesanía; a la Filosofía del Arte, el Arte que es el dominio en donde se dá lo estético; a la Sicología del Arte, la conciencia del creador o del contemplador; a la Sociología del Arte, el mundo de la obra de arte. La Filosofía del Arte indagaría sobre qué es el arte, su existencia, su naturaleza, los criterios, el significado, el problema de la creación, el fenómeno de la contemplación — ¿qué ocurre en la conciencia frente a la obra de arte ya creada? A la Sociología del Arte le competería el estudio de los vínculos entre Arte y Sociedad, Arte y Público, el Artista y su Público, el Artista y su Mundo.

8. Idem., pág. 104

9. Idem., pág. 105

Y faltaría por determinar claramente qué tipo de ciencia es la Estética: ¿ciencia particular o disciplina filosófica? Para Isaías García es disciplina filosófica sujeta a métodos y criterios filosóficos. Así, como filosofía es teoría y la teoría no es una ciencia particular (10).

7. La Naturaleza del Arte.

La historia del arte llama la atención sobre la forma como ha sido visto el Arte: imitación, juego estilizado, trabajo.

Para él, "el Arte es actividad recreadora de la naturaleza, una actividad productora creadora, una transposición de la realidad vulgar mediante formas específicas" (11). El artista debe, no obstante, abstenerse de tomar aquellos que no pueda completar con su actividad creadora propia. Por ejemplo: Si toma como temas de su creación el Sol o la pequeñez de un hombre frente al mar de hielo, dada la sublimidad de los mismos, caería en el ridículo, en lo *cursi*, pues él solo puede laborar allí donde la Natura es incompleta y la puede completar.

El Arte es **transfiguración** de la realidad que se torna cosa nueva en la imaginación y capacidad creadora del artista. Ello es, precisamente, lo que hace factible el distinguir la obra de arte de la pseudo obra de arte.

El arte no tiene que ser siempre creación de belleza. Puede ser estilización de lo real, instauración de un trozo de realidad que es configurado en su existencia autónoma.

8. Criterios del Arte.

¿Cómo pues distinguir en un momento dado una obra de arte de una pseudo-obra de arte? Hay criterios, dice Isaías García: el de **gratuidad**, el de **libertad**, el de **armonía**. ¿Son legítimos?

Revisando estos criterios encuentra lo siguiente: El criterio de gratuidad (y el desinterés) es sólo válido parcialmente; porque es bien cierto que el artista cuando crea no lo hace con un fin extraño; el verdadero artista se queda descomercializado. Pero cómo utilizar tal punto de referencia para juzgar, por ej. las **Artes Decorativas**? Porque éstas entran en la denominación de obra de arte y sí tienen un propósito...

El criterio de la libertad igualmente tiene algo de validez, en la medida en que la libertad es requisito para la creación, pero no necesariamente. Un artista libre de las alienaciones políticas, morales, económicas, religiosas, etc., es algo difícil de hallar hoy día.

10. Idem., pág. 105-106

11. Idem., pág. 108

Pero además, grandes obras de arte han sido creadas en ambientes hostiles al artista y en condiciones existenciales precarias del mismo.

El artista es un hombre sujeto a todas las necesidades fisiológicas y espirituales. Siente sed y hambre; no es indiferente a la gloria, a los lujos ni a las mezquindades humanas; pertenece a un medio social, a un grupo social; está condicionado por tradiciones, ideas y representaciones. Así que, la libertad es algo muy *sui generis* para el artista. Su trabajo responde de este modo a todas esas necesidades fisiológicas, sicológicas, a las contingencias sociales, a las ideas, tradiciones, representaciones del grupo social determinado. Y "estas necesidades materiales y sicológicas son las que el artista está destinado a satisfacer" (12).

El criterio de armonía es también muy discutible, pues si bien ésta era la tendencia del arte clásico, no lo es actualmente. Las obras de hoy son asimétricas.

¿Cómo, pues, podemos reconocer la obra de arte? Isaías García dice enfáticamente: Cuando frente a ésta sentimos un profundo sentimiento estético. Pues "no basta considerar el problema de la obra objetivamente por su forma; es necesario y sobre todo, considerar qué es lo que pasa en nosotros cuando estamos frente a ella" (13).

9. El Valor del Arte.

El valor que se le de al Arte depende de la posición que adoptemos. Si somos sociólogos, será un artículo de lujo, algo superfluo o una simple destrucción. Si se la considera como un TESTIMONIO, entonces sería la "única realidad sólida y positiva".

Unos niegan el valor del Arte (Tolstoi), otros lo consideran una tendencia a trascender las propias actividades por puro placer (Ducaïne), otros, en fin, como una industria.

El Arte es industria y al mismo tiempo no lo es. Lo es en tanto que tiene un carácter operatorio, pero cualitativamente es diferente. Un hombre en una fábrica puede elaborar una taza; también el artista. Pero el primero la PRODUCE: el segundo la CREA.

"Sólo el arte es creador... El arte viene a ser así como la quintaesencia de la industria o, si se quiere, la industria por excelencia. No se puede destruir el arte sin destruir al mismo tiempo todas las otras actividades humanas, porque es consustancial con todo trabajo humano... En todo lo que se hace

12. "Arte: Misterio y Creación". En Revista UNIVERSIDAD, (40). Octubre de 1971. Pág. 163.

13. *Curso de Estética*. Apunte citado, pág. 112.

hay un sentido artístico. El problema está en reconocer el arte allí donde se esconde, midiéndolo allí donde hay alguien que lo vive y experimenta" (14).

10. La psicología del Arte.

Isaías García discute en este punto tres aspectos: a. La Contemplación estética; b. La Creación estética; c. El Juicio estético.

a. La Contemplación Estética.

Las impresiones que se experimentan frente a una cosa bella las calificamos como sentimientos estéticos. El gusto estético es común al artista y al contemplador. Cada cual tiene su particular psicología que impide una catalogación fácil de tales experiencias estéticas. No se pueden proponer reglas que enseñen a sentir una obra de arte, pero sí un cierto patrón dentro de esa multiformidad de gustos y de apreciaciones.

Una nota singular al respecto es la de que el sentimiento estético es más usual en el creador que en el contemplador. Porque el artista vive el arte como contemplador antes que como creador. Debe mirar, escuchar, ejercitar, antes de dar rienda suelta a su talento. Incluso el "artista primitivo que se dispone a tatuar una flor en el pecho ha sentido la flor en la naturaleza antes de transponerla" (15).

La creación artística precede a la reflexión, pero la contemplación es primero que la creación.

Otra nota singular es la de que no se precisa educación estética para tener sentimientos estéticos. Un niño, un hombre primitivo, pueden tenerlos tanto como una persona adulta y madura o como un esteta. La cualidad no tiene nada que ver con el sentimiento artístico.

¿Esa multiformidad de sentimientos estéticos, qué los une? Ante una obra de arte pueden haber tres reacciones fundamentales; una, podemos contemplarla y quedarnos fríos, indiferentes; no hay una respuesta significativa; otra, es que podemos sentir un placer real; de modo que una obra baja y vil puede tornarse resplandeciente, un paisaje surgir y una novela — folletón puede convertirse en obra maestra. Aquí se trata de un sentimiento extremadamente subjetivo y depende de nuestro capricho y de nuestro estado anímico; y la otra es que la obra de arte puede producirnos una emoción intensa, una alegría interior, un éxtasis. La alegría es la unidad de los sentimientos estéticos; es a través de ella como el contemplador logra una comunión con la obra de arte.

14. Idem., 115-116

15. Idem., pág. 118

Pero esto puede comprenderse desde el punto de vista del contemplador. ¿Parece incomprensible sin embargo si lo vemos desde la perspectiva del creador, pues acaso todos son del mismo temperamento y carácter? ¿No los hay pesimistas, melancólicos, derrotistas? ¿Cómo asociar entonces la creación al sentimiento de alegría? Tales estados suponen una maceración que impide una auténtica contemplación convirtiéndose el sentimiento artístico en una simulacro, en una sofisticación, en un engaño de sí mismo. Ante la posibilidad de poder apreciar una obra de arte y gozarla el aficionado como el experto deben luchar para impedir que esos estados anímicos empañen la alegría, el placer estético. La alegría debe ser plena, libre y espontánea. El éxtasis es total; la alegría debe ser exhaustiva. Nada debe opacarla, ocultarla o imposibilitarla.

“Al Arte-dice-no se puede llegar sino es por el camino del arte; ni se puede tampoco servir al arte sino es alejado de todo sentimiento que no sea la sola emoción estética. Entre el artista y el amante de su obra, como entre la obra misma y el contemplador, sólo debe existir una fraternidad espiritual y un respeto filial fundado en la consciente servidumbre a un valor ante el cual, tanto el uno como el otro, debe estar dispuesto a borrarse. La comunión de las conciencias se produce así, pero sólo dentro de los límites necesarios para la comunión del valor” (16).

La alegría es, pues, el sentimiento primario del Arte. Cuanto más grande es la obra, mayor será la plenitud espiritual que se alcance. Sentimiento interior que se expresa en el éxtasis y que revela lo que la obra ha logrado realizar: los valores. El Arte es así creación de valores estéticos; pero es más aún: a través de estos se deslizan todos los otros altos valores del hombre, individuales y colectivos (17).

b. La Creación.

La contemplación es siempre el nivel primario de la creación artística, y toda creación, si es auténtica, suscitará alegría intensa que resume todo otro sentimiento estético.

“Toda creación —explica— es antes que nada procreación, y tanto así como a los fuertes dolores del alumbramiento, sucede el éxtasis mayéutico de haber echado al mundo un nuevo ser, su propia carne. De igual manera, toda creación debe hacerse en la alegría, incluso si la melancolía, la duda y la angustia ornamentan el entusiasmo de haber triunfado” (18).

16. “Nuevas posibilidades del Arte Panameño”. En Revista citada, pág. 178.

17. “La Tragedia: épica del llanto”. En Revista citada, pág. 171

18. **Curso de Estética.** Apunte cit. Pág. 122 (El subrayado es nuestro).

El arte es un proceso mayéutico, un extraer cosas... bellas; es sentimiento de alegría y es éxtasis. No es posible crear sin alegría, porque sería lo mismo que negar la extraordinaria similitud que hay entre el éxtasis religioso y éxtasis estético. ¿Qué sucede en el acto de creación? Los artistas suelen hacernos creer que sus inspiraciones parten de voces misteriosas, divinas, celestiales. Nada más falso. El artista crea siempre lo bueno, lo malo y lo mediocre (Nietzsche). El Genio rechaza, selecciona, combina a través de un agotador esfuerzo y trabajo. La inspiración artística es innegable, nunca misteriosa. Es como un "soplo inicial"

Así, cuando Descartes, Lamartine o Tartini afirman como fuente de sus obras misteriosas intuiciones celestiales, están haciéndonos pensar que son **DISTINTOS** a nosotros. No lo son. "El artista no es un ser misterioso, no es un mensajero de la Divinidad; es mensajero, sí, de lo común que hay en el hombre" (19).

El arte es trabajo. El temperamento artístico es inherente al creador, pero debe ir paralelamente a un estudio profundo y sostenido de su arte. El arte es trabajo, frustración, fracaso: igual para el genio que para el mediocre.

Ignorar esto es como el joven que quiere ser poeta sin estudiar los antecedentes de la Poesía: es "querer hacer poesía nueva sin conocer la vieja". Sólo será poeta, no por su temperamento, sino por su auténtica creación.

El poder creador asusta. Mendelsson, Mozart y Rafael fueron creadores a una temprana edad. Pero, además, la creación verdadera va acompañada las más de las veces de posturas psicológicas singulares. Milton y Rousseau no podían escribir sin acostarse; Mozart tenía que andar a pasos largos; Verlaine tomaba efervescentes; Balzac ingería café continuamente; Schiller tenía que meter los pies en el agua helada (20).

No importa cuál sea el proceso y las excentricidades que llevan a la creación que define al genio y descubre al mediocre, ésta deberá comprender algunos factores que Isaías García señala siguiendo a Delacroix, en su **Sociología del Arte**: 1. **Generales**: Originalidad, Espontaneidad y Productividad; 2. **Primordiales**: Interés, Imaginación creadora y Secundaridad; 3. **Formas de Producción**: Actualización brusca y repentina, Actividad Inconsciente o semiinconsciente y Trabajo consciente (21).

19. Idem., pág. 124

20. Idem., pág. 125

21. Idem., pág. 126

c. El Juicio Estético.

El juicio estético difiere del juicio lógico. Este es un acto mental que determina lo correcto y lo incorrecto; aquél un acto mediante el cual una vez aprehendido lo bello se expresa en términos axiológicos.

Hay que distinguir los juicios de los aficionados y los juicios de los entendidos, porque el concenso general que aprueba una obra de arte lo dan éstos, y luego los **dilentantes** los toman como base para sus particulares apreciaciones.

El público que juzga una obra no importa su género es variado y están presentes en una Sala de Conciertos o en una Exposición de Arte por razones de diversa índole: por simple sociabilidad, por esnobismo, porque realmente es aficionado al arte. Además, no siempre razones estéticas obligan a un público a ir a un acto. Muchos veces se cometen actos mundanos en una Sala de Conciertos.

Entre todas estas manifestaciones del carácter individual y colectivo, merece especial mención el **esnobismo**, ya que muchas veces es la causa del éxito económico de los artistas y autores de dudoso talento. Pero no es el único. La fuerza es otro (Nietzsche), pero esto es arbitrario. La determinación de la fuerza de una obra tendría que establecerse estadísticamente, y ello nos llevaría a respuestas que no siempre están fundadas en elementos estéticos. Ello podría explicar por qué una obra de arte genuina no encuentra el favor del público, en tanto que una obra mediocre sí.

El éxito de una obra de arte, puede así explicarse por 3 momentos (Nietzsche): El **Medio**, el **Momento** y la **Moda**. Otro medio es el que señala PIERRE ABRAHAM, quien vincula el éxito de la obra de arte a determinados patrones estéticos propios de un grupo social claramente discernible. Así, el **Arte Puro**, o Arte por Arte, supone el predominio de la Aristocracia. Prevalece más el cultivo de la Música y la Poesía, géneros que permiten el virtuosismo; el **Arte Social** que responde a un afán de la sociedad a reflejarse a sí misma, en sus costumbres, vicios y virtudes. Por eso, se adapta más a esta aspiración el género de la Novela de costumbres y el Teatro; el **Arte Político**, respuesta a una época en crisis. Es el arte comprometido. El artista expresa su insatisfacción individual y la de la colectividad por el **status quo**. Se presta para ello el género del Ensayo, la Crítica y el Teatro, porque allí es donde se puede combatir (22).

11. El Arte como Lenguaje.

El Arte es lenguaje. Es el único lenguaje auténtico que existe y que es comprendido por todos los seres humanos. La obra de arte no tiene un alfabeto, y sin embargo, todos pueden leerla. Es como un ideograma desconocido que se le añade al tesoro adquirido; es lenguaje extraño, inédito, particular, siempre ávido de aceptación inmediata y de ratificación plenaria. Ello es posible porque la obra de arte es como un individuo "dotado de racionalidad intrínseca". Por eso,

"Una máscara africana o un templo chino agrandan nuestros ojos occidentales y nos aportan un mensaje que tiene el don de atravesar todos los tiempos y todos los lugares. Ello son **ubicuidades pensantes**, misteriosos desnudos, cifras abiertas. De allí emana una conciencia de infinito que un ser humano sería corrientemente incapaz de poseer con tanta intensidad" (23).

El hombre —al menos algunos de ellos— viven una vida prosáica, sin inquietudes que trasciendan su finitud; en cambio, una obra es como un individuo que proclama a todos la inmanencia de lo infinito a lo finito.

"Una cantata o una catedral no son como nosotros; ellas no comen, no trabajan, no riñen, no sufren; pero sus mejores detalles nos dan testimonio de que existe un mundo de valores superior al nuestro e incorporado en ellas. Cuando estamos en su presencia advertimos un **áurea** de misterios, y así salimos de nosotros mismos y de nuestros objetivos limitados" (24).

12. Escatología del Arte.

El Arte es perfección y la perfección es Belleza. Pero la perfección no la halla el artista en "esencias ideales". Es un observador paciente de las "cualidades sensibles" en las que puede describir destellos de belleza, adivinar la línea de perfección que le daría el acabado a la naturaleza. El ideal del artista es anticipar un universo dentro del cual se sumerge o no se sumerge.

"Como las hadas, los artistas atraviesan todos los tiempos y deforman todos los espacios. Ellos están siempre más allá de la vida cotidiana y de futuros previsibles, aunque ellos deban descender al centro de cada ser concreto" (25).

23. "Arte: Misterio y Creación", Ensayo cit., pág. 168 (El subrayado es nuestro).

24. Loc. cit.

25. **Curso de Introducción a la filosofía**, 1959. Pág. 53

La elaboración de esa individualidad propia de la obra de arte supone una búsqueda constante de la esencia ideal de todas las cosas, de su perfección, y aunque el artista nunca la alcance no por eso dejaría de ser un esfuerzo suyo por suplir nuestra carencia de absoluto.

La inspiración artística que lleva a la creación de la obra de arte no es ni mucho menos una "evasión trascendental", sino "iluminación interior de las cosas".

En la naturaleza nada hay insignificante; todo en ella puede ser momento de una creación que desciende por el canal de la atención sensorial y la imaginación minuciosa y pasa por los caminos imperfectos para abolirlos.

La obra de arte auténtica es Belleza y la Belleza es una ecuación estética en la que se conjugan necesariamente el Arte y la Perfección.

La Belleza es así "la revelación de lo que los individuos tienen de más individual y el Arte es el esfuerzo para formar artificialmente, en la naturaleza individualidades puras" (26). No le parece extraño por eso que tanto el producto artístico como la Belleza sean indefinibles; porque el "individuo es inefable". Pero inefable no es incongnoscible. Así que no tiene sentido despreciar la obra artística, señalar su carencia de apreciación objetividad, y por tanto, la inobjetividad de la Estética. ¿Acaso, toda participación en un orden real está unida a un razonamiento?

Aquellos que disocian el Arte de la Belleza no son filósofos; pues consideran que como el arte puede representar lo deforme como lo informe, rebajar el ser o negarlo, no hay armonía en éste.

b. El Arte y el Mal.

En este punto, Isaías García se plantea la posibilidad del Arte como una expresión de lo negativo natural y humano. ¿Puede el Arte dar sitio a la imperfección y al mal, ya sea en los objetos que describe, ya sea en los estados anímicos que expresa?

Su respuesta es categórica: "Todas las cosas (...) inclusive el dolor y el sufrimiento, la maldad y el crimen, están llamadas a un saludo estético. Es por lo demás, el único que le queda" (27).

Ello tiene que ser así porque el valor estético es polar; gracias a lo cual el artista genial arrastra a los seres más pecaminosos y los sentimientos más innobles en su impulso creador.

26. "El Arte: Misterio y Creación". Ensayo cit., pág. 169

27. Idem., pág. 170

El mal puede ser impugnado desde el punto de vista metafísico y moral, pero no estéticamente. En el Arte, Cielo e Infierno, Dios y Satán, pueden subsistir y ser bendecidos por el Poeta.

“Admirar la belleza de un incendio o la patética de Lucifer, es rendirle el único homenaje al que tienen derecho o, mejor aún, confirmarles la única grandeza de que son capaces. El Arte tiene precisamente por misión llegar a ello y avanzar con pureza en el Infierno. El avanza allí con las manos llenas, sin convertir sustancialmente aquello que ilumina, pero salvándolo de la mezquindad y unciéndolo por ello mismo a un orden universal. Si ello no fuera así el valor perdería su imperio y, en el fondo, se anularía” (28).

c. El Arte y la Tragedia.

Si el Arte refleja la grandeza, lo humanamente sublime, también debe poner en evidencia lo pequeño, lo humanamente trágico. Un Arte que representara únicamente los valores positivos sería incompleto, castrado. Porque lo grande y lo pequeño, lo sublime y lo trágico forman parte de una misma realidad: el hombre.

Lo trágico no produce el gozo estético que dá lo Bello, no está ligado al despliegue y enriquecimiento de los valores humanos, sino a su deterioro, a su decrecimiento, a su destrucción total. Es así como el mundo de la tragedia no es un mundo alegre, sino épica del llanto. Representa la caída del héroe, símbolo de lo individual y socialmente valioso. Y cuanto más valioso, más trágica la caída. Se le ha llamado a esto “la dignidad de la caída”.

En toda Tragedia se nos presenta por eso un primer acto en que el héroe —o la heroína— aparecen adornados de dones morales, intelectuales, religiosos o estéticos; el segundo, a esos valores amenazados; y el tercero, la ruina del héroe y la caída de los valores. Así, la tragedia culmina no en una explosión de alegres risas, sino en una cascada de llanto.

¿Puede este llanto ser justificado axiológicamente? ¿Puede el llanto ser objeto de placer estético? ¿Puede gozarse lo trágico? ¿Cómo es que el goce propio de la tragedia está ligado al sufrimiento?

Isaías García lo explica así:

“No sólo es posible gozar por el bien perdido, sino que lo gozamos más por haberlo perdido. Cuando tenemos un bien, no lo estimamos tanto; una vez que lo hemos perdido, lo estimamos doblemente. Esta renovada estimación hace más triste la pérdida, pero también más intenso el placer. Tal es la

paradoja de lo trágico y, al mismo tiempo, su gran enseñanza; toma conciencia de la inseguridad de la existencia humana y de la inestabilidad de los más altos valores del espíritu hace más intensa nuestra estimación de los mismos. La pérdida imaginaria se revierte en una ganancia sobre el dominio de lo real. Es así que el gozo y el llanto pueden surgir simultáneamente de la tragedia: sabiduría y penetración del genio griego" (29).

d. Arte y Moral.

Si el Arte es posible porque se tiene fe en la Belleza como en sí, y si la Belleza implica perfección, entonces parecería que la obra de arte tiene que tener relación con la Moral.

André Gide decía, por ejemplo, que la "moral era un apéndice de la Estética"; en cambio, Teófilo Gautier, califica de "idiotas" a los que suponen una influencia de la literatura y las Artes en las costumbres; Charles Lalo (**Arte y Moral**) afirma que el Arte se abre paso entre la polémica entre el Bien y la Belleza.

Según Isaías García, el dilema es falso. Arte y Moral son cosas distintas. Sus reinos difieren; sus valores pertenecen a campos distintos, y restarles autonomía significaría destruir su esencia.

Según su punto de vista, si la escatología del arte nos llevara a un paraíso de almas buenas, nada garantizaría que seguiríamos tal camino. Porque la obra de arte es un "oásis, no una etapa". Está al margen de las tareas de la vida cotidiana; huye del mundo prosaico de los derechos, de los deberes. La obra de arte se mantiene vinculada a la tierra, pero sólo para hacer de ésta una nueva realidad poblada de figuras simbólicas. Nada más alejado que esto de la conducta, del mismo modo que "la marcha de un reloj no probaría, por ejemplo, las virtudes cívicas o familiares de su relojero" (30).

e. La ilusión estética.

Tal es la razón de que se separe el Bien y la Belleza. Pero no la única. La razón primordial es que la anticipación artística es ilusoria. Es decir, que el universo que el artista introduce en su obra, y que conceptúa como final, en realidad sólo es esquemático, parcial, incompleto. El carácter del artista sin embargo, lo lleva a pensar que su creación es la visión total, integral del mundo. Así, "Un Director de orquesta o un organista entregados a sus trabajos, se creen la encarnación de Jupiter. La masa sonora que ellos hacen brotar a su gusto es el Universo mismo. El vértigo de un poder

29. "La Tragedia: épica del llanto". Ensayo cit., pág. 171

30. **Curso de Estética**, pág. 54

infinito es inseparable de su emoción... La ilusión proviene, en ese sentido, de la abstracción que el artista hace de todo lo demás" (31).

f. **El Arte Panameño.**

Sus meditaciones sobre la Estética, entendida como una Filosofía del Arte, encuentran su colofón en el problema de más urgencia nacional. Es un problema que le atosiga rudamente tornándose su solución en algo impostergable para la cultura local: la posibilidad del arte panameño.

En el año de 1954, fecha en que escribe su trabajo de graduación, **Autenticidad e Inautenticidad de lo Panameño** —publicado en 1956 bajo el título de **NATURALEZA Y FORMA DE LO PANAMEÑO**—, esta urgencia ya se hace patente. En el Capítulo intitulado "El Drama de nuestra Cultura", se interroga: ¿Podemos hablar de un Arte Panameño? Y responde: Si por tal se entiende las producciones que están impregnadas del alma panameña, sí existe. Pero no va más allá de lo folklórico: la Décima, por ejemplo. Se trata de una música que no es capaz de trascenderse. Una "música culta", en cambio, está ausente de nuestro acervo nacional. Y la Pintura no escapa a estas imputaciones. Los pintores nacionales, buenos desde el punto de vista estético, no han logrado, empero, compenetrarse de un estilo que refleje nuestra "panameñidad", de tal modo que pueda forjarse una auténtica pintura nacional, como en el caso de los pintores mexicanos.

Y es que aún nuestros artistas producen de acuerdo a los moldes de las escuelas y países donde cada uno estudió. Si bien no se trata de dejar de pintar odaliscas o bodegones para pintar polleras, sí se pretende que "el espíritu objetivado de nuestra pintura sea un fragmento de espíritu panameño y no de un espíritu extraño, de manera que, ante la presencia de un cuadro, la comprensión de su sentido corresponda a la comprensión de lo panameño" (32).

El artista nacional debe forjarse una visión del mundo surgida de las entrañas nacionales; no desde lo norteamericano o europeo; de modo que adquiera "coherencia intrínseca"; que revele el ser colectivo, lo típicamente humano de nuestra existencia, sin que ello suponga limitación, en él, de su pura actividad creadora en sentido estético.

"Un arte personal, con lo que de originalidad conlleva personalidad, que se alimente de nuestro propio y auténtico modo de ser nosotros mismos, es el único que puede darnos una cultura panameña" (33).

31. Loc. cit.

32. **Naturaleza y Forma de lo panameño**, Op. cit. Pág. 127

33. Idem., pág. 128

Una idea generadora de todas sus reflexiones está siempre presente en sus apreciaciones sobre lo panameño: Ir de lo particular a lo general, de lo singular a lo universal, y no a la inversa. El proceso de formación y desarrollo de nuestra cultura debe darse en esa forma.

En este sentido, lo panameño debe estar en el nivel primario, en su base; luego lo americano; y finalmente, lo cultural universal. Así, lo panameño auténtico se fusionará con lo americano auténtico y lo americano auténtico con la cultura universal.

No se trata de que lo panameño deba divorciar de lo americano y de lo occidental; antes bien debe comprenderlo y asimilarlo, pero dialécticamente; de manera que de toda esa diversidad de elementos surja una unidad, una síntesis fecunda que sería la cultura panameña.

Ello supone "abandonar esa alocada y apresurada carrera que nos impele a saltar etapas; esa inconformidad perenne que nos conduce de un centro cultural a otro sin dar margen a una verdadera asimilación ni tiempo para la maduración de nuestras propias fuerzas creadoras" (34).

El Arte panameño deberá atender a su materia. Materia que saldrá de nuestras propias posibilidades. La Forma puede seguir los moldes occidentales. Que la sustancia y no la forma es la que definirá el arte como genuinamente nacional. Por ejemplo:

"Tenemos un folklore auténticamente nuestro. Pues bien, el problema está en darle jerarquía artística a ese folklore, es decir, someter la materia prima que nos ofrece ese folklore a elaboraciones de categoría estética intelectualmente disciplinadas" (35).

Estas inquietudes estéticas de Isaías García encontraron eco en la creación de un Instituto de Arte (1962). Esa misma semana nuestro esteta saludaba con entusiasmo la primera exposición de artes plásticas que allí se celebrara para tan significativo acontecimiento.

En un breve artículo intitulado "Posibilidades para el Arte Panameño", anuncia que tal suceso tendrá hondas repercusiones en el desenvolvimiento espiritual panameño, y es un síntoma evidente de que los panameños han comenzado a despojarse de su permanentes y únicas preocupaciones materiales, para atender las cuestiones del preocupaciones materiales, para atender las cuestiones del espíritu. Es un claro intento de romper los marcos insoportables

34. Idem., pág. 139

35. Idem., pág. 138

que alienan nuestra sensibilidad estética. Es, en fin, el índice de que “también nosotros buscamos nuestro perfil y nos encaminamos hacia la otra orilla... Si la conciencia no se adormece ni el ansia se petrifica, el sendero queda abierto para alcanzar un elevado nivel en nuestra vida anímica que enterrará sólidamente sus raíces en los estratos más profundos de nuestra conciencia” (36).

Su entusiasmo no llega sin embargo a eliminar su “duda metódica”; porque, conocedor del panameño, sabe de su “inmadurez y de su inestabilidad” —ya subrayada con antelación en su obra—. Por eso, se adelanta a decir que nada debe obstaculizar el desarrollo de esa sensibilidad estética y de esos fines trazados. Recuerda que al “Arte no se puede llegar sino por el camino del arte”; se trata de una comunión íntima entre el contemplador y el creador de la obra de arte en la cual la única meta es una servil obediencia al valor estético.

Finalmente, expresa en tono optimista y profético:

“La obra benéfica y creadora —porque proteger la creación es una manera de crear— de nuestros institutos y sociedades de arte se hará culturalmente inmediata y, por tanto, eficaz, gracias a esa vitalidad espiritual, convirtiéndose así en verdaderos núcleos motores de nuestras concentraciones vitales y de nuestras energías creadoras” (37).

Isaías García tuvo la oportunidad de concretar sus ideas y propulsar el Arte a través de dicho Instituto cuando en 1965 se le nombró **Presidente** —puesto que ocupó hasta 1967—. Los documentos de ese Archivo (38) prueban que sus gestiones fueron las más fecundas de las hasta ahora realizadas por ese organismo. Una de las exposiciones más significativas que organizó fue la de la obra pictórica de Guillermo Trujillo (1964). En su discurso de presentación leemos:

“Actualmente asistimos, con asombro y entusiasmo, a los prodromos de un segundo momento en la configuración del Arte panameño, del que brotan ya los valiosos ejemplares que configuran, con paso firme y seguro, los rasgos de su personalidad dinámica” (39).

36. “Nuevas posibilidades para el Arte Panameño”, Ensayo cit. pág. 177.

37. Idem., pág. 178

38. Cfr. Apéndice Documental, No. 14

39. **Guillermo Trujillo**, Texto de I. García A., No. 1. Ediciones del Inst. Panameño de Arte. Panamá: Artes Gráficas Virgilio. 1964. Pág. 9 (Serie “Pintura Panameña de Hoy”).

DIMAS LIDIO PITTI

Los pasos sobre el puente

EL OLOR Y EL SONIDO DE LA LLUVIA llegaban de la calle mientras en la penumbra del MOROCO la cara pálida y los ojos azules de Billy Jones hacían evocar esas imágenes de santos acosadas por las polillas y los años, esas viejas figuras de madera pintada que naufragan en la atmósfera plácida y espermosa de las iglesias coloniales. Afuera pasaban los automóviles y el roce de las llantas con el agua y el pavimento resultaba desagradable, casi doloroso, como cuando un chico raspa una superficie metálica para fastidiar a la vieja tía que a menudo lo atormenta enseñándole oraciones y amenazándolo con suplicios eternos si no las aprende.

Billy tenía adelante su *gin and tonic* y parecía ensimismado o abstraído; aunque en realidad sólo esperaba que yo respondiera a lo que él había dicho poco antes. Bebió un trago y cuando puso el vaso sobre la mesa dije que tal vez tuviera razón. Yo no había vivido una experiencia semejante a la suya, pero tenía la impresión de que para un hombre debía ser demasiado duro eso de permanecer tres o más años alejado de la familia, en regiones inhóspitas y desconocidas, dedicado a matar gente, beber cerveza, dormir, ver la misma película diez veces en el cine de la base, ir el día libre a los burdeles y no tener otro escape que la marihuana o las propias y más secretas ilusiones. Era demasiado duro; sí, tenía que ser demasiado duro para cualquiera que no fuese un *son of a bitch*.

Tomó un cigarrillo de la cajetilla que había sobre la mesa, lo golpeó mecánicamente contra el encendedor y no dijo nada. Luego

la llama del encendedor empalideció aún más su rostro de niño tardío, prácticamente imberbe, pero en el cual la juventud no podía disimular prematuras huellas de remordimiento o desencanto. Exhaló el humo y bebió otro trago. Su manera de beber traslucía una especie de indiferencia o de hastío, de renuncia definitiva. Me miró.

—Eso es lo peor —dijo con voz tenue—. Sí, eso es lo peor: que todos somos hijos de perra. Pero lo más triste es que no lo advertimos sino cuando es demasiado tarde para cualquier cosa que no sea sentir asco de uno mismo. Antes, cuando uno está en el asunto, cuando obedece órdenes y avanza y tira a ciegas y se revuelca en el lodo, no advierte nada. Quizás sea porque no hay tiempo para pensar. Pero, después, cuando todo ha pasado, llega el día, un instante cualquiera, en que uno comienza a comprender. Así les ha ocurrido a muchos. Pero ya entonces la cosa no tiene remedio, ¿ves? —Afirmé con la cabeza y él aprovechó la pausa para beber un trago—. Ya sólo queda seguir viviendo hasta el fin con el recuerdo de ese tiempo y con la amargura, si uno tiene suficiente conciencia, de haber sido un miserable.

Pero eso tampoco arregla nada porque en ese momento habrá otro haciendo lo mismo que uno hacía. ¿Comprendes?

Asentí en silencio y bebí un trago. Billy fumaba y exteriormente se veía tranquilo aunque un fulgor extraño, de rencor o culpa soterrados, brillaba en el fondo de sus ojos. Ahora bebía pausadamente y observaba los desnudos pintados en las paredes. Había mulatas y criollas en poses sugestivas y sensuales. Era evidente que quien las había pintado no era un artista sino un simple ilustrador comercial, pero en uno de los desnudos había alcanzado a rozar la magia de la creación. Quizá los clientes del MOROCO no lo advirtieran, sin embargo, algo había de arte, de vaga poesía, en esa muchacha reclinada bajo un árbol con la falda subida hasta los muslos entrabiertos y con un aire de entrega o abandono en su cuerpo moreno. Tal vez el autor había visto alguna reproducción de la maja desnuda o de las tahitianas de Gauguin e inconscientemente había intentado remedar los cuadros ilustres; o tal vez simplemente había querido plasmar en ese muro uno de sus sueños, una parte de su humanidad secreta, de sus ansias de rotulista desconocido. Cualquiera hubiese sido su intención, la muchacha había resultado más que una tosca ilustración de cantina. Y seguramente el autor había tenido conciencia de eso porque en el ángulo inferior derecho había puesto una especie de firma o marca ilegible que singularizaba y distinguía la pintura. El ilustrador no se había atrevido a dejar bien claro su nombre, quizá por temor al escarnio de sus conocidos, pero había satisfecho, aunque fuera en parte, su vanidad. Billy miraba precisamente ese cuadro.

—Me recuerda algo que he visto antes— dijo después de un rato.

—Hay muchos así en los almanaques— dije mientras me levantaba para ir al servicio.

Negó con la cabeza y volvió a mirar la pintura mientras me alejaba. Cuando regresaba, vi que sacudía su cigarrillo en el cenicero, el vaso en la otra mano y los ojos entornados. Charlie, el barman, pulía copas con un trapo detrás del mostrador. Fui hasta el jukebox y marqué algunas piezas, sin fijarme cuáles eran. Una canción lenta, de impreciso aire italiano o francés, surgió del aparato. Cantaba una mujer de voz dulce y melancólica. Billy tenía los codos apoyados en la mesa, la barbilla en las manos y los ojos cerrados cuando regresé a sentarme. Afuera seguía lloviendo y no entraba ningún cliente. Billy terminó su trago y llamamos al barman.

—Trac algo de comer— dije cuando vino.

Preguntó si queríamos papas fritas, sardinas portuguesas o salchichas picantes. Billy dijo que cualquier cosa. Pedí anchoas y galletas saladas. Comenzaba a sentir hambre porque había almorzado temprano y ya eran más de las cinco.

—Ah, sírvenos lo mismo, Charlie— dije mientras terminaba mi vaso.

Charlie trajo primero las bebidas y después las galletas y las anchoas. A Billy le puso delante un platito con salchichas. Comió dos o tres trozos y luego apartó el plato y dijo que no tenía hambre. Yo, en silencio, casi sin levantar la vista, terminé las anchoas. Me sentí mejor y bebí un trago largo. Después encendí un cigarrillo y durante un rato escuché, como si fuera música y no estuviera en un bar en compañía de un gringo, sino en un bosque o en una playa solitaria, el sonido de la lluvia y el ruido de los automóviles. Billy se había recostado contra la pared (Estábamos sentados en sillones gruesos, tapizados con material parecido al cuero, en los cuales era posible reclinarsé cómodamente) y tenía los ojos cerrados.

De pronto comencé a sentirme incómodo, casi disgustado conmigo mismo por haber aceptado beber con Billy. Era un sentimiento confuso. No era propiamente disgusto, pero sí una sensación de incomodidad, como cuando uno se abstiene de refutar un disparate por no parecer grosero y luego lamenta la abstención porque quien dijo el disparate no sólo persiste en el error sino que profundiza en detalles e insiste en convencer a todos con sus tonterías. Ahora deploraba estar con Billy mientras lo veía beber su **gin and tonic**, siempre con los ojos cerrados. Que gringo hijo de su madre. No debía haber aceptado acompañarlo; a lo sumo, debí haber aceptado

tomar una copa, no soportar durante horas su charla y su compañía. Sí, él tenía sus problemas, muy bien, pero yo tenía los míos y todo el mundo se pasaba la vida haciéndole frente a los conflictos; eso no era una justificación y, al fin y al cabo, ¿qué era yo suyo para que me contara sus cosas? .

Nos hemos encontrado en la calle y me ha pedido que por favor le indique dónde es posible beber una copa sin complicaciones, en un ambiente tranquilo. Le he recomendado el MOROCO, el mejor bar de Río Abajo, donde siempre es seguro encontrar buena bebida y hasta una amiga, si la suerte lo acompaña a uno. Estamos en una esquina, a media cuadra del bar, y yo espero el cambio de semáforo para cruzar la calle. A nuestro lado pasan hombres, mujeres y chicos morenos mientras una masa de nubes grisáceas comienza a espesarse por el lado del mar. Cambia la luz y digo "bye", pero él me retiene y pide que lo acompañe, si no tengo nada urgente que hacer. Durante un instante dudo, luego decido que no es mala idea tomar una ginebra antes de la cena. Es sábado. Además, de vez en cuando es bueno conversar con los gringos para saber qué traen por dentro. Uno los ve todos los días, está cansado de soportar la presencia de los marineros ruidosos y de los soldados de mirada perdida que invaden los burdeles de Río Abajo desde el atardecer hasta la mañana o hasta que un escándalo precipita la intervención de la policía y la parranda termina en garrotazos, detenciones y autos alejándose con las sirenas abiertas; uno está acostumbrado a eso, pero pocas veces tiene oportunidad de hablar con alguno de ellos acerca de algo que no sean mujeres, cantinas, naipes o drogas. Ahora, uno se pregunta ¿de qué se puede conversar con un soldado de veinte o veintidós años que por primera vez ha salido de su pueblo del Middle West y antes de ahora no había oído el nombre de esta tierra? Para la mayoría de ellos, el Canal es una zanja llena de agua, con selvas vírgenes y tribus salvajes en las orillas. Un sitio donde el chico de mamá debe tener mucho cuidado y, sobre todo, recordar que en ningún caso debe acceder a las incitaciones de las nativas desvergonzadas y lúbricas; esas criaturas impúdicas y salvajes que podrían contagiarle quien sabe qué enfermedades o vicios, indignos del buen muchacho que se casará con Lucy o Anne cuando regrese al pueblo convertido en un veterano de ultramar. ¿Qué puede hablarse con ellos acerca de una tierra que desconocen y seguramente desprecian, si no son capaces ni siquiera de hablar de su propio país? Por eso uno se ha acostumbrado a verlos pasar por las calles, sus ojos prendidos a las caderas de las *native girls*, con lascivo estupor en sus rostros anónimos y rubios. En cierto modo, son como un elemento indeseable del paisaje. Sin embargo, en Billy parece haber algo distinto. Su acento no es el corriente en los soldados y da la impresión de

haber estudiado o, cuando menos, de haber leído algo diferente a **Supermán, Bugs Bunny, Mickey the mouse** o la sección deportiva del **Star News** o cualquiera sea el nombre del diario de su pueblo. Luego sabré que nació en Filadelfia —sus padres son profesores de High School— tomó cursos universitarios y vivió una temporada en Nueva York. Antes de ingresar al ejército quiso hacerse escritor, pero la incertidumbre y la bohemia consumieron los propósitos y el tiempo. Mientras deambulaba por las calles o veía una película, le brotaban ideas y temas para relatos que luego olvidaba conversando en los cafés o en tabernas penumbrosas. Después, un día leyó a Miller y a Caldwell y decidió que debía comenzar de una vez si realmente quería hacerse escritor. Pero antes de una semana lo había llamado el ejército y ahí había acabado todo. Ahora estaba de vuelta —solamente estaría tres días en Panamá— y la idea de convertirse en escritor había quedado en algún lodazal o en alguno de los millones de cráteres abiertos por las bombas en Indochina. “Oh, my God”. Allá había extraviado el entusiasmo, como si éste hubiera formado parte de la sangre que perdió cuando lo hirieron en las selvas del Mekong. Allá había dejado el entusiasmo y hasta las ganas de volver a Filadelfia. Sus padres escribían siempre: “Billy, dear, cuando vuelvas harás esto, harás lo otro”. En las cartas escuchaba la voz ronca del buen profesor Jones y la aguda y a veces chillona de su madre. Sí, al principio escuchaba y distinguía claramente sus voces, pero luego comenzó a no diferenciarlas y después dejó de oírlas por completo. Entonces las cartas eran solamente los caracteres —gruesos unos, más delicados los otros— de unos señores Jones que tenían un hijo en Indochina. “Cuando vuelvas...” Las palabras habían acabado por serle indiferentes. Volver ¿para qué? ¿Para oír al viejo Jones y a su madre hablar por teléfono con la tía Margaret —hermana única de su madre— y congratularse porque el buen Billy había regresado con una o dos medallas y hecho todo un hombre? “Oh, my God”. Tal vez hubiera sido preferible haber quedado en un arrozal cualquiera de Vietnam, como tantos otros que habían caído a la orilla de los caminos o en una trampa de bambú, el cuerpo atravesado por lanzas agudísimas, o bien haber volado con un convoy de municiones en las rutas de la cordillera anamita. tal vez hubiera sido preferible eso, “my God”.

Tal vez él tuviera razón, pensé. Pero aunque tuviera toda la razón del mundo, ¿qué demonios hacía yo allí? Ya era de noche, no había cenado y encima seguía bebiendo con un gringo que por muy aspirante a escritor que hubiese sido, no dejaba de ser un gringo. El sonido de la lluvia me recordó que por el momento no podía salir. Ahora llovía con menos fuerza, pero el agua acumulada en las calles entorpecía el tránsito y los conductores atronaban el

aire con las bocinas. Me levanté y fui al teléfono. Había quedado en ver a una amiga para ir al cine. Cancelé la cita y le dije que iríamos el día siguiente porque la lluvia no daba muestras de cesar. Estuvo de acuerdo, dijo algunas indirectas porque en la voz comenzaba a notárseme que había tomado más de una copa y me pidió que me cuidara.

Cuando volví a la mesa, Billy no estaba. Bebí un sorbo y presté atención a los ruidos de la calle. Cuando era chico podía identificar por el sonido de la bocina la marca de un auto. Ahora inconscientemente intenté hacerlo, pero no puede. Los modelos habían cambiado mucho. No obstante, diferencié de la algarabía a un viejo Ford del 49. Estaba seguro de que no podía ser de otro año ni de otra marca; ese sonido poderoso y penetrante sólo era capaz de producirlo el Ford 49. De eso estaba completamente seguro. Si alguien hubiera dudado de mi afirmación, habría sido capaz de apostar la vida en mi favor. Estaba tan seguro de que era un Ford 49 como de que estaba en el MOROCO y tomaba el vaso mientras Billy salía del servicio y caminaba hacia la mesa. Bebí y dejé que la ginebra bajara lentamente, degustándola, inundándome el paladar con la quina y el zumo de limón. Nadie sabía cómo lograba Charlie que cualquier bebida preparada por él le supiera a uno como la mejor del mundo. Guiné un ojo y levanté el vaso hacia Charlie mientras Billy se sentaba.

Llamé a Charlie y le pedí que trajeran un bistec del restaurante contiguo; o una sopa de wanton, si Billy no quería carne. Billy prefirió la sopa y mientras el barman iba hacia la ventanilla que comunicaba al bar con el restaurante, terminó su copa. Hizo a un lado el vaso vacío y dijo que se sentía menos intranquilo. Yo, "my God", era un buen amigo y haber conversado conmigo había mejorado su ánimo. Tuve ganas de decirle que apenas dejara de llover me iría, pero pensé que no era necesario; cuando llegara el momento simplemente me levantaría y "good luck, my friend". Si Billy era de esos borrachos majaderos que abominan quedarse solos, peor para él. Ya había escuchado buena parte de su historia y no tenía por qué oír resto. Bueno, y si se ponía muy pesado... Charlie me cortó al traer la sopa humeante, en cuya superficie flotaban trozos de jamón ahumado y cebollina picada. Charlie volvió a la ventanilla y trajo sal, pimienta y una botellita con salsa china. Billy usó pimienta y salsa y el aroma tibio despertó mi apetito.

—Trae otra sopa, Charlie— dije mientras preparaba el gin and tonic de Billy detrás de la barra.

Billy sorbía el caldo humeante y aparté la vista para no torturarme viéndolo enrollar los fideos con el tenedor. Sobre todo en días de parranda, me gustaba mucho la sopa de wanton. Un amigo

prefería la de pato, pero a mí, quizá porque recordaba las costumbres de los patos o porque había querido extraordinariamente a un pato de plumas negras, tornasoladas y blancas, uno como no había otro entre las docenas que tenía la abuela, capaz de bucear granos de maíz en un metro de agua, de volar hasta la casa de tío Isidoro sobre mil quinientos metros de rastros, de poner en fuga al gallo de la casa, de comer en mi mano y acariciarme con su cuello flexible, como si con sus caricias y su ceceo agradeciera el maíz; tal vez en memoria de ese animal, que una mañana de septiembre voló hacia el sur, hacia el mar lejano, y no volvió, rehusaba comer pato. O quizá fuera simplemente porque la carne de pato es más dura e insípida que la de gallina. En verdad, no lo sabía.

En cambio, el wanton despertaba en mí sugerencias indefinibles, ansias inexplicables. Como casi siempre tomaba la sopa estando bebido, mi fantasía excitada por el alcohol me trasladaba a Hong Kong o a Shangai o a cualquier punto de la China remota. Me veía allá en una atardecer de arboles intensos, en compañía de ancianos venerables que evocaban el pasado milenario de su pueblo mientras sus voces traslucían una sabiduría plácida, fatigosamente acumulada. Yo era un viajero como los personajes de Conrad, una especie de fugitivo de mí mismo, deseoso de paz y sosiego interior, que visitaba los templos budistas con el secreto anhelo de encontrar en alguna de ellos cura a mis aflicciones. O si no, era alguien como Malraux. En el crepúsculo chino fraguaba, siempre con los ancianos venerables y agregándoles dos o tres aventureros de origen y propósitos dudosos, empresas y sueños magnos, en los cuales tenían pareja cabida la historia y las alucinaciones. Y mientras los arboles se diluían lentamente en la sombra del cielo de China, junto al mar o sobre las montañas, yo terminaba la sopa de wanton, la lengua ardida por la pimienta, entre gritos de borrachos y vuelos de moscas, en un humilde restaurante chino de Calindonia.

Más tarde, sin embargo, ya la sopa no me hacía pensar en la China lejana, en ese pueblo velado por milenios de historia y noticias confusas, sino en los inmigrantes que habían venido de su tierra apacible a trabajar como peones en la construcción del Canal. Esos miles de chinos que habían muerto de fiebre amarilla o de nostalgia, entre 1904 y 1915, eran parte de nosotros. Los que habían venido después, a establecerse como comerciantes, eran extranjeros, indeseables en muchos casos, pero los muertos en las obras del Canal o en delirios atroces, eran nuestros. No había diferencia entre ellos y los negros antillanos, los campesinos chiricanos, los aventureros europeos y africanos que habían sucumbido al trabajo o a las plagas; todos habían sido indiscriminadamente asimilados por el sufrimiento y la muerte a la tierra nuestra. Dentro de

nosotros, como parte íntima y esencial de cada uno, estaba mezclada la sangre de todos esos muertos. Así, en cierto modo, éramos privilegiados porque éramos carne y penuria de muchos pueblos. Eso pensaba algunas madrugadas.

Charlie trajo la sopa y aspiré con fuerza el aroma que despedía. Billy estaba a punto de terminar la suya. Afuera seguía la lluvia, pero menos intensa. En ese momento entró un hombre chorreando agua y pasó directamente al servicio. Después puso música y pidió bebida. Charlie le sirvió en la barra y, tras de haber probado su trago, el hombre caminó hacia las mesas del fondo. Terminé de comer y nuevamente me sentí alegre. Ahora ya no tenía ganas de abandonar a Billy, sino de tomar otra ginebra y seguir allí, en la atmósfera tibia del MOROCO, a cubierto de la humedad y la lluvia. Encendí un cigarrillo. Billy también fumaba y en su mirada, poco antes opaca o afligida, había de nuevo un brillo vivo, como si se hubiera restablecido de una dolencia fugaz. Levantó el vaso y sonrió. Su gesto me hizo pensar en lo que me había contado de Nueva York. Era una lástima que un muchacho como él no hubiera podido convertirse en escritor. Sí, era lamentable porque parecía buena gente. Por lo menos daba la impresión de no ser igual a los otros. En todo caso, ya yo estaba casi convencido de que Billy era mucho más humano, muchísimo menos odioso que los "zonians".

Fragmento de una carta enviada por un estudiante panameño a un amigo español.

"Como te decía, difícilmente podrías encontrar gente como ésa en cualquier parte del mundo —salvo, tal vez, en Rhodesia o Alabama—. A propósito, ¿conoces el poema de Nicolás Guillén que dice eso de 'un sur todo sur y todo Faubus'? Bueno, estos "zonians" venidos de esa región, contaminados en cuerpo y alma por un racismo de siglos, son algo así como el detritus de la sociedad norteamericana. No hallo un calificativo más apropiado. En verdad, pienso que te bastaría mirarlos para empezar a conocerlos... Habitan casas con aire acondicionado, tienen clubes sociales y deportivos, cines, campos de golf, prados mantenidos como alfombras por trabajadores negros y mestizos, calles pulcras; tienen todo lo que nunca tuvieron ni soñaron tener en los pueblos algodoneros donde vivían. Luego pareciera que tanta comodidad acrecentara su soberbia y los volviera aún más discriminadores. Pues debo decirte que para ellos es inferior quienquiera que no sea U. S. citizen. Si vinieras, podrías verlos en Balboa Hights, en Gamboa, en Fort Clayton, por la mañana o por la tarde, paseando satisfechos como iguanas al sol. Van por las calles luminosas, bajo las palmeras o los árboles, con insolencia de antiguos plantadores. El cielo de verano, las palmas, el mar, la tierra, todo es suyo. En sus mentes sobrevive

ese sur de teas encendidas en las noches de los ghettos negros, los encapuchados del Ku-Klux-Klan, el rencor de los esclavistas que galopa por los algodonales de Georgia y Mississippi.

Tengo la impresión —y algunos comparten mi punto de vista— de que en la Zona del Canal subsiste, ansía permanecer el espíritu vencido en Gettysburg. (Perdona si te parece que exagero, pero así es). Ese espíritu sureño puedes percibirlo en los pasos lentos del capataz que va de un lado a otro mascando tabaco, en su mirada cuando se dirige a los obreros; también es visible en la ingenuidad hipócrita de las señoras que piden **banana-split** a las tres de la tarde, antes de entrar al cine de Balboa, y en muchas otras cosas. El viejo sur está allí. Y además está el fantasma de aquel coronel de caballería que estuvo con su caballo en Cuba, en la loma de San Juan, en el alto cielo del Caribe, cuando el siglo aún no comenzaba. (¿Te gustó la frase? Es de un historiador). Todo eso podrías verlo si vinieras por acá. Teddy Roosevelt, el presidente del **Big Stick**, está allí como una sombra frente a nuestro ojos. 'I took **Panamá**' dijo una mañana a sus amigos de Wall Street. Eso dijo y otros lo imitaron con orgullo en Nicaragua, México, Haití, Dominicana y Guatemala. Es toda una historia. Sin embargo, aquí, como en todas partes la gente no tiene memoria. En fin, para no cansarte, si pudieras venir en septiembre, como dices, verías muchas cosas. No creas que exagero".

Sí, no podía equivocarme, este Billy que miraba ascender el humo de su cigarrillo en la tenue claridad del MOROCO era distinto a esos paisanos suyos; estaba seguro de que no pertenecía, aunque fuera de la misma nacionalidad, a esa gente despreciable. Bebí lentamente y encendí otro cigarrillo. Ahora tenía ganas de escuchar el resto de su historia.

Billy había logrado sobreponerse a su abatimiento o lo que fuese y de nuevo parecía en condiciones de beber y conversar como al principio. Seguramente, pensé, el hambre le había enturbiado el ánimo como a mí, al punto de haber estado tentado a irme. Ahora me alegraba de no haber cedido al impulso de esa incomodidad pasajera porque Billy estaba dándome una imagen inédita de los gringos, o si no de los gringos, sí suya; y, sea como fuese, él era gringo y algo debía tener en común con los demás. De manera que conocerlo a él sería, en cierto modo, tener un vislumbre de muchos otros. Por eso me interesaba descubrir en qué medida podía ser él encarnación de una actitud, de una conducta colectiva; en qué medida representaba a la juventud o a un sector de la juventud norteamericana. Eso me importaba por la situación singular en que vivimos y hemos vivido; por eso creía conveniente conocer un poco más de quienes privada y públicamente son nuestros enemigos. Ahora, por lo que me había dicho y dejado entrever,

podía pensar que ya Billy no era enemigo nuestro. Ojetivamente, en lo externo, seguía siéndolo, pero subjetiva y éticamente había dejado de serlo. Claro, él mismo no lo sabía, aún su actitud no era un estado de conciencia, sino un simple reflejo, una instintiva reacción de rechazo, un descontento primario, semejante al del niño que exterioriza su disconformidad porque no le permiten ir al circo o jugar bajo la lluvia. Eso era lo que Billy había mostrado hasta el momento; sin embargo, presumía que en su interior guardaba algo más. El había vuelto a contemplar la mujer tendida bajo el árbol, pero era evidente que su atención no estaba puesta en el cuadro sino en sus recuerdos. Bebí lentamente mientras lo observaba.

—Así que no quieres volver a Filadelfia —dije después de un rato.

No respondió de inmediato. Miraba el vaso y lo agitaba suavemente.

—No —dijo al fin—. No quiero volver a Filadelfia ni a ningún lado. No quiero ir a ninguna parte.

Me pareció percibir en su voz, no en el sentido de sus palabras, sino en el tono, un cansancio espiritual intenso, una fatiga metafísica muy honda. Tal vez más que fatiga era pesadumbre. Sí, pesadumbre era lo que afloraba en lo que decía; una pesadumbre sedimentada o arraigada en los huesos, en la sangre, en cada uno de sus actos. Sí, pensé —fue una conclusión súbita y espontánea— a los veinticuatro años Billy ya era un hombre aniquilado. Su apariencia era y seguiría siendo por mucho tiempo la de un joven —uno de esos millones de jóvenes sonrosados que habitan las ciudades y los pueblos estadounidenses— pero su voluntad estaba marchita.

Ahora la lluvia había cesado casi por completo y otros clientes entraban al MOROCO. El silencio anterior había sido desplazado por las risas y las voces. Cerca de donde estábamos, dos hombres hablaban de carreras de caballos. Uno afirmaba que **Little Blue** ganaría fácilmente la prueba estelar del día siguiente; el otro aseguraba, se lo había dicho, no podía fallar, que **Princesa** sería la vencedora. Ambos esgrimían cifras, marcas, pedigree, exaltaban la habilidad de los respectivos jinetes. En otra mesa, un hombre bebía cerveza con expresión ausente. Parecía ajeno a todo, aunque de vez en cuando prestaba atención al diálogo hípico.

Billy había vuelto a guardar silencio y nuestros vasos estaban casi vacíos. Con un gesto le pedí a Charlie otro ronda. Comenzaba a sentirme eufórico y ya no sentía ningún malestar por la presencia de Billy. En realidad, empezaba a experimentar esa sensación que nos hace todo agradable y hermoso. Afuera se oía el ruido de los automóviles, el sonido de las llantas en el pavimento mojado, pero

era un rumor apacible, sin el escándalo de las bocinas. La luz lechosa del atardecer había cedido su lugar a los colores indirectos del MOROCO y la camisa blanca de Charlie adquiría tonos violeta en los espejos que había detrás de la barra. Charlie trajo las bebidas y se llevó los vasos vacíos. Bebimos y Billy pareció dispuesto a reanudar su relato. Encendí un cigarillo y me apresté a escucharlo. Sin embargo, luego de una pausa dijo que por el momento no tenía ganas de seguir contándome sus cosas; era preferible que yo hablara de lo mío o que abordáramos otro tema. Comprendí que debía resultarle molesto remover con insistencia sus recuerdos y sugerí que termináramos las copas y nos fuéramos a otro sitio. Si quería, podíamos ir al VILLA AMOR o a LA GRUTA AZUL; eran establecimientos de mujeres y uno podía beber allí y subir con una o simplemente beber.

—Bueno —dijo— terminemos. Después vemos qué se hace. Seguidamente fue hasta el jukebox y puso música. Regresó a la mesa bailando y con una expresión sonriente. No obstante, al observarlo detenidamente creí notar que su sonrisa era forzada; debajo o detrás de ésta su auténtica expresión: esa pátina de tristeza o de hastío que lo recubría como una segunda piel. Después llegó más gente al bar, incluidas algunas mujeres; entre éstas, una conocida que se acercó a saludarme. Era una mulata sensual, de paso ondulante, con la cual había pasado la noche algunas veces y de quien guardaba un buen recuerdo porque era frenética en el amor y lo envolvía a uno en un torbellino en la cama. Presenté a Billy y la invité a sentarse con nosotros, pero rehusó. Andaba con el grupo de amigos que en ese momento se instalaba en una mesas del fondo. Luego preguntó qué me había hecho, hacía tiempo no me veía, ¿caso la esquivaba o le tenía miedo? Dijo esto con una sonrisa picaresca y se alejó contoneándose.

Billy tomó un trago y dijo que iba al servicio. También me levanté y fui a poner música. Una de las que andaban con mis amigas comenzó a bailar con uno de sus compañeros. Era una negra preciosa. Observé de reojo el movimiento de sus caderas, que semejaban envolver al hombre con una red invisible mientras éste se debatía como un pez atrapado. Marqué una canción que un año antes había escuchado durante toda una noche en compañía de la mulata. Estaba casi seguro de que cuando ella la oyera recordaría. Quizá fuera ésa la mejor noche que habíamos pasado juntos. Nos encontramos a las nueve en un restaurante, estuvimos en un bar hasta la madrugada y luego, al contrario de otras veces, decidimos no ir a un hotel o a su casa, sino irnos al mar, a una playa solitaria; y en Veracruz vimos el amanecer acostados en la arena, con las olas mojándonos los pies. Junto al jukebox, en tanto esperaba que comenzara la canción compartida aquella noche,

recordé cómo la claridad del alba contrastaba nuestros cuerpos desnudos, cómo sus senos tenían el mismo color azul dorado de los arrecifes que el día naciente perfilaba en torno nuestro. Allí estuvimos hasta que el sol asomó sobre las aguas del golfo y fueron visibles los lejanos cerros del este y las colinas de la Zona del Canal. Después, mientras nos vestíamos, había momentáneamente deseado no regresar a la ciudad, sino perderme con la mujer en una cualquiera de esas islas azulosas que la mañana descubría en el horizonte. Comenzó la canción y ella se puso a bailar con uno de sus amigos. Al encontrarse nuestras miradas, me hizo un guiño; sonreí y correspondí con un gesto de la mano. Luego regresé a la mesa. Billy volvía en ese momento del servicio.

Afuera ya no llovía y la noche despejada y fresca comenzaba a poblarse de caminantes. Río Abajo, el barrio de los bares, iniciaba su ritmo oscuro, esa onda cálida que aproxima y confunde pieles blancas y negras, sudores ácidos, perfumes, delirios provocados por las drogas, cuchilladas y caricias. Río Abajo empezaba a vivir de nuevo en el aire del mar y los gemidos. En la Sombra tropical, las canciones fluían de los bares al aire lavado por la lluvia y entraban en las casas y penetraban en los cuerpos de quienes salían a las calles todavía mojadas.

Billy volvió a sentarse, tomó su vaso y sonrió mientras se acomodaba.

—¿Qué hay —dijo.

—Nada —respondí—. Nada.

Frente a nosotros, en la pared, indiferente a las voces cada vez más altas de los clientes, la muchacha del árbol parecía sonreírnos, como si Billy y yo fuésemos viejos conocidos suyos o supiéramos su secreto.

* * *

¿EN QUE INSTANTE DE LA TARDE O DE LA NOCHE Billy contó lo de su herida? Mientras Charlie deja frente a mí otro **gin** pienso en ese momento, ya entonces lejano para Billy, próximo sólo en su memoria y en sus palabras, que salían de su boca maculadas por el sufrimiento y la sangre. Recuerdo que mientras hablaba golpeaba el cigarrillo en el cenicero y yo convertía en imágenes su relato, como en el cine. El era ese narrador invisible, buscado en vano por los niños en la pantalla, y mi mente la cámara que ilustraba la narración: él trazaba el marco de los acontecimientos; yo ponía el color, la lluvia, el horizonte, los animales, los hombres avanzando entre la maleza fangosa, contraídos los rostros por la tensión y el esfuerzo.

BILLY:

Los helicópteros nos dejaron en el borde de un arrozal, como a media milla del lugar donde el día anterior había sido emboscada una patrulla.

CAMARA:

La lluvia difumina el perfil de las montañas. Más allá del arrozal, al otro lado del monte, hay un río; por él huyeron los guerrilleros tras haberle hecho nueve bajas a la patrulla. En medio de la lluvia, los helicópteros recogieron a los heridos y a los muertos. Los sobrevivientes subían a los aparatos con el miedo coagulado en sus pupilas azules. Ahora los hombres avanzan desplegados en tanto los helicópteros se remontan en dirección al río. En sus frentes asoman las ametralladoras calibre 50.

BILLY:

Caminábamos con las armas listas, atentos a posibles trampas disimuladas en la maleza o a cualquier movimiento sospechoso. Porque sabíamos que ellos estaban ahí y que podían aparecer en cualquier momento. Ya habíamos aprendido que cada árbol, cada arbusto podía ser un tirador camuflado. Con muchas precauciones dejamos el arrozal y comenzamos a adentrarnos en la maleza.

CAMARA:

La vegetación no es muy tupida. Los hombres avanzan en silencio, fijándose en dónde pisan. (PLANO FIJO: Un soldado grita mientras es atravesado por los bambués afilados de una trampa que él mismo ha accionado al pisar un tronco podrido). La llovizna entorpece la visión: a más de veinte metros es imposible ver claro. Las hojas mojadas se pegan a los cuerpos. Los hombres sienten los pies ligeramente entumecidos por el agua. Lejos se oye el sonido de los helicópteros y, hacia el este, estampidos de artillería.

BILLY:

Más o menos en dos horas recorrimos la media milla que nos separaba del río. Continuaba lloviznando y el caudal bajaba turbio. No se podía ver el fondo del cauce aunque era poco profundo. Descansamos quince minutos y luego el capitán ordenó reanudar la marcha por la ribera, en sentido contrario al de la corriente.

CAMARA:

Las aguas corren mansamente bajo el cielo gris. No hay signos de vida humana en las márgenes enmarañadas. Ya no se escucha el ruido de los helicópteros. La lluvia cae lenta, monótonamente.

BILLY:

(Aplastó el cigarrillo en el cenicero y bebió un trago). Seguimos caminando hasta bien entrada la tarde sin encontrar a nadie; ni siquiera vimos indicios de que alguien hubiera pasado por allí. El desaliento, el cansancio, no sé, nos carcomía los huesos. Luego remontamos una ladera cubierta de hierba y arbustos espinosos y frente a nosotros aparecieron tres chozas en medio de un desmonte. El capitán las observó con los binoculares y dijo que parecía no haber nadie en ellas. Sin embargo, ordenó destruirlas porque seguramente servían de refugio a los guerrilleros. Nos desplazamos dando un rodeo y poco después, desde unos treinta metros, abrimos fuego y lanzamos una granada contra cada choza. Efectivamente, nadie vivía en ellas. Entre los escombros no había huellas de habitación. Sus ocupantes debían haberlas abandonado mucho antes. Allí hicimos alto y comimos. Luego el capitán pidió por radio que los helicópteros vinieran a recogernos.

CAMARA:

Cinco y medio de la tarde. Fatigados, los hombres fuman y conversan en grupos. Ya no llovizna pero el cielo sigue nublado. Una luz lechosa desdibuja los contornos. A lo lejos, el azul-gris de las montañas anuncia la noche. Los hombres se ven tranquilos. Antes de media hora habrán venido los helicópteros para llevarlos a la base. En dirección al río, casi rozando las copas de los árboles, vuela una garza.

BILLY:

Yo estaba cerca de Bloody Maloney, un tipo de California, de Fresno, creo, que a los diecinueve años ya había recorrido todos los Estados Unidos en auto stop. Era huérfano (sus padres habían muerto en un incendio) y había vivido hasta los quince años en un orfelinato de San Francisco. Allí, en los barrios duros, había comenzado su vida propiamente dicha y allí también había incubado un profundo odio hacia los chinos porque uno de éstos lo descubrió cuando intentaba robar en un restaurante y lo denunció a la policía. A lo mejor por eso, decía, vine como voluntario a esta guerra de mierda. Quisiera acabar con todos esos monos amarillos y sus semejantes. Que no quedara uno.

(Encendió un cigarrillo y con un gesto le pidió a Charlie otra ronda)

La verdad era que Bloody Maloney tenía fama de temerario y despiadado. Cuando lo conocí ya tenía dos condecoraciones y un ascenso a cabo, postergado porque durante una incursión había disparado, sin orden previa, contra un grupo de viejos y de niños

que intentaba ocultarse en el monte. También había estado a punto de afrontar un consejo de guerra por haber volado unas edificaciones que había tomado por refugios de guerrilleros cuando en realidad eran una especie de hospital rústico. Sin embargo, a pesar de todo eso, dada su disposición para el combate, los oficiales lo apreciaban y su nombre era popular entre los soldados. Incluso cuando alguien deseaba estimular a un recluta, le decía palmeándole la espalda: Vamos, chico, ten el ánimo de Maloney. Piensa que esos que andan por ahí son ratas y todo será más fácil.

(Panorámica)

CAMARA:

Base norteamericana. Cerros a los lejos. Una alambrada de tres metros de altura y susceptible de ser electrificada marca el perímetro militar. Un campo de minas y de alarmas cubre una franja de quince metros a cada lado de la cerca. —Las minas están enterradas y las alarmas son invisibles, pero al espectador debe hacérsele saber que están ahí—. Soldados solos o en pequeños grupos van de un edificio a otro. Los barracones de la tropa forman una inmensa L en el sector este de la base. Otros edificios, incluidos cine, club —en éste hay una sección exclusiva para oficiales— intendencia, lavandería, etc. completan la imagen. Camuflados en depresiones artificiales del terreno hay cañones pesados. Helicópteros, camiones de transporte, motocicletas, blindados, jeeps y otros vehículos aparecen en distintos puntos. Junto al puesto de mando, frente al edificio achaparrado y hosco, ondea la bandera estadounidense.

(Plano general interior)

Dormitorio de soldados. Maloney está acostado en su cama. Fuma. En la cama contigua a su derecha, dos soldados jóvenes conversan sentados. Uno ríe, roja su cara imberbe, un chiste de su compañero. Bloody Maloney tiene la mano izquierda bajo la cabeza. Ofrece su cigarrillo al soldado que ríe. Este aspira con los ojos cerrados y antes de exhalar el humo pasa el cigarrillo a su compañero.

—Esto es bueno para el miedo —dice Maloney—. En San Francisco los hippies fuman para olvidarse del mundo y sentirse tranquilos. Aquí ayuda a mantener el pulso firme. Afina la puntería.

—¿Y no está prohibido? —pregunta el que ahora tiene el cigarrillo.

—¿Y qué? —responde Maloney—. Aquí muchas cosas están prohibidas, muchacho pero no hagas caso. El sargento y el capitán también fuman. Y hay quien dice que el coronel está en el negocio. Bueno, pero de eso no hay por qué hablar.

Retoma el cigarrillo y aspira largamente. Fuera del dormitorio alguien grita: ¡Bloody! Este contesta. Entra un soldado con paso nervioso y se aproxima a la cama. Maloney interroga con la mirada. El recién llegado mira recelosamente a los dos soldados y luego, ante una seña tranquilizadora de **Bloody**, habla en voz baja, sentado en la cama de la izquierda.

—Está bien —dice Maloney cuando el otro termina—. Dile que la traiga esta noche. Pero adviértele que sólo recibirá un dólar por cada cigarrillo.

El soldado sale. Maloney de otra chupada al cigarrillo y luego lo pasa.

(Close Up)

En la nariz, en la frente de Maloney brillan pequeñas gotas de sudor. Sus grises pupilas dilatadas tienen reflejos acerados. Observa a los soldados que consumen el resto del cigarrillo.

—Así es la cosa, chico. Tú nada más preocúpate por ser un buen soldado; así nadie te prohibirá nada. Te lo dice Maloney.

Se incorpora y camina hacia el fondo del dormitorio, donde están los baños. El soldado que reía aspira profundamente, los ojos entornados. El otro lo mira fija, cálidamente, con una ternura extraña, le pone una mano en un muslo y dice con voz íntima:

—Vamos, James, anda, dámela ya, no seas egoísta. Afuera comienza a llover.

BILLY:

En la luz gris, pegajosa por el calor, mientras Maloney fumaba para alejar los insectos, yo soñaba con volver a la base, despojarme del equipo y tenderme en la cama diez horas seguidas o ir al cine a ver a **Mary Poppins**. En ese momento no pensaba en nada más. Me sentía realmente molido, como si en vez de siete horas hubiéramos caminado cincuenta. Luego, después de un rato en que perdí la noción de todo —no sé si dormí o sencillamente mantuve la mente en blanco— percibí el ruido de los helicópteros. Dieron orden de prepararse para abordarlos y un instante después los aparatos estaban sobre nosotros. En el claro había espacio suficiente para que descendieran los tres simultáneamente. Caminamos hacia ellos y fue entonces, precisamente en el instante en que subían los primeros hombres, cuando comenzó el ataque. En los minutos siguientes no hicimos más que responder al fuego instintivamente, tendidos en tierra. Nos disparaban de todas partes y nosotros también tirábamos en todas las direcciones, aunque sin ver a nadie porque los atacantes estaban ocultos en el monte. Uno de los helicópteros fue alcanzado por una ametralladora pesada y sus aspas giraron cada

vez más despacio hasta que se detuvieron por completo. La tripulación lo abandonó y la cabina del aparato fue materialmente destrozada por las balas. Los otros despegaron mientras sus ametralladoras barrían la selva. Del lado del río no nos tiraban y nos ordenaron replegarnos hacia allá. Maloney estaba cerca de mí y mascullaba maldiciones entre dientes en tanto disparaba con gesto rabioso. Puse un nuevo cargador y corrí hacia el monte lo más velozmente que pude. Detrás de mí sentía los pasos de Maloney. Unos cuantos metros nos separaban de la espesura y yo corría inclinado y en zigzag, con el miedo disuelto en la sangre y esperando sentir de un momento a otro la mordedura de las balas. Súbitamente Bloody lanzó una maldición, seguida por una especie de quejido o estertor ronco y escuché el gope apagado de su cuerpo contra el suelo. Instintivamente, sin detenerme ni aflojar la carrera, miré hacia atrás por sobre el hombro. Entonces, en el preciso momento en que me arrojaba de cabeza al monte, sentí una fugaz quemadura en la pierna izquierda. Sin embargo, el miedo me impulsaba y seguí reptando, adentrándome en la espesura mientras un adormecimiento doloroso me subía hacia la rodilla.

CAMARA:

(Tenía el cigarrillo en la mano y miraba a Billy a través de la columnita de humo que salía de entre mis dedos)

Ahora los disparos provienen solamente del lado del río. Los guerrilleros no dan señales de vida; nada se mueve en los lugares desde los cuales momentos antes las armas automáticas atronaban la tarde. Los soldados también dejan de disparar. El silencio se cierra sobre el paraje. En el claro, el helicóptero semeja un gran pájaro muerto. Su mole verdosa se oscurece paulatinamente bajo el cielo gris, en la luz turbia, chamuscada de pólvora; lo mismo ocurre con los hombres caídos en los alrededores: van oscureciéndose sobre la tierra mojada, sumiéndose en la inmovilidad del silencio y de la llovizna que nuevamente cae.

BILLY:

Unos metros a mi derecha, el capitán daba órdenes con voz tensa. "¿Cuántos faltan?", oí que le preguntaban al sargento. Repté hacia donde oía las voces. El sargento me vio y dijo: "Ahí está Jones". El capitán preguntó si me habían herido. Respondí que en la pierna. El sargento examinó la herida y dijo que no era grave, pero que podía complicarse si no era atendida pronto. Poco a poco otros hombres se reunieron con nosotros. El sargento hizo un somero recuento de bajas. Faltaba más de un tercio de la gente y varios de los presentes estaban heridos. El capitán desplegó a los

hombres en torno al grupo de heridos y dijo que pasaríamos allí la noche, pues ya había pedido refuerzos y seguramente al amanecer los helicópteros volverían a buscarnos.

CAMARA:

Lentamente la sombra envuelve el claro y el verde de los montes adquiere tonalidades negras. Los soldados forman un círculo invisible en torno a los heridos. En sus rostros aún se reflejan el miedo y la tensión de los últimos minutos. Cerca del helicóptero, un hombre herido en el pecho se queja débilmente mientras la llovizna moja su cabeza descubierta; junto a él, su casco se llena de agua. Su queja es inaudible para quienes están en el monte, sin embargo, el herido siente que el sonido de su garganta llena la sombra hasta los confines del mundo.

BILLY:

(Pagó la nueva ronda y bebió un trago mientras yo apagaba el cigarrillo)

Recostado a un árbol, la pierna extendida como una cosa inútil (oyendo la respiración fatigosa de los heridos y el monótono golpeteo del agua en las hojas, la sombra espesándose cada vez más, metiéndose dentro de uno, inyectándole en cada célula ese miedo que no es temor a la muerte sino pavor a la soledad, al silencio, a la tierra mojada, a los ruidos de los pájaros y a los propios pensamientos) yo maldecía interiormente mi suerte, el dolor que me agarrotaba la rodilla y a todos los que en ese momento no sufrían, con los músculos perforados por un balazo, la angustia de una noche lluviosa con enemigos al acecho. Busqué en la mochila el tubo de las aspirinas y me tomé dos. A mi derecha alguien se quejaba quedamente, como avergonzándose de su padecimiento, como temeroso de que los demás supiéramos que sufría.

ESPECTADOR:

La verdad, Billy, yo quisiera estar allá, pero en el otro bando, acechándolos a ustedes, buscando la oportunidad de acabarlos. Tú sufres y los otros heridos también. Eso es triste, pero no tanto. El sufrimiento les ha hecho olvidar que ayer los B-52 borraron cinco aldeas en las provincias del Delta. Animales, viejos, niños... todo fue pulverizado. Cuando terminó el raid, las columnas de humo espeso eran el último y único vestigio de los pueblos destruidos. Olvidan que ustedes han contaminado y arrasado la mitad de ese país con herbicidas y sustancias tóxicas, que mantienen en campos de concentración a miles y miles de familias, que centenares de personas mueren torturadas cada día. Sí, yo quisiera estar allá para impedir que siquiera uno de ustedes pueda volver a la base en los helicópteros.

CAMARA:

Los cerros, el horizonte desaparecen en la sombra. La llovizna se convierte en aguacero. El agua extrae sonidos metálicos del helicóptero destrozado. El herido próximo al aparato ya no se queja. Salvo el ruido de la lluvia, el silencio es total. La sombra es la única realidad bajo el cielo; la sombra y el agua que moja a los caídos, penetra en la tierra y es por igual indiferente a la noche y a la muerte.

BILLY:

Las horas pasaban lenta, dolorosamente, como arrastrándose. La lluvia llenaba la sombra de sonoridades confusas. El cansancio pugnaba por adormecerme, aunque la humedad y el dolor de la herida me impedían cerrarlos ojos. Creo que en ningún otro momento he vivido algo semejante; jamás había tenido ni he vuelto a tener una visión tan precisa y clara de mi inutilidad, de mi absurdo, de lo poco que verdaderamente significa la existencia de uno. Ese grupo de hombres bajo la lluvia, sumido en la sombra y en el miedo, en riesgo de quedar para siempre sobre la tierra mojada de un país extraño, de pronto me pareció irreal. No era cierto que estuviéramos allí. Cada quien estaba en su ciudad, en su casa, viendo la televisión, conversando en el bar con los amigos, esperando a la novia o a la amiga para ir al cine o a bailar. En Nueva York, yo asistía a la inauguración de una muestra de pintura y hablaba con una joven y presuntuosa escritora recién llegada de París. Mientras su brazo rodeaba los hombros de una chica menuda, que lucía una sortija en cada dedo, intentaba convencerme de que los niños de laboratorio permitirían a la mujer liberarse de la esclavitud de la maternidad; además, así el amor sáfico podría expresarse libre y cabalmente, como debía de ser, como no había sido, tú me entiendes honey, por las trabas del matrimonio y los prejuicios y la mojigatería sociales. Más allá, un pintor con la cabeza rapada y barba larguísima y revuelta, abjuraba de la cultura, maldecía a gritos a los academicistas y vindicaba la espontaneidad y el impulso como lo único que realmente debía de contar en el arte y en la vida. Una rubia cubierta sólo por una pampañilla —sus pezones pintados de púrpura fosforecían como luciérnagas— pasaba a los concurrentes una bandeja con bebidas. En el ombligo tenía pintado el símbolo del infinito y en sus ojos —pestañas postizas, orlados de verde y violeta— titilaban lucecitas misteriosas. Yo admiraba sus senos eriguídos, olvidado de la lluvia en el follaje y de la pierna herida, pero de pronto un movimiento involuntario me agudizó el dolor y ya no fue Nueva York sino otra vez la selva, los hombres con miedo, los muertos con la cara en el lodo... y un sudor frío me cubrió la frente guarecida por el casco.

ESPECTADOR:

El miedo a la muerte siempre ha estado en el hombre, Billy. Tú piensas en Nueva York para olvidar que puedes quedar allí, junto a ese árbol, en la noche lluviosa, como miles de compatriotas tuyos que han quedado y quedarán tendidos en los arrozales, en la selva, en las calles de Hue, de Pleikú, de An Loc y hasta en los bares y prostíbulos de Saigón. Piensas en Nueva York para no pensar en ti, en la muerte que en este mismo instante puede estar acercándose en la oscuridad. Quisieras que alguien hablara para olvidar el miedo. Quisieras no haber ido nunca a ese lugar. Casi estoy seguro de que a los otros les ocurre lo mismo: piensan en cualquier cosa para olvidarse de la muerte. Así es el miedo. Ahora, ¿te imaginas en qué pensarán esos campesinos que oyen aproximarse el rugido de los aviones, corren a refugiarse y miran impotentes cómo las bombas y el napalm destruyen sus casas y sus campos? Seguramente también temen a la muerte. Pero ellos están en su tierra y, aunque sientan miedo, saben que tienen que vivir, y saben que para poder vivir tienen que pelear. Esa es la diferencia. Ellos no pueden escoger. Tú puedes pensar en Nueva York; ellos, sólo en su familia muerta o en la casa destruida. Esa es la diferencia.

CAMARA:

Desplegados en un círculo invisible, silenciosos y tensos, sin poder fumar, los soldados sienten —puede verse en sus rostros— que el tiempo se arrastra sobre las hojas muertas, cae con la lluvia y penetra en ellos con el aire húmedo. De cuando en cuando, una ráfaga de viento agita el monte y el agua acumulada en la fronda cae sobre los hombres.

BILLY:

(Bebió un trago, jugueteó con el vaso, me miró encender un cigarrillo y sonrió en una especie de suspiro) Después creo que tuve fiebre y probablemente dormí un rato. No estoy seguro. Pero eso sí, como te decía, fueron las horas más largas que he vivido. Recuerdo que durante un rato pensé en Maloney. Tal vez, seguramente, estaba muerto. Quizá mandaran su cadáver a San Francisco envuelto en una bandera y con otra medalla. Todos decían que era un buen soldado. ¿Y yo? Seguramente que si moría también dirían que había sido un buen soldado. Siempre dicen algo parecido del que muere. Es como si la muerte lo limpiara a uno de vicios y defectos. Nadie diría que **Bloody** Maloney había sido un vicioso, que golpeaba salvajemente a las prostitutas tras de haber estado en la cama con ellas, que iniciaba en la marihuana a los soldados recién llegados. Nadie diría ni pensaría nada malo de **Bloody** cuan-

do llegara a San Francisco envuelto en una bandera. Para todos sería un héroe, un buen boy que había cumplido hasta el fin con su deber.

ESPECTADOR:

Pobre Billy, eres un criminal. Todos los que han ido allá son criminales, regresen muertos o vivos. Ni el miedo ni la herida en la pierna te exculpan. Nada puede borrar esa culpa. Debo leer otra vez los libros de Burchet. Los guerrilleros trabajan los campos durante el día y por la noche atacan. Giap. Sí, la guerra popular. Un pueblo que lucha por su liberación contra un ejército invasor puede derrotar al armamento más moderno. Life publicó una foto que muestra a un tanque arrastrando a un guerrillero maniatado. Los bonzos se inmolán en las plazas y frente a los mercados. Al atardecer, cuando la última luz dora los picos de la cordillera anamita, los hombres desuncen los bueyes, guardan el arado y buscan la noche con el fusil al hombro. Un comando guerrillero atacó anoche la gigantesca base norteamericana de Danang y destruyó diecisiete bombarderos. El Pentágono ordenó intensificar los bombardeos contra la ruta Ho Chi minh. Máquinas contra hombres. Computadoras contra nervios. El papa deplora la efusión de sangre en el sudeste de Asia y ora porque las partes busquen el modo de ponerle pronto fin a ese conflicto que lacera la conciencia de la humanidad. Bertrand Russell y Sartre denuncian los crímenes de guerra norteamericanos. Una niña huye desnuda por un camino solitario y lleno de cráteres; detrás suyo, el napalm sólo ha dejado cenizas y humo de lo que fue su hogar. Seguramente tú has visto esas fotos, Billy. ¿Veías huir a esa niña? Uno de los heridos piensa que morirá. Tiene el hígado perforado. Lluvia, lluvia, oscuridad. Cuando llegue la mañana estará muerto. Está cerca de ti, apenas a tres metros, aunque no puedes verlo, y ya no tiene miedo. Es que cuando ya la muerte ha entrado en uno el miedo desaparece y nada importa sino ese frío que sube inexorablemente desde los pies. Seguramente ese soldado está recordando algo. ¿Qué recuerda, Billy? La tarde es luminosa en..., pueblito de Arkansas, su madre le sonríe en el parque y le da para que compre un helado. De cereza, de cereza. Pero cuidado con la camisa, hijo. Mira cómo te has puesto. Del otro lado de la calle se acerca un hombre de rostro pálido, vestido de negro, con un paraguas enorme. Otra vez; cómo eres, hijo.

“Después de las grandes lluvias viene
el buen tiempo.

En un instante el mundo entero
se deshace de sus húmedas ropas.

* * *

...Bajo el sol caliente y el viento
limpio, las flores sonríen.
En los grandes árboles de ramas
recién lavadas, hay un coro de pájaros.
El calor llena el corazón de los hombres
y la vida despierta de nuevo.
La amargura cede el paso a la felicidad..."

Bob Hope viajó a Vietnam con un grupo de artistas; van a elevar la moral de los soldados. En Tokio y en París hay manifestaciones contra la agresión estadounidense en Indochina. Grupos de conscriptos queman sus tarjetas de reclutamiento en Washington, frente al monumento a Lincoln.

BILLY:

Cuando cesó la lluvia, comenzaron a picarme los mosquitos. Eran un suplicio. Mataba uno y venían diez. Me unté repelente en la cara y en las manos, pero se metían entre la ropa. Sabía que el humo podía ahuyentarlos, pero teníamos prohibido fumar. Maté cuantos pude y aguanté las picaduras hasta que la oscuridad fue menos densa y supe que pronto amanecería. Entonces me sentí mejor porque pensé que posiblemente ya no sufriríamos un nuevo ataque. Creo que no mentiría si te dijera que ése ha sido el día más largo y ansiosamente esperado de mi vida.

CAMARA:

La luz indecisa perfila primero las montañas, después baja a los montes, finalmente a la planicie y el río está allí, con el agua turbia de sus meandros absorbiendo el día naciente. En el claro, el alba descubre los cadáveres cubiertos de lluvia. La luz atraviesa los cristales rotos del aparato abatido. A lo lejos, invisibles aún, se oyen varios helicópteros. El capitán ordena prepararse para partir. Que primero suban los heridos. Muy alto pasa una escuadrilla de bombarderos rumbo a las montañas. Los soldados los miran pasar y caminan hacia el claro. Los reactores trazan líneas blancas en el cielo limpio. Un soldado ayuda a Billy a incorporarse. Su pierna está hinchada. Por este aparecen los helicópteros y el ruido de sus motores cubre la tierra mientras la luz precisa las cimas de los cerros y los hombres avanzan fatigosamente hacia el claro.

ESPECTADOR:

Guernica. Nada fue igual desde entonces; nada será igual desde ahora. Aun en medio del sufrimiento el mundo cambia. Auschwitz, Dachau, Bergen Belsen, Treblinka. Mengele invocaba la ciencia para desollar hombres y mujeres vivos, para destripar fetos, para sumergir sacerdotes en agua helada hasta que murieran. Quería saber

hasta dónde llegaba la resistencia humana al frío y, con base en ese conocimiento, salvar a los pilotos del Reich derribados en el Canal de la Mancha. Pero ¿qué falacia invoca el Pentágono para arrasarlo aldeas enteras con napalm y destruir miles de hectáreas de cultivos con herbicidas, para envenenar las aguas y los campos? Russell, Sartre, los pacifistas norteamericanos y hasta el New York Times han denunciado eso. Hambre, miedo, horror. Los negocios están por encima de los hombres. La General Motors, la Douglas, la Bell Aircraft necesitan salida para la producción gigantesca de sus fábricas. El último verano, en Pittsburg, bandas de obreros agredieron una manifestación que exigía el fin de la guerra. Defendían su automóvil, su casa a plazos, su televisión a color, la cerveza fría por las tardes. ¿qué importa que perezcan cien, quinientos mil vietnamitas? Un capataz de la Ford Motor Company saca una cerveza de la refrigeradora Kelvinator último modelo y se sienta frente a la televisión —a su lado, su esposa; los niños se tienden en la alfombra— a ver el combate por el título mundial de todos los pesos en el Madison Square Garden. En ese mismo instante, bombarderos B-52 despegan de Tailandia y de Guam con treinta toneladas de bombas cada uno. ¡Ah, Hiroshima! Fuego, humo, ceniza. Alguien (muchos) quiere que el miedo domine al mundo. Pero no es posible, Billy; ¿no te das cuenta?: el miedo no puede contra la vida. Se ha visto a lo largo de la historia y nuevamente se comprueba en Indochina. El miedo y la muerte son como la noche: pasan y al final resurge la luz y los hombres vuelven a cultivar los campos, a pescar, a construir casas y caminos. Claro, nada será igual de ahora en adelante. Eso lo sabemos. Porque allí, entre las torturas y el napalm, entre las ruinas y las bombas guiadas por televisión y rayos laser, ha comenzado a nacer un hombre nuevo. Por eso ya nada será igual: porque en medio de la guerra se ha incubado el mundo del futuro. Esa es la verdad de esta guerra, Billy; ésa es la verdad, aunque no quieras aceptarla.

BILLY:

Estuve dos meses en el hospital, hubo complicaciones y estuvieron a punto de amputarme la pierna. Felizmente no hubo necesidad de hacerlo. Después convalecí y, ya repuesto, participé en otras misiones. Eso sí, tuve suerte y no volvieron a herirme. Sin embargo, sabes, después de haber visto y sentido lo que vi y sentí, a veces he pensado que tal vez hubiera sido mejor para mí acabar como Maloney. Eso he pensado. Creo que eso comencé a comprenderlo una noche en Saigón. Andaba de permiso y recorría la zona de los bares con dos compañeros. Habíamos bebido bastante y llegamos a un bar donde había mujeres. Era un sitio muy bonito, con reservados de bambú al fondo. Nos sentamos, pedimos bebidas

y unas mujeres se nos acercaron. En sus rostros pintarrajeados asomaba esa falsa cordialidad inicial que muestran las putas de todas partes; esa cordialidad que desaparece si no tienes dinero o si no eres espléndido. Bueno, se sentaron. Ninguna sobrepasaba los treinta, pero todas aparentaban tener más. Se notaba que hacían un gran esfuerzo por sernos simpáticas, les seguíamos la corriente, conversábamos, mis compañeros estaban contentos, pero de pronto, no sé por qué, no me sentí bien y con el pretexto de que iba al baño me puse a recorrer el local. Algunas mujeres se me ofrecían con palabras o con gestos, pero no les hacía caso. Luego, junto a un reservado, sola, sin decir nada, mirándome como distante, vi a Flor del Otoño (su verdadero nombre era Nguyen... algo. No sé bien). Su figura esbelta y menuda, su cabello negro y largo, su expresión tranquila... todo contrastaba con la procacidad de las otras. Eso me gustó, no sé, me atrajo. Me aproximé a ella y cortésmente le pedí (como si no estuviera allí, obligada a aceptar la invitación de quien fuese, sino en un parque o en cualquier otro sitio; como si no fuera una pupila del burdel sino una mujer que le llama a uno la atención en una fiesta) que me acompañara a tomar un trago.

(Plano general exterior)

CAMARA:

Los anuncios luminosos cubren la calle. Soldados de uniforme y de civil caminan en grupos, conversan y ríen. Algunos entran o salen de los bares. Otros abrazan a las mujeres en los zaguanes. Muy altas, alejándose, luces de aviones.

(Plano general interior)

Un bar. Los compañeros de Billy beben con las mujeres. Uno, cubiertos los brazos de tatuajes, besa a una mujer en la boca y palpa golosamente sus muslos. Riéndose, introduce un billete de cinco dólares entre los senos de la mujer. En un reservado del fondo, Billy conversa con Flor del Otoño. Esta lo escucha serena, atentamente, mientras él habla con voz pausada. En el fondo de la mirada de ella, él cree percibir rescoldos de sufrimiento. Brindan por algo. Fuera del reservado, la alegría y la música son ruidosas. Un grupo de marineros canta en la barra una vieja canción irlandesa. Todos son de origen irlandés y de esa manera creen revivir o prolongar en ellos la bizarría de sus ascendientes. En un tablado del fondo, ornado con dragones y lunas caídas, un conjunto musical de jóvenes melenudos interpreta una antigua tonada vietnamita en ritmo de rock. Las guitarras eléctricas aniquilan la tradición y la melodía original, pero los intérpretes parecen disfrutar con eso. La mirada enrojecida del cantante —pantalones ceñidos, de tela brillante— recorre lascivamente a los soldados ebrios que lo escuchan, la

mayoría indiferente a cuanto no sea la cerveza o el whisky que tiene delante. Sin embargo, uno de mirada turbia, dilatadas las pupilas por la marihuana, sentado solo cerca de la tarima de los músicos, observa atentamente al cantante. Este sonríe al captar la mirada del otro, le da la espalda y se contonea mientras sigue cantando. En el aire saturado de humo y sonidos eléctricos, de risas y voces pastosas, Billy mira a Flor de Otoño como si la guerra no existiera.

BILLY:

(Regresó del servicio, encendió un cigarrillo y despaciosamente debió un trago)

Como te decía, había algo, no sé qué sería, distinto en esa mujer. Aunque estaba allí y hacía lo mismo que las otras, parecía incontaminada. Yo sentía que era diferente. En realidad, según supe más tarde en su cuarto, provenía de una aldea arrasada por nuestros bombardeos. Su familia había muerto y ella había deambulado por los caminos con otros refugiados hasta llegar a Saigón y por el momento era una más de las cien mil mujeres de las noches saigonesas. Como mucha gente suya, anhelaba que la guerra terminara, aunque ignoraba qué haría cuando ésta llegara a su fin. Sin familia, sola, ¿qué iba a ser de ella cuando acabara el conflicto? Yo acariciaba su largo cabello sedoso mientras hablaba sin mirarme, su cabeza en mi pecho, como si no hablara conmigo sino sola, en voz alta. Luego sentí sus lágrimas en mi piel, tibias y puras, y me sentí súbitamente miserable y repugnante. Era asquerosa la guerra. Asquerosa. Como entre brumas, sin poder dormir, seguí pensando y fumando. Y casi al amanecer, la mujer dormida en mi hombro, sentí asco de todo y lamenté más que nunca ser un soldado de nuestro bando. Pensé en las pasadas guerras de nuestro país y en todo eso. Entonces tuve la certidumbre, afloró en ese momento, de que algo no andaba bien en esa guerra. Y dentro de mí, my God, algo tampoco andaba bien; tal vez nunca había andado bien.

ESPECTADOR:

Yes, Billy, algo no anda bien desde hace mucho tiempo. Antes de Vietnam, antes de Hiroshima, desde mucho antes algo estaba podrido. ¿Quién olvida a los miles de esclavos muertos, aniquilados por la miseria y el látigo? ¡Ah, el pintoresco y exótico Sur! ¡Siglos de barbarie en la extensión aherrrojada y fértil de las plantaciones, de los duelos y los trajes y los bailes y las diversiones al estilo de Francia! ¿Quién olvida?

“...Desde Africa hasta Georgia
llevé mis canciones de tristeza.
Yo hice el rag.

Yo he sido una víctima:
Los belgas me cortaron las manos en el Congo.
Ahora me linchan en Texas”.

Lynch, Jim Crow, Ku-Klux-Klan: voces de odio, fuego, sangre sobre la tierra. En la alta noche; en el bajo día hombres como perros persiguen y muerden al manso, desgarran su piel, sofocan su queja, trituran sus huesos y lo entierran clandestinamente, en medio de teas y cruces, con la palabra libertad. Vasta tierra de crímenes. El genocidio de los pieles rojas, ¿quién lo olvida? Era invierno. Cielo azul, viento helado. Trescientos muertos entre viejos, mujeres y niños en la nieve de la tarde. La sangre en la nieve, la muerte en el frío. Los caballos pisoteaban las tiendas y los cráneos. Wounded Knee/18..., South Dakota, USA. ¿Y México? Era uno de los países más extensos del mundo y fue despojado de la mitad de su territorio y del petróleo de Texas. ¿Y Filipinas, Puerto Rico y Cuba? Vasta tierra de odio. Algo está podrido desde hace mucho tiempo. Tú has comenzado a verlo, Billy; otros ya lo sabían y han sufrido y muerto por eso. Vasta tierra de odio.

BILLY:

Después la busqué varias veces, pero no pude volver a verla. Había dejado su cuarto y las otras mujeres no tenían idea de su paradero. A lo mejor estaba enferma o había muerto. Cualquier cosa era posible; todos los días moría mucha gente. No obstanté, recorrí todo Saigón buscándola, hasta que finalmente me resigné a aceptar que se había extraviado en el torbellino de la guerra. Después contraí fiebres y tuve delirios terribles. Veía a Flor de Otoño tendida en un campo de arroz cubierto de cráteres y cuerpos destrozados. En el cielo rugían los aviones y la artillería disparaba incansablemente. El día olía a pólvora y a pieles chamuscadas. Ella yacía boca arriba, abierto su vientre por la metralla, pero aún no estaba muerta. Yo sabía que no estaba muerta y quería llegar a su lado y decirle algo, una última palabra, no sé, algo, pero los montones de cadáveres me impedían aproximármele. Era horrible. Yo tenía las manos manchadas de sangre. Al cabo de tres semanas me dieron de alta en el hospital y poco después recibí orden de volver a casa. La última noche que pasé en Saigón estuve en el lugar donde la había conocido y durante horas bebí solo en el reservado que habíamos compartido. Después he pensado que tal vez estaba medio loco, porque en verdad no sabía para qué la buscaba; ni siquiera estaba enamorado de ella. Por lo menos eso pienso. Pero,

sea como sea, creo que las horas vividas con ella, sus lágrimas tibias en mi pecho, es lo único que vale la pena recordar del tiempo pasado allá. Eso y el miedo. Lo demás es *shit, only shit, my friend*.

Bebió --veo de nuevo su mirada perdida, como distante de la realidad-- y luego se levantó a poner música. Nuestros vasos casi estaban vacíos. Con un gesto de la mano le pedí a Charlie otra ronda y mientras éste preparaba las bebidas pensé que sí, que de alguna manera Billy era una víctima. En cierto modo, salvo quizá la gente como Maloney que no había perecido, cuantos habían estado o estaban allá eran víctimas. De una u otra forma, la guerra aniquila a los hombres, perezcan o no en ella. Una parte de cada combatiente se queda para siempre entre los muertos. Billy era una confirmación de eso. Su fatiga, su hastío, su indiferencia hacia la vida eran una muestra de esa mutilación que la guerra opera en alguna parte de cada ser. Y el haberlo escuchado me hacía pensar que tal vez sea peor ser una víctima viva, atormentada por remordimientos y neurosis, que una víctima muerta, transformándose apaciblemente en tierra y jugos elementales. Pensé decirle eso a Billy cuando regresara a la mesa, pero cuando nuevamente estuvo frente a mí su mirada de luz indecisa, me abstuve. ¿Para qué mortificarlo? ¿Qué objeto tenía decirle nada si ya él mismo había descubierto su condición de víctima? En silencio levanté mi vaso y mentalmente brindé por todas las víctimas, muertas o vivas, de esa guerra y de todas las guerras. Definitivamente, por más que se mirara, la guerra era una porquería; una terrible, asquerosa porquería.

HOY:

Cuando los últimos desfallecientes rayos del astro rey pongan hilos de oro en el celeste lienzo y las aves retornen a sus nidos en busca de reposo.

Cuando la fresca brisa del "idolatrado Ancón" como dijera una gran poetisa descienda cual aliento del Olimpo sobre nuestra ciudad.

Cuando el sosiego llegue a los hogares tras la fatiga de la dura pero enaltecedora jornada.

El travieso Cupido guiará hacia el altar los pasos de la encantadora culta y gentil señorita **ESTER DIAZ FABREGA** secretaria bilingüe diplomada en **Administration Business** en un reputado colegio religioso de Austin, Texas y flor del virtuoso hogar formado por la bondadosa dama doña **EMILIA FABREGA HERRERA DE DIAZ** y por el estimado caballero y boticario de la localidad don **JUAN ANTONIO DIAZ SANCHEZ**.

¿Y quién es el afortunado que desposará a la poseedora de tantas virtudes prendas y atributos?

¡Oh los caprichos de Cupido!

De lejos vino atravesando el mar a conquistar el corazón de la amada el bizarro y gallardo teniente de navío EDWARD LIVINGSTONE hijo del también oficial de la gloriosa marina de Estados Unidos capitán WILLIAM LIVINGSTONE y de la distinguida dama mistress ELIZABETH LIVINGSTONE q.e.p.d.

La ceremonia religiosa en la que se jurarán eterno amor los contrayentes será oficiada por el párroco de Nuestra Señora de la Virgen del Carmen reverendo pbro. IGNACIO VICTORIA Y LOZANO justamente conocido por su piedad y temor de Dios y el acto contará además con el brillo de la voz angelical de la soprano señorita MAYRA NUÑEZ quien estudió cantó en Madrid y Roma y quien es amiga de infancia de la contrayente.

Padrinos de la boda serán:

El destacado abogado Lcdo. ALVARO QUIROZ CASTILLO y señora

El talentoso comerciante y promotor de actividades cívicas y sociales don LAZARO GUTIERREZ C. y señora

El edil don HERMINIO TORRES FLOREZ y señora

El periodista de atildada pluma y hombre público don JESUS MARIA CAICEDO "Alguacil" y señora

El consagrado médico Dr. EVERARDO FUENTES y señora

La señorita DIANA DIAZ FABREGA hermana menor de la novia y enfermera egresada con honores de nuestra más alta casa de estudios y el oficial de la Air Force ELROD MAY

El capitán de fragata LEE RUBY y señora

El popular diputado Lcdo. ESTEBAN RUIZ y su prometida la abnegada maestra y exquisita declamadora señorita LAURA ACEVEDO

El conocido deportista y turfman don ELISEO LLANO y señora y

El connotado comentarista de radio y televisión don LUCIANO DIAZ SANCHEZ tío de la novia y señora

Invitados al fausto acontecimiento que alborota y llena de gozo el hogar de los DIAZ-FABREGA serán:

El alcalde de la comuna capitalina don JORGE PEÑA y señora

El presidente de la Asociación de Farmacéuticos don ENRIQUE AGUADO BARRIGA y señora

El presidente del Club de Leones y filántropo don EZEQUIEL LOBO RUBIO y señora

La directora de la Asociación Panameño-norteamericana a la cual pertenecen como socios de número los miembros de la familia DIAZ-FABREGA la gentil dama y figura de nuestra cultura doña DULCINEA SANCHEZ vda de GOLDSMITH

El laureado poeta don SANTIAGO HERNANDEZ célebre por su Himno a la amistad de lectura obligatoria en las escuelas y en el cual exalta la cooperación y el entendimiento entre nuestro humilde y pequeño país y la gran nación hermana del Norte defensora de la democracia y la libertad

Además estarán presentes otras personalidades de nuestro medio social cultural y político

La novia lucirá un primoroso vestido de chantilly con piedras del Rhin bordado con hilos de plata y un velo de cinco metros de tul de Lorena encargado especialmente a un prestigioso modisto de París y llevará una creación de ALBERT el peinador más exclusivo de la localidad

El ramo ha sido elaborado por el jardín El Encanto y es un obsequio de sus propietarias las conocidas señoritas RAQUEL y DORIS CANTO

Los zapatos también bordados en plata como el vestido fueron expresamente encargados a Nueva York

La corte de amor estará formada por señoritas y jóvenes caballeros allegados a la familia de la novia y por amigos del contrayente

Las arras y los anillos serán llevados por los encantadores niños Araceli Fuentes y Alejandro Ríos y Gloria Alvarez y Nicanor Fuentes respectivamente. Los niños Fuentes son sobrinos de la novia y alegran el hogar de su hermana señora PRISCILA DIAZ DE FUENTES esposa del arquitecto JAVIER FUENTES II.

A la salida del templo niñas vestidas de ángeles regarán flores al paso de los desposados

Después de la ceremonia nupcial los padres de la novia recibirán a los invitados en un distinguido club de la localidad

Los actos religioso y social serán cubiertos por reporteros de los principales diarios capitalinos y por la televisión

Los desposados partirán en la madrugada por vía aérea hacia Miami donde pasarán su luna de miel y después irán a residir en Los Angeles, California

Esperamos que la bendición divina descienda sobre esta pareja que hoy inicia su marcha por los senderos de la existencia unida

por el sagrado e indisoluble vínculo del matrimonio y por el amor que esta tarde se jurarán ante el altar con sus corazones desbordantes de ilusiones

Desde estas páginas nos unimos a los familiares y amigos de los contrayentes para desear a los todavía novios toda clase de venturas y felicidades.

—PONME OTRO, CHARLIE; AHORA VUELVO —digo en tanto dejo la barra y camino hacia el baño.

Ha entrado más gente, pero el local no está lleno. Una pareja baila apretadamente cerca del jukebox (las manos de él en las caderas de ella, ella abrazada al cuello de él) y un hombre selecciona piezas con expresión absorta, difuminado su rostro por las luces multicolores del aparato. Ahora no hay nadie en la mesa que Billy y yo ocupamos ayer, pero sobre ella están, con trozos de hielo y restos de bebidas, junto al cenicero sucio (hay algo de patético en eso) los vasos de los últimos ocupantes.

En la entrada del servicio tropiezo con un hombre que sale; me disculpo y me mira con ojos turbios durante unos segundos, luego gruñe algo, hace un ademán y se aleja. Adentro, el olor ácido de los desinfectantes y el corrompido de los orines escapan por una ventanilla alta y enrejada del fondo. Mientras orino observo las inscripciones y los dibujos de las paredes. Algunas frases son ingeniosas, otras demasiado burdas. ¿Quién ha dicho que ésta es la mejor literatura del mundo? A mi derecha un hombre calvo, de edad indefinida, suda, contrae el rostro y se esfuerza en orinar. Puedo verlo disimuladamente por el espejo. Entrecierra los ojos y respira fatigosamente. En tanto me lavo las manos, sigo oyendo su jadeo pedregoso y creo adivinar el temblor de sus piernas, su angustia, el deseo quemante de orinar; luego percibo el sonido intermitente, goteroso, de su orine en el agua del mingitorio. Parece contener el aliento mientras orina. Pobre tipo, pienso, ¿qué le cuesta ir a una farmacia o a un dispensario a ponerse unas inyecciones de penicilina para la gonorrea? Regreso a la barra y Charlie pregunta si aún no quiero nada de comer.

—Ya has tomado bastante y no has comido nada —aclara.

—No tengo hambre, Charlie. De veras —digo—. No te preocupes. Me siento bien.

Pruebo el nuevo trago.

—Ponle un poco más de quina —pido—. Parece que se te pasó la mano.

—Has perdido el paladar y ya no sabes ni lo que tomas. Eso es todo —dice Charlie enojado mientras vacía el resto de una botellita

de quina en el vaso—. Y así dices que no quieres algo salado para comer. ¿No me digas que ya estás borracho?

—Ya te he dicho que no. —Su visible enojo porque he puesto en duda su habilidad para preparar la bebida, me hace sonreír—. Estoy bien. Acepta que por esta vez se te pasó la mano. No seas terco.

--Está bien. Contigo no se puede. Está bien.

Bebe de su vasito de ron y chasquea la lengua.

--Esto es vida, muchacho. Vida.

Desaparecido el enojo, su ancha sonrisa encendida se aleja hacia el otro extremo de la barra y también vuelvo a sonreír mientras enciendo un cigarrillo. Verdaderamente, en el mundo debe haber pocos tipos como Charlie. Muy pocos.

El atiende pedidos de otros clientes: saca cervezas, llena vasos, cobra, recibe propinas. Durante un rato lo observo, sigo bebiendo e insensiblemente vuelvo al día anterior. En cierto modo, ha sido un sábado más en mi vida, rutinaria y sin sobresaltos, de empleado público/estudiante. Como en muchos otros, he tomado unos tragos; como muchas veces, he llegado a mi cuarto al amanecer. Algo ha habido, sin embargo, diferente: por primera vez en la vida he hablado con un gringo de cosas que realmente me importan. Y eso no ha sido porque hayamos estado donde las putas o porque hayamos bebido durante horas, sino porque Billy ha sido el primer gringo con cierta sensibilidad humana que he conocido. El primero que parecía comprender que el american way of life no es la mejor cosa de este mundo. El primero que parecía tener aunque fuese una vaga noción de esa especie de culpa histórica que su patria ha acumulado a lo largo de siglos. Por eso, quizá, le había hablado de Panamá y de mí como lo había hecho: como en una confesión, como ante un espejo, en un afán de comprenderlo y de comprenderme. Era que intuía, tal vez también en una forma vaga, que de algún modo Billy era mi contraparte; o no mi contraparte: mi reflejo en el agua; pues ambos estábamos insatisfechos de nuestros respectivos países. Nuestro descontento tenía orígenes diversos pero, paradójicamente, se asemejaban: en él había culpa, en mí rencor; no obstante, en ambos se manifestaba la misma insatisfacción de vivir y soportar una realidad hostil. Y acaso fueran esas realidades hostiles (antagónicas entre sí) las que nos habían aproximado. Estando en las antípodas, ese común rechazo a la propia condición nos identificaba. El era una víctima de su país y de la guerra; yo, solamente de su país. (¿Para qué mencionar a la oligarquía miserable y pesetera, a los gobiernos de opereta? Aunque obtuvieran migajas y se ufanaran de su servidumbre, no dejaban de

ser víctimas también). Ahora, lo más importante: en el fondo de ambos, como en el de mucha gente, estaba el dolor. Eso era lo que en verdad nos aproximaba: el dolor. Un dolor que ya no era suyo ni mío, sino del tiempo.

El me había hablado de sus padres, de Nueva York, de sus sueños, de esa incertidumbre vital que lo había empujado a buscar en Greenwich Village, en las madrugadas de las drogas y las pasiones efímeras, un sentido a su vida. Pero ni allí, junto a esos muchachos y muchachas también a la deriva, había encontrado lo que buscaba. Había tenido que pasar mucho tiempo (¿fue esa noche pasada en la selva con la pierna agujercada por una bala?; ¿fue mientras Flor de Otoño lloraba sobre su pecho?; ¿fue durante los delirios?; ¿cuándo fue?) para que comenzara a ubicarse y, en cierto modo, a definirse frente a la realidad, para que comenzara a ver su vida como realmente era. Por eso, sobre todo, lamentaba no ser escritor: para comunicarles a los demás esa visión de la vida y de sí mismo que ya comenzaba a tener. Tal vez eso no sirviera de mucho —algunas veces en exposiciones, en librerías o en un cine se había preguntado si esos cuadros, esos libros o esa película servían para algo, si en verdad tenían algún sentido— pero algo era. Por lo menos respecto a sí mismo hubiera sido el principio de una identificación, el establecimiento, la afirmación de una identidad frente a ese vasto conjunto de seres, fenómenos y fuerzas que era su país.

No obstante, ya nada era posible: había adquirido la comprensión, sí, pero había perdido la voluntad. ¿Recordaba yo a ese personaje de Hemingway que en *The sun also rises* tiene una conciencia patéticamente lúcida de su impotencia vital? Sin ser físicamente impotente como Cohn —el personaje es un mutilado de guerra— él, Billy, también veía sus posibilidades obturadas. No había nada que hacer. Nada. Por eso se preguntaba ¿a qué volvía a Filadelfia, a Nueva York? Daba lo mismo cualquier sitio. A menos que pudiera irse a un lugar de Montana o de Wyoming: un bosque, una cabaña cerca de un lago o de un río y una refrigeradora que hiciera cubitos de whisky, no, de ginebra, cubitos de gin and tonic, y una conejita con vestido transparente le llevara los cubitos y los cigarrillos hasta donde él estuviera sentado en el atardecer, frente a la cabaña, viendo el paulatino oscurecimiento del agua (¿lago o río? Cualquier cosa), la luz dorada en las cumbres de las montañas y los juegos de las ardillas en los árboles cercanos. Pero eso tampoco era posible. **Oh, my God**, estaba hablando como cualquier **business man** que sueña con un sitio así, idílico, donde no vea el rostro cotidiano de la esposa frente a la televisión ni escuche su voz por teléfono pidiéndole dinero para ir al baratillo de Sears; donde pueda olvidar a ese tipo de la oficina que siempre le agría el lunch con su charla fastidiosa y monótona sobre las proezas de sus

hijos, chico y chica, que son los mejores en la escuela y en los deportes: "Trabajo hasta matarme para que puedan ir a la universidad sin sacrificios, ¿sabes? , y el próximo año le regalaré un carro a Jr. para que pasee con su **girl's friend**, ¿te he hablado ya de ella? , oh es hija de un profesor de lenguas y es muy refinada, me parece totalmente apropiada para él"; donde nadie mencione jamás facturas, letras, financiamientos, juntas, etc. Sí, **my God**, estaba hablando como un **business man**. Debía ser que en el fondo de todo norteamericano había un **business man**, como afirmaban algunos. Bueno, el caso era que no tenía sentido volver ni tenía sentido quedarse. ¿Comprendía yo? Ya nada tenía sentido.

Sus palabras adquirían la densidad del desastre en la atmósfera umbrosa del MOROCO. Pocas veces había visto yo tal desolación en un hombre. ¿Qué podía decirle? ¿Que también yo deseaba ser escritor, que incluso había publicado algunos relatos y poemas en los diarios y en la revista de la universidad? ¿Que comprendía su angustia y que su conflicto era lamentable, sí, pero que para mí la gran cuestión no consistía tanto en descifrar mi vida, sino en expulsarlos a ellos, los invasores, de nuestra tierra? ¿Qué la angustia de vivir era a veces tan aguda que faltaba al trabajo del ministerio para emborracharme con los pescadores y los marineros en las cantinas miserables de los alrededores del mercado: ¿Qué odiaba profundamente mi trabajo y que en ocasiones sentía deseos de huir, de abandonar esa existencia mediocre, agobiada por el calor, la comida a hora fija, el coito semanal en un prostíbulo, y extraviarme en los caminos del mundo? Podía decirle ésas y muchas otras cosas, pero permanecí callado. De nada hubiera servido. Contándole mis penas no aliviaba las suyas. Porque ambos estábamos angustiados, sí pero nuestras angustias tenían orígenes radicalmente distintos. La suya provenía de no tener nada que hacer, la mía de tener que hacerlo todo.

En verdad, algunas veces yo hubiera querido ser y comportarme —aunque cuando aparecía ese deseo era rápidamente sofocado por un sentimiento de vergüenza— como Jimmy y muchos otros. Apenas terminaban la escuela secundaria (casi siempre estudiaban mecánica, refrigeración o cualquier disciplina técnica) hacían lo imposible para emigrar a Estados Unidos. Porque "allá hay dinero y oportunidades, mi hermano; hay que buscarse otra vida". Se iban a Brooklyn o a Chicago y olvidaban el barrio donde habían crecido. Ponían su oscura vida de espaldas a todo, indiferentes al drama de su pequeño país, sin importarles más que **the money, brother, édo you know?** Alguna vez venían a visitar a sus familiares en la época de carnavales y uno veía en los periódicos a una mulata de sonrisa encantadora, rodeada de rostros morenos y satisfechos, descender con desenvoltura neoyorquina de un avión de Panam. La reina de

la colonia panameña en Nueva York. ¿Le gusta Panamá? , pregunta un reportero. **Yes. This little country is nice, very nice.** No hablaba español ni había nacido en Panamá, pero su padre era hijo de una lavandera del Marañón que había muerto tuberculosa. Y el martes de carnaval uno la veía en el desfile de carros alegóricos, sentada en su trono **nice**, sonriéndole a esa multitud bulliciosa y **nice**, que aplaudía a las soberanas de la colonia china, de la colonia judía, de la Zona del Canal, de la colonia panameña en Nueva York, de Colón y a la reina oficial de los carnavales. Contagiada por el sol y el ritmo, gozaba con los aplausos, los disfraces y las serpentinas. **Oh, that people is wonderfull**, comentaría al regreso con sus amigos y mostraría orgullosa la foto que le habían tomado en bikini debajo de una palmera. Acá estaba la alegría, la música, lo **nice**; allá las oportunidades y los dólares. “Hay que irse a los **States**, mi hermano; aquí no hay futuro para nadie”.

Alguna vez pensé en eso. La verdad era, sin embargo, que ni aunque hubiera querido irme habría sido posible. No por la falta de dinero o por el escollo del idioma, sino porque no me daban visa, pues desde los quince años me habían fichado como culpable de actividades antinorteamericanas por haber participado en una manifestación estudiantil ante la embajada estadounidense. Estaba en la lista negra de los **filocomunistas-rojos-subversivos** y por tanto nunca podría entrar al país de la libertad, oh Dios, de la democracia, **my friend**.

Un cliente discute con Charlie por el precio de un **higball**. Este le dice que está bien, que no pague si no quiere, pero que se largue y no haga escándalo o llama a la policía. El hombre sale barbotando injurias. Charlie toma un sorbo de ron y se limpia las manos con el delantal.

—Ya vez como es esto —dice—. Nunca falta un desgraciado que quiera dárselas de vivo.

Lo llaman del otro extremo de la barra y se aleja meneando la cabeza. Ahora, por entre las conversaciones y el humo, fluye una canción de los **Platers**. Bebo un trago y recuerdo la noche en que, tras mucho tiempo sin vernos, Jimmy y yo nos encontramos a la salida de un cine y me dijo que se iba a Nueva York.

Era en Calidonia y entramos a una cantina a tomar una cerveza. Tres meses antes se había graduado de mecánico en el Artes y Oficios y su cara resplandecía porque dos días después iría a reunirse con un tío suyo que era jefe de un taller en Brooklyn.

—Mira, ya tengo la visa. Es por cuatro años —dijo y me mostró el pasaporte.

En su mirada, en cada uno de sus gestos afloraba la satisfacción, una alegría incubada a lo largo de años y de insomnios. ¿Desde cuándo soñaba Jimmy con ese momento? Tal vez desde siempre. Acaso desde muy temprano había intuido que su destino, como el de tantos otros, era ése: crecer contra el hambre, graduarse, irse a Nueva York. Por eso, para no enturbiarle su alegría, no le reproché nada, pero un escozor triste me recorrió interiormente y deploré que se fuera.

Como es usual en esos casos, recordamos los viejos años compartidos y hubo preguntas recíprocas sobre qué hacíamos y cómo nos había ido en el tiempo en que no nos habíamos visto. Jimmy era ahora un muchacho fibrado y alto, no el chico desgarrado que trepaba árboles con agilidad de ardilla. Pero en los ojos conservaba la misma viveza y picardía de antes, ésa que refulgía en todo él cuando robábamos mangos en el huerto del alemán. ¡Aquel tiempo! ¡Esos años!

Le pregunté por los antiguos inquilinos de la casa de madera. La mayoría se había mudado. De los conocidos quedaban la jamaicana Jenny, guasona como siempre —la edad no parecía menoscabarla: seguía siendo alegre y bulliciosa— y el peruano aquel, ¿lo recordaba yo?, que era mesero en un bar. Ahora trabajaba en un burdel y algunas veces llegaba a su cuarto al amanecer con una mujer aindiada, seguramente del interior, que gritaba obscenidades mientras subía la escalera apoyada en el peruano, quien en vano le decía cállate, ya llegamos, vas a despertar a los vecinos. ¿Recordaba yo que el peruano tenía grandes entradas? Bueno, ahora estaba casi totalmente calvo. Sólo le quedaba una franja de pelo en la base del cráneo. Parecía un monje. Y tenía ese color verde-pálido de los noctámbulos y los reclusos. Jimmy se había mudado meses antes a Parque Lefevre, pero de vez en cuando iba por la casa de madera. Cosa de quince días atrás había visto a Lupo. Para ése sí que el tiempo no había pasado; sólo se habían hecho más profundas las estrías que surcaban sus mejillas y se habían multiplicado las arruguitas debajo de sus ojos. Dentro de un par de años sería jubilado en la Zona del Canal. Pensaba dedicarse a la cría de gallinas cuando llegara ese momento. Antes, sin embargo, quería conseguir una mujer, preferiblemente divorciada o viuda —ya sabes cómo son las muchachas sin experiencia— para que le ayudara con las gallinas y lo atendiera, pues su madre, ah su madre, estaba demasiado vieja y seguramente ya no viviría mucho. Todavía, por costumbre y para llevar alguna mujer de vez en cuando, conservaba el cuarto de la casa de madera, pero nunca dormía allí, angustiado por la posibilidad de que cualquier noche muriera su madre sin estar él presente. Mientras Jimmy hablaba, pensé si Lupo me recordaría aún. Para mí él era una de esas personas que uno recuerda a

lo largo de la vida. Incluso cada vez que pasaba por la Zona rememoraba mis excursiones con él a Miraflores y a Gamboa. En cierto modo, más que un recuerdo era una presencia que, junto con muchas otras cosas y personas, iba conmigo a todas partes.

Jimmy bebía su cerveza y yo lo miraba y sentía por él, como si el tiempo no hubiera transcurrido, el mismo cariño de antes. No importaba que ahora juzgáramos las cosas de manera distinta, que él viera en los Estados Unidos una esperanza y yo una frustración; nada de eso importaba: mi cariño por él era invariable. Rechazarlo a él hubiera equivalido a repudiar una parte de mí mismo. Además, no olvidaba que, durante mucho tiempo, yo también había pensado que los gringos eran gente maravillosa.

—¿Y Marta? —pregunté cuando Jimmy acabó de hablar—. ¿Qué se hizo? ¿Sabes algo de ella?

Su cara se puso seria y bebió despacio un trago de cerveza.

—Murió —dijo finalmente—. Murió hace como un año. Después de que ustedes se mudaron, estuvo presa varias veces. Tenía un chulo que andaba metido en eso de las drogas. A veces se peleaban, hacían escándalo y llegaba la policía. Una vez él la pateó y ella le dio una cuchillada. Luego a él le impusieron una condena de varios años y lo mandaron a Coiba. Creo que todavía está allá. Después ella estuvo hospitalizada un tiempo y cuando salió volvió a pescar, pero nadie le hacía caso porque se había corrido la voz de que estaba enferma. Entonces anduvo dando vueltas por ahí hasta que cayó presa otra vez y, finalmente —eso se supo después—, de la cárcel la llevaron al hospital, a morir. Parece que estaban tuberculosa, aunque en la casa decían que había muerto de cáncer.

Marta. ¡Cuántos recuerdos! ¡Qué cosa la vida! Una tristeza dulce, sosegada, íntima me veló la memoria por un instante. Jimmy fue al baño y en tanto duró su ausencia me abandoné a ese pesar tibio y salobre que me envolvía como una bruma lenta. ¡Qué cosa la muerte! Jimmy regresaba. Bebí un trago de cerveza y la niebla se disipó.

De nuevo en la mesa, Jimmy me habló de sus planes. Trabajaría duro y ahorraría para llevarse a su madre. No quería que siguiera para siempre de portera en una escuela. Yo lo escuchaba sin exteriorizar mis reparos. Lo veía demasiado entusiasmado para agriarle el ánimo con objeciones y palabras, porque sólo palabras era cuanto podía ofrecerle a cambio de sus sueños. Seguimos bebiendo y horas después, al despedirnos, sentí un desgarramiento. Como una gitana ve en los naipes el destino de su cliente, vislumbraba yo en los planes de Jimmy su futuro... Viviría en Brooklyn. My bien y ¿luego? Luego lo enrolarían en el

U.S. ARMY y después, como muchos otros, adoptaría la ciudadanía norteamericana. Eso, si sobrevivía y no lo mataban en cualquier país remoto sin que él supiera por qué.

Nos despedimos fuera de la cantina, bajo el anuncio luminoso de un almacén, y en el momento de darnos un abrazo tuve la impresión —fue algo fugaz— de que en adelante Jimmy ya no sería para mí un amigo sino sólo el recuerdo de un tiempo muy lejano.

—Te escribiré —dijo con voz enronquecida por la cerveza mientras caminaba hacia la parada de buses.

Un mes más tarde recibí una postal que mostraba al **Empire State Building** contra un grisáceo cielo de otoño. “Estoy bien. Esta ciudad es formidable. Comienzo a ganar buen dinero”, decía. No tuve más noticias suyas y cuando me acordaba de él lo imaginaba recorriendo calles frías, atestadas de automóviles y gente, o en el subway, respirando el aire sudado, corrompido por las respiraciones y los eructos. Veía su cara morena, ya no sonriente sino seria y fatigada, perdida entre millones de rostros anónimos y hoscos. Luego, cosa de un año después, supe por los periódicos que Jimmy había muerto baleado durante una batida policiaca.

Esa tarde, algunos compañeros comentamos la muerte de Jimmy en el café de la universidad. (Entonces quienes teníamos veleidades literarias solíamos reunirnos cada día para mostrar el último poema, cruzar ideas y descuartizar a quien hubiera publicado algo. Uno pretendía emular a Lope de Vega y cada tarde llevaba un cartapacio con seis, nueve, once poemas; todos malos, por supuesto, aunque él parecía creer sinceramente que a ese paso sería en unos años el mejor y más prolífico poeta del mundo). Ninguno de ellos lo había conocido, pero les conté quién era Jimmy y todos coincidieron en que su fin era lamentable. Claro, su caso no era único ni sería el último. Podían decirlo los puertorriqueños y los mexicanos que cada día eran agredidos o asesinados en las ciudades estadounidenses. Además, no debíamos olvidar algo: no era necesario salir de Panamá para ser un delincuente a los ojos de los gringos. Alguien recordó al panameño que había sido condenado a cadena perpetua en la Zona del Canal por haber cedido a la ninfomanía de la esposa de un coronel. Fue acusado de estupro y aunque la supuesta víctima no estuvo presente en el juicio ni declaró contra el acusado —la habían enviado discreta y apresuradamente a Estados Unidos— el veredicto fue de culpabilidad y por ello Lou Lerner Grace permanecía desde hacía diecisiete años en la penitenciaría de Gamboa. Había sido un escándalo. La defensa, a cargo de un abogado gringo, se limitó a pedir clemencia y no presentó testigos, pese a que muchos había visto cómo la mujer llegaba en su automóvil a buscar a Grace por las

noches. Simplemente, en la Zona no podían tolerar —era inmoral, inadmisible, dijo el fiscal— que la blanca esposa de un coronel hiciera el amor con un negro, así fuese dentro de un automóvil en un camino solitario.

Largo rato hablamos de esos muchachos que se marchaban a Estados Unidos en busca de una vida mejor. Simultáneamente tenían razón y estaban equivocados. Pero, ¿qué se podía hacer? La realidad, su aversión a la pobreza era más fuerte que todas las palabras. Todavía, durante el viaje de la universidad al centro, continuaba pensando en eso y la imagen de Jimmy seguía dándome vueltas, giraba dentro de mí como una nubecilla luminosa en un cielo negro.

Mientras yo pensaba en Jimmy, Billy bebía calmamente, ponía el vaso en la mesa, encendía un cigarrillo y dejaba correr la vista por el local saturado de humo. Sí, en ocasiones hubiera querido olvidarme de tantas cosas y ser como muchos otros, como mucha gente. Ser, por ejemplo, un buen empleado en el ministerio —sobre todo ser simpático con los jefes: contarles chistes, hacer escarnio de los enemigos de ellos, invitarlos a buatzos y reuniones de familia; hacer méritos, en fin, para un ascenso— y beber despreocupadamente cerveza los sábados con los amigos. Hubiera querido hacerlo, pero a la vez comprendía que no era posible. En nuestra pequeña tierra había demasiado dolor acumulado, excesivos entuertos y equívocos históricos, para que uno pudiera, si tenía siquiera un poco de sensibilidad o de conciencia, ser conforme. Había tenido la desgracia o la fortuna —uno no sabe cómo juzgar en estos casos— de nacer en un país y en un tiempo vedados a la conformidad o a la complacencia; de manera que no tenía otra alternativa: o la sumisión o el descontento. Y frente a esa realidad hiriente y vergonzosa, lo único decente eran el repudio y la condena. Así, por mucho que me atormentara o pretendiera esquivarlo, mi destino era ése; y tenía que vivirlo.

Una mujer baila sola, con movimientos lánguidos y sensuales, junto al jukebox. Su acompañante, un hombre maduro de espeso cabello entrecano peinado hacia atrás, la observa desde una mesa. Ella se acaricia las caderas, los senos, los ofrece al vacío, y su boca entreabierta y húmeda se entrega a la penumbra del MOROCO, al aire denso, a una boca imaginaria. Con un cigarrillo en la mano, su amigo sigue contemplándola quieto, atento a todos los movimientos de la pelvis, de los muslos, de las nalgas trémulas; la acaricia con los ojos sin que se mueva un solo músculo de su cara. Sobre la mesa, dos copas de coñac y un paquete de Camel abierto.

Charlie se acerca secándose las manos con el delantal.

—¿Y...? —pregunta.

—Nada —digo y continúo mirando a la mujer que baila.

Charlie se fija en ella.

—Ah, ésa... —hace un gesto de desdén— viene por aquí algunas veces, siempre con el mismo tipo. Ponen música y ella baila y él la mira. Nunca baila con ella, sólo la mira. No sé... a veces pienso que debe ser un enfermo. ¿Te sirvo el otro?

—Bueno. Y ahora sí tráeme algo para picar.

Charlie se aleja y en la luz violeta, entregada a la música, a la mirada del hombre y a un rito que quizá sólo ella conoce, la mujer sigue bailando.

RICARDO J. BERMUDEZ

Había una vez un dictador

Después de los primeros diez días fue fácil levantarme a las cuatro de la madrugada. Era igual que ir donde la novia o el médico a curarme las paperas. Cuando nos acostumbramos son diferentes las tribulaciones a las que sentimos la primera vez. Fue una inspiración aquella idea, porque luego de trabajar todo el día en el maldito almacén, Coralia no me dejaba tranquilo. ¿A qué hora podría hacerlo? Había que ensayar. Pero era como hundirse en la piel de un elefante: inmensa y oscura y poblada de pájaros agoreros. Así me pareció que sucedía a partir de la media noche cuando lo imaginé de niño.

Como a los seis años ví aquellas enormes figuras danzando que podían ser elefantes. Unos meses más tarde convine que eso realmente eran. En la decisión nadie intervino. Mis padres nunca tuvieron tiempo para resolver las consultas que les hacía. Desde entonces las madrugadas y los elefantes saltarines tenían algo en común. Cuando fui al circo me percaté de que ciertamente los había visto de manera ininterrumpida hasta los doce años. También en revistas con ilustraciones conseguí reconocer sus absurdas apariencias. ¿Cómo fue que pudo introducirse una manada de elefantes dentro de mi cuartito? Lo hacían a pesar de dormir yo con las puertas cerradas. Toda la noche era un solo revolver la mesa y las sillas. Semejaban girar con ellos. No tenía dudas. Al fijarme minuciosamente el mobiliario estaba en su sitio. Por eso el elefante era para mí la madre de la simulación, aún cuando todos rieron el día que lo dije.

Cuentos del libro premiado en el Concurso Miró 1974, **Para Rendir Al Animal Que Ronda.**

Siempre pensé escribir una historia sobre sus corpulencias y disimulos. De acuerdo con las mejores reglas, el relato se prestaba para situaciones insólitas, ya que los elefantes tienen algo de monstruo y una ineludible fragilidad. El hecho de que fueran tan gigantescos, los convertía en criaturas vulnerables. Hasta los peores tiradores aciertan al disparar sobre ellos. La prueba es que de continuo aparecían en el cine unos ingleses cazándolos. Con la flema inglesa sólo es seguro acertar si se trata de blancos imperdibles. Por eso y porque eran muy viejos me parecían frágiles. Desde antes del diluvio esas bestias comiendo hojitas y mariposas con flores rosadas o azules. Es para degenerar la especie. Pero no degeneran y se vuelven tristes como alguien que debe morir y no muere. Que revienta por fugarse del paisaje y no se fuga.

Allí subsisten esos reyes perdurables de un mundo perdido, con las cabezotas repletas de recuerdos de animales primohermanos que únicamente aparecen en las enciclopedias donde se habla de monstruos antediluvianos. ¡Qué angustia verlos pasar metidos en esos grandes pantalones grises o cuando tienen dolor de orejas! Callarse dolores, aún los chicos, es una calamidad, así como tener que vestir ropa heredada del hermano mayor. Los elefantes sufren estos trastornos silenciosamente. Esa era la razón por la que deseaba escribir para contar sus peripecias, ahora que está en su fuerte relatar aventuras inverosímiles. Por ese sólo motivo no fue que me levanté a las cuatro de las madrugadas la primera vez. Lo de escribir un cuento vino más tarde, cuando me pareció que giraban y giraban los muebles en el rincón que hacía las veces de mi biblioteca.

Desde niño la imaginación me había arrastrado por las más extrañas desfiguraciones de la realidad. Ningún relato podía escuchar que no diera de una vez cabida en mí a seres que efectuaban hechos fabulosos y cosas en rebeldía con su manera de comportarse. Por mucho tiempo los caracoles, los guijarros o cualquier objeto de color llamativo y forma especial, me servían para revivir las interrogantes de Aladino. No crean que los mil fracasos que tuve hicieron menos esperanzadora las últimas preguntas que la primera vez que las hice. Los pájaros y los peces me parecieron fuente interminable de comunicación con lo desconocido. De alguna manera oculta tenían algo que decir. Cuando una avecilla se quedaba mirando desde una rama, antes de estremecer su plumaje me predisponía a escuchar la bienechora voz. Mientras los pececillos saltaban en el duro tablón ya sacados del agua, también era el momento de recibir lo que decían desde el otro lado del mundo.

Nunca tuve duda de que los mensajes serían de buen augurio y procederían del más allá. Pero las revelaciones no llegaron ni siquiera de modo indirecto, aunque continuaba bien relacionado con personas

que tienen tan admirable don. Así supe de un genio amistoso que anticipadamente advertía a sus favorecidos los sucesos dignos de evitar y cómo había terminado por marcharse definitivamente cuando lo maltrataron. También sabía de conocedores del porvenir cuyas predicciones ocurren porque tienen algún talismán que les ayuda. En cambio yo sólo contaba con esos elefantes tan difíciles de convencer y tan silenciosos que nunca nadie se dio por enterado de que me visitaban.

La predisposición para escribir fue resultado de la soledad y también una forma compensatoria de atenuar el mal cumplimiento de mis obligaciones. Como no había tenido hermanos mis amigos, por ser yo tan especial, pronto se cansaban de mí y no volvían a entrar, como se dice, en la botella. Explico esto último señalando que era muy flojo el tapón que sostenía nuestra amistad y al atenuarse cada uno iba por su lado. Así me había ocurrido con los mejores, o los que supuse serían los más fieles amigos. La fidelidad consistía para mí en que me aguantaran las excentricidades que me son propias. Cuando perdí los amigos y no tuve con quien hablar debí recurrir al papel para desahogar mi egoísmo, que no otra cosa llegó a traslucir mi escritura.

De tanto escribir a desconocidos indiferentes terminé por manejar la prosa con cierta cautela. Nada muy perfecto, pues no hubiera tolerado me dieran normas inquebrantables ni los más reconocidos príncipes de la literatura. Si ellos llegaron a escribir por la misma causa que yo ahora lo hacía, no era verdad que iban a encontrar en mí el dócil aprendiz que buscaba parecerse a ellos. Pero tenía cierto modo particular de expresarme y hasta premiaron en mi juventud una de estas revelaciones literarias. Recuerdo al presidente de la sociedad que me otorgó el premio. Un señor muy lánguido, con una dentadura descomunal y sin una hebra de pelo que pudiera indicar que alguna vez lo tuvo. Hizo la gran reverencia al darme un envoltorio firmado por la directiva: un puñado de señores igualmente absurdos y somnolientos. Desde entonces nadie ha sabido de mi trabajos en prosa y mucho menos los múltiples intentos por escribir poesía. Este ha sido el secreto mejor guardado de los pocos que constituyen mi insignificante existencia.

Lo de escribir para escapar de mis obligaciones es algo que se me ocurrió con los años. No todas las cosas las sabe uno desde el comienzo. En muchos casos transcurre la mitad de la vida antes de descubrir que ya estaban inmersas en lo que somos. Hablo de lo que habitualmente constituye una costumbre consciente. No de lo que efectuamos de manera automática y que el tiempo arrastra detrás de nosotros. Pues bien, eso lo descubrí al no estar satisfecho con el trabajo de la maldita tienda. No tanto cuando el jefe me llamaba la atención,

que el regaño es una forma compensatoria y la insatisfacción tenía que ser personal para que diera remordimientos. Sobre eso no existían dudas y así fue como comencé a escribir para escabullirme de la realidad.

Déjeme explicarle un poco más minuciosamente. Creo que hasta ahora no lo he hecho con exactitud. Al ordenárseme algo, mi obligación consistía en disponer del tiempo e inteligencia o habilidad requeridos para hacer lo que se me pedía. Cuando algo no quedaba bien sucedía por mi culpa, es decir, porque no había querido que así fuera. Siempre podía haberlo efectuado a perfección; pero a veces, para molestar como se dice, no lo hacía, con el único propósito de ver qué pasaba. Si el jefe me recriminaba conseguía mi propósito, que era molestarlo. Pero cuando no reclamaba me sentía culpable, porque al no hacer bien lo que me correspondía, contando para ello con el tiempo y la inteligencia o habilidad, daba la impresión de ser estúpido. En vista de que no soy estúpido, buscaba una compensación para consolar mi fracaso. Nada mejor entonces que escribir, puesto que podía revelarme tal como soy frente a la mala idea causada ante el jefe por mi trabajo defectuoso.

En este temperamento, tal vez un tanto confuso, fue como sentí cantar las Guachapiles. El largo silbido pareció resonar dentro de mí. Acarreaba las premoniciones que habían estremecido hasta los más insignificantes recuerdos de mi niñez. En aquella ocasión, caminaba para alcanzar el barrio donde vivo, que envolvía la humeante sombra de la noche venidera. La calle estaba solitaria. Los niños que regularmente juegan en el solar próximo al restaurante habían escapado por lo que semejaba ser una tempestad. Gimieron dos veces las Guachapiles y después dejaron de estar en el paisaje, como había sucedido antes de cantar.

Me sobrecogí con la pavora que llevaba escondida en la memoria desde cuando supe de las misteriosas pájaras. Nunca las había visto, pero sí oído sus cantos, siempre entrecruzados con funestos acontecimientos. Los chirridos me pusieron en guardia y decidí levantarme al día siguiente tan temprano como lo permitiera mi confusión. Nada como estirar el día para poder construir muchas cavernas donde esconderme cuando ocurriera lo que las Guachapiles acababan de anunciar.

Al cuarto amanecer, cuando una luz azulosa esponjaba en la cresta de los guayacanes, escuché el canto de las Turrimacas. Lo presentía y ya comenzaba a perturbarme porque esta vez el grito de unas pájaras no fuera como el eco de las otras. Así era como lo había aprendido en mi niñez, contado por aquella boca de la que rememoraba el cigarrillo con la candela hacia adentro de los labios sin dientes. Cayeron sobre mí las pesadas notas de las Turrimacas: goterones

de una lluvia fugaz y enloquecida y la pluma con que entonces escribía, la encontré sobre el suelo, al reponerme de tan aterradora señal. Estaba visto que esta vez tampoco fallaban los cantos nebulosos en su sincronización, aunque sólo una memoria incierta permitíame asociar las Guachapiles a los fatídicos anuncios de las Turrimacas.

Todos los antecedentes conducían de modo invariable al tema que me dispongo desarrollar. No hay que creer, como se dice, ni dejar de creer; pero las cosas tienen un ligamento que las une, sólo que a veces no lo percibimos. Ahora no hubiera podido ocurrir, puesto que la nitidez de las revelaciones y mi apercatamiento de ellas, constituían todo un circuito esclarecedor. Así me pareció cuando pasé dos amaneceres revisando los temas y corrigiendo el rumbo de lo que hasta entonces había escrito.

Los elefantes, con su anacrónico poderío, su avasalladora desfachatez y frágil grandeza, tenían que ser los héroes del relato. Por ellos malgasté días en consultar enciclopedias y los libros de cazadores que tenía cerca de la mano. Hasta Coralía tuvo a regañadientes que contestar preguntas dirigidas a exprimirle lo que ella sabía. Me sorprendió su conocimiento del elefante y hubiera terminado por admirarla de no ser porque supe que sus respuestas eran el residuo del programa de televisión recién pasado. Lo que por ella aprendí robusteció mi ignorancia y terminé por convencerme de que la historia no podría ocurrir en África, pero sin aceptar que el héroe escogido pudiera ser suplantado. Para respaldar mi decisión recurriría al símbolo y de ese modo determiné un aspecto importante del trabajo.

Dentro de la esquematización que me proponía desarrollar era imposible impedir que resaltara mi manía compensatoria. De esto me percaté cuando le di varios giros a la posibilidad alegórica de los elefantes. Todo cuanto escribía era un escape a la imaginación; pero ese solo subterfugio no bastaba. En la maldita tienda había tenido malos momentos en las últimas semanas y estaba seguro de no haber contestado los golpes recibidos. En otras palabras, mi historia debería reflejar alrededor del héroe, la realidad de una noble preocupación indemnizadora de la injusticia circundante. Sabía que por ese lado penetraba en las profundidades de la conciencia y estaba dispuesto a enfrentarlo. Dudas similares tenían todos los escritores frente a la moralidad que **mueve** a los protagonistas para hacer o deshacer lo que luego se **reconoce** como la grandeza humana. En algún momento de mi relato prevalecería el triunfo de la justicia, o de eso, que por **escasez** de lenguaje, yo llamaba con tal nombre.

Pasé todo un largo amanecer sumergido en disímiles y perturbadoras cavilaciones. El Bien enfrentando al Mal, como ocurre desde cuando los primeros cronistas escribieron en los muros de las cavernas la relación de los acontecimientos singulares. Las dos fuerzas

usadas para justificar cuanto sabemos o desconocemos. Allí estaban esas bufas mascaronas disponibles para donde quisieran colocarlas. Algunas veces con impunidad. Otras arrastrando el castigo que imprisiona a los timoratos. Igual que los elefantes, que eran la madre de la simulación, ninguna prueba quedaba de los hechos efectuados una vez los desatendíamos.

Desantenderlos es la cosa más natural, pues cada día nuevos afanes demandan otras atenciones. Sólo en sueños reconstruimos la visión de la vigilia. Entonces se vuelve difícil deslindar lo real de su contenido de sombras. Por esa ineptitud nuestra para mantener la visión fulgurante y luego proseguir sopesando el hecho vivido, es por lo que los juguetones paquidermos me dejaban intacto, después de una noche de flagrantes injusticias. Sí, la palabra enloquecedora vuelve y no puedo ponerme a cavilar sin que ella reaparezca con sus crueles implicaciones.

El esquema lo enriquecí con varios matices emblemáticos. El héroe sería el elefante, como unidad prototípica del rebaño que irrumpe en el oscuro cuartito. En mi relato lo reemplazaría por un personaje fornido y perturbador, que de algún modo penetra en nuestra intimidad. Esta penetración era indeseable; pero no conseguíamos evitarlo, a pesar de nuestros esfuerzos por rechazarla. El asunto reflejaría una especie de comedia infantil y a la vez trágico residuo que persiste al repeler infructuosamente lo que no depende de la voluntad. En esta atmósfera de mitos la figura se movería entre sombras dentro de un espacio saturado de terror. Esta pavora era imaginaria cuando la razón nos permitía analizar su procedencia; pero la magnitud de las sinrazones concluía por destruir los propósitos requeridos para repeler su flagrante engaño. La situación era alucinante y digna de ser olvidada como todo cuanto sucede en un mal sueño. Era enervadora, porque contraria a cualquier atenuación posible, su imagen persistía aún en momento de apacible lucidez. En esos instantes se revelaba nítidamente su grotesca verdad y el falso trasfondo ético de un poder que termina por convertirse en nudo opresor de nuestras vidas.

Tal vez lo más difícil iba a ser hundir el diente en la moral del cuento. Ni muy obvia, ni oculta con excesiva sutilidad debería quedar una situación tan cara a los fabulistas. Mi relato sería una fábula cargada de inteción y de reproche por la forma como el suceso deslumbra a los más adormilados. En este aspecto la somnolencia vendría a ser una inmoralidad permisible y por lo tanto condenable ¿Pero quién estaba facultado para condenar? He aquí la gran cuestión que aguijona a los hombres al momento de escribir. Era yo quien manipulaba la libertad de los personajes sumergidos en los acontecimientos, no como en la maldita tienda, donde siempre procedía des-

pués que las cosas me colocaban contra el suelo. Tenía la oportunidad de hacer algo compensatorio mediante un acto que no constituyera la reacción negativa a que me habían acostumbrado. El tener conciencia de que era dueño de una libertad que me permitía hacer a mi propio antojo, me hizo sentir igual a un dios desesperado. Una cosa son los acontecimientos cuando ocurren sin que intervengamos directamente en ellos. Ahora estaba facultado para concebirlos en su posible amplitud y comprendía las limitaciones propias de toda obra humana. Sólo unos cuantos colores caben en el espectro al descomponer la realidad de la luz. Era libre, pero también un prisionero de cosas probables y en tal caso, mi libertad no superaba un número de posibilidades. Permitiría al elefante fijar su conducta dentro de un radio de acción prefijado y afín a su naturaleza. Lo más que podría tolerarle eran ciertas extravagancias, como cuando lo veía subir y bajar dentro de la estrechez de mi cuartito. Pero finalmente, el héroe actuaría como en realidad es y así lo reconoceríamos y llegaríamos a comprender su verdadera peripecia vital, la irrevocabilidad de sus actos.

Dentro de esas premisas navegó mi proyecto de relato igual que un río a través de causas prefijados para siempre. Tal vez, como el ejemplo de esas aguas, mi impulso me permitía correr hacia un océano ineludible sobre senderos establecidos desde la eternidad. Esto lo comprendí después de escuchar el canto de las Guachapiles y Turrimacas y de haber sopesado su profundo terror. Sus anuncios eran muchísimo más que agoreras voces de heraldos circunstanciales. Quizá cantaban permanentemente y sólo de vez en cuando era que reconocía sus gritos plenos de admonición. Con las pájaras ocurría lo que había ya comprobado sobre los elefantes y su sutil manera de desaparecer frente a los esclarecedores trazos de la luz. Convencido estaba de que ellos giraban de continuo; pero sólo eran visibles en la más profunda obscuridad.

Luego de estrujar cincuenta borradores, tomé la pluma y escribí: "había una vez un dictador". Esta vez el cuento avanzaría en la totalidad de su alegórico destino. El elefante: grandulón, taimado, intruso, frágil y fatalmente paquidérmico, tendría al fin la historia que desde niño quise escribirle. Como había ocurrido en mi cuartito, el monstruo nos aterrorizaría. A todos nos aterrorizaría impunemente en tanto que permaneciera envuelto en la oscuridad. Pero una vez fulgurara la luz y se oyeran los cantos de las Guachapiles y Turrimacas, el tirano debería morir. Moriría trágicamente como me lo enseñó la india Paula mientras cerraba los ojos y chupaba un cigarri- llo colocado con la candela oculta dentro de su boca sin dientes.

Malambito

Con la chaqueta roja era distinto. Al patrón le gustaba la camisa blanca como la leche y la corbata de mariposa. Las mariposas negras me recordaban una canción. También al señor Sepúlveda le gustaba la puntualidad y que cualquier enredo en el negocio le favoreciera; pero sin que lo notara el cliente. Decía: “no hay que dar malas impresiones”. Por mí no se dieron. Lo del gringo lo expliqué con muchos detalles y para entonces había servido sin tropiezos por casi dos años.

Al Chichi llegaba veinte minutos antes de la hora fijada. Me urgía recibir todo con anticipación. Contar las botellas; vigilar la limpieza de los vasos; cerciorarme de que el hielo no faltaría; pasar el plumero por las molduras; remover el polvo de las sillas y mesas. El brillado lo reservaba para mi barra. ¡Cómo era de bonita con esos bloques de cristal donde constantemente revolvían luces de colores! Tenía algo como el altar de mi pueblo, la misma luzcita que concluye por atontarlo a uno. Bueno, acá en el Chichi el atontamiento venía por el alcohol.

Sí señor, fue ese un tiempo de locura. Los sábados y días de fiesta se llenaba el salón de baile como corrida de toros. ¡Qué toreros y novillas! Algunos parroquianos eran sólo picadores; éso lo descubrí desde el comienzo. No tenían con qué pagar, y apenas tomaban tragos se ponían majaderos. Eran picadores porque nunca permanecían hasta el final de la fiesta. Antes se escabullían por falta de plata o porque sus impertinencias les había llevado derecho hasta los puños de un matón. También conocí banderilleros que vestían trajes de luces. No exactamente como los que vistieron quienes torearon en

Gorgona aquella tarde de San Juan. Ropa de colorines, bien cortada y olían casi como mujeres. Las corbatas que usaban eran fenomenales y el pañuelito en el saco: un verdadero punto de distinción. A veces pegaban bien sus banderillas; había que verlos. Miraban detenidamente a la mujer que pretendían como el banderillero al bicho para fascinarlo y luego se iban a lo profundo. El chiste ocurría cuando la parroquiana estaba a la espera de alguien. Entonces giraban a su alrededor sin aspavientos para no exagerar el chasco. Eso daba mala suerte; así lo interpretaban.

Los que se comportaban como matadores eran otra cosa tuvieron o no dinero; los mejores no lo tenían ya que con plata en el bolsillo cualquiera es matador. Quiero decir que los que han nacido para matadores lo llevan en la sangre y terminan por conquistar la mujer, o como quien dice: cargando la novilla al hombro. Pero pensándolo bien, algunas mujeres caen desde alto con los más limpios. El asunto tiene algo como de maternidad. Al cierre, cada noche, desfilaban los matadores con la res al hombro, pues no se conforman a esa hora con las orejas. Sí señor, se llevaban algunas cosas de chuparse los dedos y vaya Ud. a saber cómo lo hacían; era su naturaleza.

De las novillas mejor no hablar. Si no fuera porque me atontaban las mujeres, ahora sería campeón. Pero déjeme contarle de las que iban al Chichi. Eran especiales de todos los tamaños y colores. ¡Qué manera de vestir y desvestirse! Las mujeres hasta entonces habían sido para mí carne, con el deseo escondido. No lo digo por Gladys. Estas del Chichi tenían el desco escrito con luces fosforescentes y cuando picaban sólo había que dar un templón y de una vez caían. Templón dulce como un Benedictino para que mordieran el anzuelo. Quiero decir que no perdían el tiempo como noviecitas caprichosas; iban a lo que iban, como si tuvieran mucho apuro. Ayudaban en esto sus trajes y peinados, el modo de pintarse y sobre todo las joyas y perfumería.

¡Qué cosas me tocó ver, compañero! Trajes que decían más a uno de la piel que lo que el puro pellejo hubiera podido mostrar. Todo lo dibujaban para enloquecer a quienes las veían así vestidas. Estaban allí claritos los senos y muslos como multiplicados por la imaginación. Con esos reforzamientos, ¿quién podía resistirlas? Como le digo, iban a lo que iban y generalmente encontraban lo que venían a buscar.

Cuando subí de ayudante, pasé diez meses de cantinero. Para entonces había aprendido todo lo que le acabo de contar. No lo expresaba, porque parecía cosa de tontos contar lo que aprendía por las meras apariencias. Por eso pasaba como no enterado y demoré hasta ese día mi ascenso. Al marcharse Camilo, no hubo más salida que coger el timón de la barra. Lo dijeron tan de pronto que por un

primer instante me turbé; pero luego me dispuse ser el mejor cantinero del mundo. Aprendí recetas de memoria y hasta inventé bebidas con nombre propio. Algunos licores había que mezclarlos prudentemente, no repitiera lo del ponche. En esa ocasión los guisquis, rones, ginebras y jugos de frutas crearon una combustión en la ponchera que parecía cosa del diablo. Por eso no me extrañó al día siguiente de haberlo servido cuando dijeron que el Gordo había ido a parar al hospital y que otros dos parroquianos estaban en cama. Los alcoholes requieren reverencias. Noé fue escogido para gobernar el Arca por lo ducho que era en materia de bebidas; de otro modo no hubiera podido juntar animales como lo hizo, e impedir que unos se comieran a los otros. Todos estamos siempre tratando de devorarnos. No como en Africa, pues ni con cebollitas moradas hubiera podido tragar a la mejor rubia.

Por andar mezclando alcoholes fue que aprendí cosas raras. Al desanimado lo encendía con un trago que llevaba Vodka, con el Cognac hice matadores a muchos banderilleros; pero lo mejor fue algo que por mi propia cuenta llegué a preparar y supe llamaban Mickey Finn. Eso serví al gringo la noche de lo de Pancho. Sentí era mi deber hacerlo y por eso lo hice.

Allí estaba Panchito sentado sin meterse con nadie; dos o tres veces pregunté si algo lo molestaba por lo tranquilo que parecía. Finalmente contestó: "espero, porque las estrellas me dicen que una cosa grande va a caer en mis manos". La sinfonola tocaba Babalú cuando entró el gringo con aquella pelirroja de película. Se veía mucha hembra para ese gigantón desteñido. Como mandada por Dios se sentó ella al lado de Pancho y de una vez pidieron tragos tumbadores. A la segunda vuelta dispuso la gringa hablarle al Panchito, que le brillaban los ojos de deseo. Al tercer trago el gringo comenzó a refunfuñar. Después descubrí que cuando los rubios llegaron, traían ya en el buche una buena cargamenta de aguardiente. En su media lengua llegó a decir que los latinos se creían mucho cuando eran una raza inferior de vagos, flojos y chulos. Sí señor, eso dijo el gigantón ese, y Pancho como si no fuera con él. Pensé tenía miedo, aún cuando es la mejor muñeca que he conocido; pero había cambiado de táctica. Pidieron dos servidas más y el gringo insistía no eran hombres los latinos, a pesar que se creían muy mujeriegos. Ya el Panchito por debajo del taburete sobaba los muslos a la gringa, mientras que el pendejón del gringo seguía rajando contra nosotros. Cuando tocaron Cachita, la gringa se fue a bailar con el Pancho. ¡Cómo la bailó, Compadre! Bueno, Ud. conoce de eso más que yo. Me pareció que su acompañante bufaba y pronto íbamos a tener jaleo. Ahora iba a probarnos nadie tomaba como ellos, pues los ojiazules eran puros machos. Al segundo Mickey se derrumbó como una torre. Sucio,

embarrado de sus propias palabras, lo sacamos del Chichi y lo pusimos en un taxi. La gringa se marchó luego con Panchito que esa noche vengó la raza latina.

Por eso me botaron y al principio no podía creerlo; todo había sido una broma. Es verdad que para el peli amarillo aquel, la cosa no fue de reír; pero se la buscó por sus habladurías. Además no era cliente en el sentido de la palabra y es posible mis tragos no fueron los culpables de su borrachera, sino los que ya había tomado cuando llegó al Chichi. Pero el señor Sepúlveda tenía sangre de tigre cuando me botó y la misma mirada de Kid Tuñón la noche que por sus puños me vi forzado a retirarme del boxeo.

Como a los dieciséis años comencé a rondar por el Luna Placc. Antes había tenido mis peleitas, pero la escuela no daba tiempo. En los ratos desocupados vendía periódicos y limpiaba zapatos; por eso conocía tanta gente. Mis conocidos me alentaban con sus saludos y vivas como si yo hubiera sido candidato a concejal. La gerencia del Luna me contrató dízque porque tenía cartel; pero mi popularidad venía de vender periódicos y limpiar zapatos a todos los vecinos del Barrio de Malambo. Claro que era fuerte y que a los dieciocho años me veían bien: buenas piernas y brazos; torzo como de cemento y una cara de toro enfurecido, con lo bonachón que realmente soy. Para entonces, la nariz comenzaba a aplastarse, dándome un aire muy distinguido de ferocidad.

Tomé la cosa en serio: me levantaba temprano y corría unos kilómetros en la fresca del amanecer. Desayunaba y almorzaba alimentos con poca grasa. Todo el día descansaba, para cansarme nuevamente en las tardes recibiendo trompadas de personas desconocidas. El asunto tuvo gracia mientras no me dieron tiempo para pensar. Además, sólo me enfrentaban con boxeadores que eran como pescaditos fácilmente digeribles y creo que todos sabían que era el aprendiz eterno, menos yo.

Ganaba platita, poca cosa, pero servía para que la Vieja comiera y el casero no molestara. Entonces se aflojaron sus resistencias y la pobrecita me dió permiso para boxear. Me remordía subir al ring cuando quedaba en el cuartucho sola y llena de enojos. A plazos compré muebles y las cosas que siempre faltan en toda casa. Me vestí mejor. Siempre gané las peleas hasta cuando comenzaron a escacear aquellos pescaditos que vencía sin dificultad. Así tuve la primera derrota; mi falta de estilo y de golpe pareció que se habían revelado de pronto.

Por unos días me alejé del mundillo del Luna Place para que el público olvidara el incidente. Cuando volvieron a descubrir cositas fáciles de liquidar me las pusieron por delante. "Gran retorno de

Malambito", anunciaron los periódicos. Recuperé la euforia como si se tratara de volver a vestir una chaqueta recién salida del lavadero. Me hacía más fuerte con la edad y la naturaleza daba lo que faltaba. Nunca aprendí a dar buenos golpes o esquivarlos; era un muro que avanzaba y cuando aumenté de peso y tamaño la muralla se hizo más grande. Eso fue lo que verdaderamente ocurrió.

En esos días conocí a Gladys, sobre todo porque llamaron mi atención sus piernas. Unos meses antes ni por lástima la hubiera yo mirado. Dos o tres veces saludó, pero no me dí por aludido. De veras no impresionaba hasta ese día en que se fueron los ojos como perrito detrás de una golosina. Exactamente como estos canes que Ud. ve ahora a mi derredor cuando los llamo a comer. Era una mulatita con algo de chino; pocas gotas igual a las que dan color al guisqui amargo. Después alcé la mirada y me detuve en sus senos. Parecían dos montecitos. ¡Ay compadre, montecitos para subir y desde allí mirar sus vientre y muslos llenos de luz! Tenía un traje con florecitas moradas como encajes de su piel en la tela, el cabello suelto y los labios con poco carmín.

Eso era todo y sonrió, segura que de no contestarle significaba que algo en mí no servía o funcionaba mal. Hubiera sido ir contra mi naturaleza. Si la mujer me gusta, siento una pitón subir hasta la garganta. Allí se vuelve una bola y por un rato permanezco mudo: señal de de que estoy perdido. Por eso quedé embobado mirándola y fue ella quien metió conversación. Dijo que todo lo había planeado desde hacía tiempo. Que se pasaba soñando conmigo. Llegó a mostrarme pedazos de carteles donde aparecía mi foto. Recortes de periódicos que relataban los triunfos de Malambito.

Como dije, antes de Gladys las mujeres eran nada más desco disimulado. Me daba maña en conquistarlas y, izas! caían en esa sabrosa revolcadera de la que salimos vencedores, a pesar de quedar magullados. Eran puras hembras, como esas perritas que Ud. ve allí si entran en celo. Poco se puede hacer entonces. Los cuerpos se incendian y los brazos, en vez de alejar, atraen y aprietan para adentro. Algunas cosas se hinchan para facilitarlo todo y terminamos haciendo lo único que parece importante. Después nada permanece o muy poco: el escozor de alguna mordida o los arañazos; el dolorcito en los músculos y cierta flojedad de piernas, igual que cuando recibía un buen puñetazo en el mentón.

Aparte de eso, ni la imagen conservo de las mujeres que conocí. La gran mayoría se ve a oscuras y siempre cerramos los ojos al momento de mejor recordación. Pero con Gladys fue distinto: esa chiquilla se metió dentro de mí como una enfermedad. No era sólo el sexo, aún cuando bastante trabajo me costó conseguirla. Fue fácil descubrir lo del deseo oculto porque todo en ella era obvio. Por

mucho tiempo me comporté como un alucinado que únicamente quería estar cerca de lo que le gustaba.

Fueron aquellos mis mejores momentos en el ring. Al alejarme Gladys de las otras mujeres, de las que me sacaban la fuerza, me volví un boxeador difícil de cansar. Resistía y al fin me daban el triunfo por las apariencias. Aún cuando hubiera recibido una golpiza siempre semejaba estar fresco. Me daban y también daba trompadas; pero mi fuerte era resistir sin quejarme y eso impresionaba al público y a los jueces. En esos días me junté con Gladys. Su familia me rechazaba ¿qué podía ofrecer quien sólo sabía pegarse con otros? Ella estaba en lo que estaba y había invertido muchas horas en calentamientos. Así, cuando vio lo poco que quedaba por hacer, dispuso le mostrara la pieza: un cuarto pequeñito, confortable y alegre.

No me casé con ella como lo reclamaban sus hermanos, después de golpear al más fuerte de los dos. ¡Ojalá lo hubiera hecho! Por el respeto que infunde el matrimonio, tal vez no hubieran ocurrido aquellas cosas que ocurrieron cuando recommencé a andar con mujeres que exprimían mi fuerza. Me volví ciego para olvidar que Gladys se había marchado con un gringo. No fue por eso que hice lo de Pancho aquella noche en el Chichi. Entonces hubiera hasta envenenado de adrede al gringo. Pero olvidarla no me daba de comer y en cambio exigía dineros. Así fue como regresé al ring: en busca de plata para olvidar a Gladys.

La vida tiene sus cosas, sí señor. La pura furia que sentí porque Gladys se había marchado casi me transforma en campeón. Pero si una mujer me daba fuerzas, otras la quitaban. Al boxear, no sólo quería vencer por la plata, sino para que ella se enterara, donde estuviera, que no me había apabullado. Gané cuatro pelcas seguidas. Nadie podía explicarse aquella racha de puños y la destreza que de pronto mostraba. Por supuesto que después de cada triunfo me llovían las mujeres y los zánganos que siempre vuelan alrededor del victorioso. Tomaba tragos como un pozo sin fin y principié a darle al cigarrillo cuando se subía el alcohol a la cabeza. Ud. sabe lo que siente un hombre que le han roto el corazón: una verdadera gana de borrarlo todo.

En esas condiciones se arregló lo de Kid Tuñón, que era una pelea inevitable. Yo subí por mi escalera de palolocos hasta donde él había llegado por buen boxeador; eso no lo vi ni tenía cerca quien me lo dijera, como ahora se lo digo. Me había vuelto orgulloso y no escuchaba: tal vez por eso me dejaron pelear a sabiendas de lo que iba a ocurrir. Desde el primer asalto sentí me pegaban como nunca. El rostro del Kid parecía burlarse cada vez que mis golpes caían en el vacío. Nuevas trompadas me cerraron el ojo izquierdo. Al comienzo del tercer asalto supe que la voluntad me abandonaba y mi cuerpo

era un barco al garete. Un instante después, la luz se transformó en un reguero de estrellas. Caí aplastado por la gritería de la muchedumbre.

Así terminó Malambito. Bueno, aún me llaman de esa manera, como si hablaran de una cosa que no existe. Claro que no estoy muerto y Ud. me ve tan vivo como antes, rodeado por mis dieciochos hijos. Después de aquella última pelea morí por un tiempo y verdad que era como para morir. Cuanto existía a mi alrededor había desaparecido. ¡Cómo vive y muere uno en la cosas! Al instante que nos faltan sabemos dónde estamos parados. La tierra se abre y nos traga y no queda ni la sombra de nosotros. Cuando no estamos del todo muertos volvemos a salir. Fácilmente caemos en la zanja; pero cuesta trabajo regresar si no somos ya los mismos.

De esa primera muerte renací en el Chichi. Ya le conté cómo el Sr. Sepúlveda dijo fuera a trabajar con él. Creo que le di lástima al patrón después de haberme visto pelear por el campeonato. Fui porque el Malambito recién nacido necesitaba alimentarse para crecer. Crecí hasta donde Ud. conoce; ni un poquito más. Después de lo de Panchito y aquel gringo gigante que sacamos en parihuela, tuve mi segunda gran muerte, porque hay muertes pequeñas que no cuentan. Fue cuando el Sr. Sepúlveda dijo que me largara y le agradeciera no me metía en la cárcel. Hasta agradecido tuve que marcharme, yo que iba tan triste. Volver a morir, aunque no tenga experiencia, no es cosa para agradecer. Pasan ratos muy desagradables los que mueren aún por poco tiempo.

Seis meses pasé dondo vueltas como un trompo. Fueron días terribles. Murió la vieja y el casero me tiró de la pieza como el bagazo de caña cuando le exprimen el jugo. Me vine a vivir a Veracruz, que era una playa con pocos habitantes, todos náufragos como yo. Construí la choza en que vivo y sentí que esta gente ayudaba por el gusto de hacerlo. Los que menos tienen son los que más dan; sí, señor, lo he sabido durante los últimos años. Así fue como el chino Jorge me llevó al Fuerte Gulick, allí a donde aprenden a matar guerrilleros los soldados de América.

Al principio no quería ir. La fuga de Gladys y el chiste con el gringo del Chichi me habían hecho cogerle rabia a todos los americanos. Pero insistió el chino y cuando lo acompañé a la oficina de enganche todo lo tenía arreglado. No tuve nada que ver con gringos sino con mulatos, machiguas y unos cuantos criollos en el mundo donde me movía.

Pinche de cocina: esa fue la ocupación que conseguí. Después de unos meses, de tanto lavar platos y fregar ollas los dedos se me llenaron de vejigas. Fui a ver al jefe; tenía las manos hinchadas de una manera que recordaba mis peores días de boxeador. Para esa fecha ya Suzzy vivía conmigo. Suzzy es la perra cegata que Ud. ve en ese

rincón; estaba nueva, verdaderamente bonita. No sé por qué me acompañó donde Mister Harris, que así se llama el jefe. Bueno, no Mister, que quiere decir señor, sino General Harris: un general que ha ganado sus mejores batallas en la cocina. Suerte que llevé la perra. De otro modo no sé dónde estaría, ya que por un rato dijo palabras en inglés sin levantar la cabeza y sólo se fijó en mí cuando Suzzy ladró.

El General Harris era presidente de una sociedad protectora de animales. Suzzy lo embobó igual que hembra irresistible. Aquel día se levantó del escritorio, se agachó para estar cerca de ella, permitió que le lamiera los carrillos. Su mano derecha temblaba mientras acarició su lustrosa piel. La perra, mimosa y coqueta como ellas saben serlo, se derretía. Terminó acostada mientras le sobaba las tetas, que lo hizo semejante a un novio. A lo menos se condujo como si yo hubiera sido buen suegro. Intentó decirme en español cuanto le gustaba Suzzy; averiguar su parentela, sus hábitos, las anécdotas que yo recordaba. No podía creer era una perra vagabunda recogida en la playa. Su reacción fue como si se tratara de una princesa perdida, heredera de un reino fabuloso.

El general quiso morir cuando le dije que con Suzzy eran seis los perros recogidos. Le pareció que el mundo estaba condenado a desaparecer fulminantemente por estas ingratitudes. Quienes tiraban sus perros a la calle eran los autores de todas las desgracias que sufrimos. Demonios abominables, sí, eso eran. Naturalmente que quienes los recogen merecían ser colocados en los nichos de las iglesias: Almas bondadosas que Dios disemina por ciudades y campos para consolación de los abandonados canes. Un pobre paria como yo que no tenía casi que comer y alimentaba seis perros era la encarnación divina que todos aguardaban. La sociedad protectora debería intervenir, e intervino.

Por eso Ud. encuentra hoy a Malambito redeado de sus dieciocho hijos. Llegué a tener veintidos perros antes de que tres escaparan. La Chomba, la más consentida, murió hace cosa de dos meses. Tigre, Pekin y Laika están conmigo desde el comienzo. A todos los encontré abandonados en la playa. La sociedad protectora me ayuda y me alegra mucho encontrarlos. Cada vez que informo sobre un nuevo perro aumentan la comida, pues la orden es darme los desperdicios. En una de las cocinas me lo negaron y botaron al cocinero. Para el general Harris el asunto es tan terrible que si lo hubiera sabido no hago intriga para que despidieran al hombre. Pero mis hijos tienen que comer, mis hijos y yo. Todos comemos de una sola servida; vivo de ellos y ellos de mí.

Ya no trabajo en Fuerte Gulick, porque la recogedera de comida ocupa muchas horas. Sería más fácil, si tuviera un refrigerador además de esa gran olla que ve sobre el fuego. Allí cocino lo que me dan hasta cuando extraigo la grasa, que vendo en el vecindario. Con esos reales compro las otras cosas. Como comprueba estoy lejos de morir otra vez... Soy libre, completamente libre... Todo lo tengo y nada me falta.

JUAN DAL VERA

*Poemas desde una casa
para locos*

PRIMER POEMA PARA UNA LEJANIA

No escribo para ahora
sino para un libro lejano:
para tierras extrañas
con viajeros y barcos,
para soldaditos de plomo
y zandalias de soles
que se despertarán
con mis trabajos.

Aún así
no se condecorará
mi sacrificio
con el pedazo de pan entre mis manos.

No escribo para ahora
sino para un libro de siempre,
porque por aquí pasará el arado
donde la tierra dolía
y donde el sol quemaba
la corteza de polvo.
Por aquí arrastrando
mi sombra.
Por aquí el desvarío.

Selección del libro de poemas premiado en el Concurso Miró 1974, *Poemas desde una casa para Locos*.

Allá la tierra rota,
la semilla del hombre adormecido
en tiempos remotos,
allá el aleteo,
acá el pasado desvanecido
en negros plumajes
que ahora revuelvo,
y ello basta para que todo sea lejano,
comenzar aquí
sondeando esa infancia desnuda
y desnutrida de penas,
aquel amor infantil
por los meses de Marzo
cuando los sueños no eran
sino pequeños botones,
minúsculos brotes de risas,
cosas pequeñitas
esparcidas por el campo,
y después una cara bonita.

LA BUSQUEA, SI LOS PERMITO

Busqué para encontrar
el pretexto de los nacidos,
seguí para dejar ejemplos,
para que no dijeran
ni ustedes, ni ellos, ni los otros,
ni los que ni buscaron,
que me dí por vencido,
que fui cobarde
aún si, en vez,
fui cauteloso,
pisé mirando dos veces,
sentí extasiándome cien,
dí mil veces para recibir
una sólo vez
algo
blando
que consideraba puro.

Ahora el pretexto continuaba.
He dicho, ahora continuaba.

Alguien murmuró:
tócale el hueco
a ese diamante,
búscale su luz
extraviada.
Pero cuesta trabajo
trascender
lo que se ha establecido
y cuando no se ha perdido nada
de lo que no se recuerda
si no lo permito.

PORQUE NO SUPIMOS ENCONTRARNOS

Porque no nos pudimos encontrar aún encontrados
entre el amor de los terrestres,
porque fuimos ausencia y presencia juntos
en el mismo fuego pero en diferentes hornos,
por eso, porque no supimos ni cómo ni cuándo
ni dónde, si entonces o ahora, si mañana,
si quizás cuando un día al despertarnos
nos encontraríamos sólo huesos,
si quizás un día por la calle,
porque no supimos, porque fuimos ignorantes
e ignorados,
porque por nuestras cabezas de tomates
daban vuelta otro millón de cosas,
por todo esto y aquello,
porque tú eras diferente a mi yo
y porque yo fui diferente a tu tú,
porque nosotros no éramos nosotros entonces
ni éramos otros ni éramos nada,
porque mañana era tarde y hoy aún temprano
y ayer ya era pasado. Por eso
falló todo con dolor en el vientre.
Quizás por nuestras edades de cosas
aún demasiado dulces
y porque lo amargo eran risas,
quizás porque el camino era estrecho
para nuestras anchas huellas
o quizás porque se perdieron en el estrecho camino.
No sé. Pero también por eso,
si por el si me quieres
y si por el no te vayas
o si por el sueño que dormimos
antes de la noche,
si por la lúgubre esperanza que quedó
del si regresas
y por el porque te encontré con otro
en la ancha campana
que se quedó muda para siempre,
por el vuelo de los cuervos
que nos echaron sus cenizas negras,
porque no aprendimos ni quisimos
quedarnos ignorantes o ignorados,
por aquello que no dijimos
cuando comenzaba a caer el luto
sobre nuestros ojos,

porque ya todo se moría,
y por lo mucho que dijimos
cuando debimos guardar silencio.
Por eso y por todo, y porque no supimos
y porque no creímos
ni en cómo ni en cuándo ni en dónde,
ni en mí, ni en tí,
porque fuimos egoístas,
ni en yo en tí, ni en tú en mí,
porque éramos otros
que no conocíamos
sus redondas caras.

Por eso,
porque el camino fue largo
y las piedras dolían
y porque lo sabíamos,
y porque no quisimos
dejar allí la sangre sacrificada,
por esto no supimos seguir juntos
con las heridas
bajo el mismo paso,
y porque con el frío de este mundo
se tiembla
cuando se está solo
dentro del alma,
no supimos mantenernos.
Porque por muchas caras bonitas
y porque por muchas camas calientes
y porque por eso que no hicimos
porque por lo que hicimos con otros,
y porque por aquello
y porque porque sí
y porque porque nó
cuando debimos
haber apartado
el silencio, el orgullo y el vacío
cuando la soledad nos apretaba
las manos;
porque fuimos dos palomas ciegas
que no pudieron regresar
más nunca
a las grietas
en la vieja torre
de nuestra historia

donde una campana
nos echaba de menos
con tres tácitas campanadas.
Por eso, porque volamos lejos
el uno del otro y del nido y de la grieta,
por caminos más adaptos, por menos frío,
y porque no supimos
encontrarnos
y porque si quizás encontrados
estaríamos aún perdidos.

PLAYEROS

Castillos de arena,
castillos de arena,
contra el aire iracundo,
azotados por la brisa,
derrumbados por las olas.
Derrumbados.

¡Oh, castillos, dulzuras,
hechos de arena,
dejados por las manos
que moldearon tus paredes,
por las manos juguetonas
de niños playeros
que pusieron banderitas
en tus débiles torres!

Castillos de arena.
Las olas que van... y vienen.

EL SONDEO

Este lugar que se araña adentro
es una imagen,
y me dijeron,
“ ¡Aquí no existe Dios, muchacho! ”
Pero siempre busqué su nombre
escrito en las paredes,
tal vez por alguna mano temblorosa
que iba de pasada.

Lo recuerdo.

Este lugar es una ciudad
que se araña adentro.
¿Quién eres?
¿Qué eres?
¿Dónde llevas tus respuestas?
¿Dónde tienes tu demonio?
¿Porqué no me amas a esta hora?

¡Ah, pero el amor así era triste,
y el hombre así era tan cabizbajo
y todo era triste, después de todo!
Y la voz del hombre en mí ahora es triste:
el hambre mañana regresaba,
y las ganas de amar mañana regresaban
y el amor se escondía en cada rostro
y el hombre en mí regresaba
con pasos llenos de susurros sigilosos.

Es cierto que todo es triste y bello. Así.
Y todo alegre y feo.
Y el lugar se arañaba adentro
y el frío... ¡cuánto era frío con rabia!

Este escondite así tan arbitrario
es una ciudad de perros pulgosos
y lo mismo esa ciudad anterior
y aquella
y esa
y todas
y el campo...
¡ah, sí, el campo tiene
también sus pulgas, y no las tiene!

El vecino no las tiene, es feliz
y no lo vemos. Sólo que canta
en las mañanas
y habla consigo mismo
diciendo cosas enlazadas
por su apasionada lengua.
Me han dicho
a voz baja
que es un hombre satisfecho,
que se cura lentamente
y que duerme bien, lo suponen.
Y también, que hace el amor contento
con su mano temblorosa
y que tiene tanto hijos
como dedos tiene su mano,
y que no tiene perros.

Pero hay veccs
en las mañanas
cuando se levanta de su espeso trabajo
veo que lleva
arañazos en el cuerpo.

Es porque cada cosa se araña desde adentro.

Una niña sobre el prado
en una pintura verde-rosa
se araña adentro
con una flor en la mano.
Se araña adentro.
Porque es una pasión piadosa.

Y yo sé esas tres lenguas
que ella habla en su silencio,
por el arañazo que dejó suelto
en un momento transparente:
Y yo sé quién eres.
And I know who you are.
Ed io só chí sei.

Yo las sé y las hablo bien en el extranjero.
Y las hablo bien en este lugar extraño,
y las he hablado en todos los lugares
desde donde he callado por una mentira desdentada
hasta donde todos llevamos marcas
entre piel y paredes altas.

A NEFADIS QUE SE FUNDIO EN LAS COSAS DE LA TIERRA

A veces pienso en tí, Néfadis,
cuando veo el agua de los altos ríos
bajar las montañas y que entre rocas
busca en tremenda turbulencia
el ancho camino de las playas,
como si hubiera oído las voces de las olas
llamar tu nombre desde lejos.
Pienso en tí cuando en esa jornada
te escurres entre mis pálidos dedos
con un lánguido suspiro
de musa viajera
que trae en su bagaje de limo y tierra
esa gota de agua inútil a mis ojos,
esa sal licuada
que visten con una flaca sonrisa
a mis labios ya marchitos.
Y así los poemas tristes
regresan todos a popular la antigua casa,
acá al norte de mis ojos.
A mí, revuelto tan difícilmente
entre esta pobre gente de la tierra.

A veces el viento sopla desde sus pampas
y por entre las hojas verdes todavía
siento murmurar tu tierno nombre,
ese nombre de soledad y espera,
“Néfadis... Néfadis...”,
miel que dejaste en la pluma,
sabor a fuego dulce que devora
a la leche en medio de la noche.
Y sigue el eco entre los peñascos
que intentan detener la avalancha
de ese sonido con olor a riachuelo:
“Néfadis... Néfadis... ¡descansa!”

A veces cuando camino siguiendo las huellas
en este viejo territorio de destrucciones
que dejaron los pasos de la guerra
que emprendió la envidia con el sueño,
siento de pronto que tu nombre se escapa
de entre las ruinas desechadas
y juro que siento tu respiro
y me detengo y me digo entusiasmado,
“Néfadis! ”,

y vuelvo la cabeza y te busco
para entristecerme luego nuevamente
al sólo ver huellas calcinadas
dispersas en la tierra.

¡Con qué amargo sabor a veces
uno se levanta en las mañanas!

Néfadis de mis auroras
celestiales y lejanas,
a veces pienso en tí confusamente
al sentir los ecos de ese inmenso río
que se va con mudo trote.
Entonces comprendo que es el sueño
que agobia a la miseria
de sentirme inmensamente solo,
y así te fundes en las cosas de la tierra,
entre esta pobre gente somnolienta,
que son mis compañeros funerarios.
Y regreso al lecho, ya cansado,
para vertir mi sueño derrotado.
Pero aún allí te busco y me entristezco
y al cerrar los ojos con dolor de llagas
me digo muy calladamente,
“Néfadis...Néfadis... ¡escucha! ”

QUERIDO YO

Alma mía, pobre poeta de la tierra,
amado por tan sólo yo y algunos otros
y quizás por alguna remota estrella
y por algún planeta.
Triste alma mía, sonrisa interna
cuando en la mañana te levantas
con una nueva esperanza risueña,
envía ese mensaje suave y puro,
ese clavel que caerá sobre la frente
de los que acechan mi derrota.
¡Desátate
de tu espiral humeante de emociones!
Alma mía, querido yo, sin nadie más
en esta tierra que los que te aman,
cuando me aman;

alma, así puramente imperfecta,
yo, aquí, desde la tierra,
en tí, desde tí, desde quién seas en mí
y lo que seas, ¡es que no sé! ,
ya naranja infinita, uva
que crece próspera en la vid,
ya suspiro, dolor, llaga incurable
que duele sólo en la noche
cuando se aprieta,
y que duerme de día,
manifiéstate,
desenfrena
tu carril de hilos impetuosos,
grita al mundo lo que sientes,
pide,
clama,
demanda,
emerge de esta tumba de carne y huesos,
sin respiro, sin más dolores,
sin palabras
(porque las palabras desbaratan todo),
silenciosa como el agua
cuando corre en la quebrada
hacia la canción
de la espuma de los mares.
Sola, sin tu sombra
y con tu amor eterno en el espacio.

Alma mía, pequeña cosa
que cae y se derrota,
pequeño mundo de limones,
triste alma,
vigilando siempre
y olvidada.

Y VINO LA RESURRECCION

Los soldados pelearon bien
hasta que el frío los alcanzó.

El frío frío de la causa
impuesta por la devoción de los sentidos.

“Inculati! ”,
Romanaccio del siglo veinte, pero gritaron.
Porque el juego de los hombres es serio.
Es cosa seria.
Apesar de que aquel frío
vino a lastimarlo todo,
a estropear la encuesta.

Maldito frío,
yo te condeno
a ir mano a mano con la soledad,
a visitar a los hombres
a través de los cristales
de sus ventanas en Diciembre,
a través de sus líricos vidrios
de lucidez.
Te condeno
a desgarrar pechos
malhechos y maltrechos
y correr a refugiarte
a cimas altas
con tu cara blanca,
con tu alma blanca,
con tu conciencia inmensamente blanca
y fría.

EL JUEZ DE LA MANCHA

El juez de la Mancha,
no el Caballero,
no el Canal
hundiendo sus banderas,
no la marca que mortifica
al limpio,
sino el juez único y verdadero,
el guerrero multiforme,
el erecto humanoide,
desde su trono de piedra
con su cerebro
de tres libras y media
decreta:
¡ESTAS LOCO!

Y todo se vuelve
un humo negro.

SI ME MIRAS AHORA

Si me miras ahora
verás el rostro
de un niño muy antiguo
maquillado de edades
y de otras pocas cosas.

EL DISTINTO: RI 8

Debo admitir
que estaba confundido
a duras penas,
que un letargo infame
me corrompía la lógica,
que me paseé
por Guadalupe Street
muy confiado
de las magnitudes
que sabía no haber tocado,
y de las dimensiones
y de la cordura
y de la locura
y del culo jadeante
y de la boca amarga,
que susurré a veces
pobrezas
de un ímpetu herido,
un orgullo flaqueante.
Debo admitir
todo esto, y más,
aquello
que no me atrevo
a recordar
(o simplemente mencionar),
que padecí
el mismo mal
de todos los hombres,
que no fui distinto
excepto por la marca
de lavandería
sobre el cuello,
sino el mismo,
que igual era el que no moría
al que vivía muerto,
que me indagaron
e indagué,
que me probaron la esencia
y que a veces engañé
en las redondas sesiones
de los menos locos,
de los más cercanos
a lo que debían ser
todos los hombres.

Hoy debo admitirlo
con flacas fuerzas,
que me encrespé un poco,
que fui lo que se esperaban y dejé a todos satisfechos
malgastando notas en ficheros
y carteras espantadas
en manos de doctores,
filósofos, enfermeras,
ayudantes, quiebra-huesos,
tratamenteros,
mecánicos eléctricos
y electricistas
desconcertados y frustrados,
y a mí mismo celoso
de lo que era:
vastedades.
(Si es que es una palabra).

UNA CASA PARA LOCOS, DE CRISTAL TRANSPARENTE

...desde aquí,
rodeado de estas paredes innobles y tan blancas
que me asfíxian,
pienso en las cosas
que me fueron comunes:
en tardes calientes,
más calientes que nosotros.
Sofocan
las tardes intensas
porque son viejos bueyes jadeantes
arrastrando arados callados,
pero...

...desde aquí,
a donde no llegaron,
la pena se hace menos grave
y menos llena de tristeza.
Aquí me empalmo
porque la verdad
es redonda como el fuego,
aunque lloro
por dentro
de alguna forma.

Desde aquí,
desde donde comienza el nunca pensé en llegar a esto
ni en quedarme.

PERDONANDO A LOS HOMBRES ESCRIBO

Los que me mandaron no los condeno.

Ringrazio ai menno pazzi.

Todo aquello que quedó
al otro lado de estos muros
es incertidumbre.

Y habrá quien me pregunte
de qué lado estoy,
¿si del justo o del que marca
al hombre

a vivir en zozobras?

Y habrá quien les responda;
aquí léo el verde,
susurro, florézco,
digo lo que no me permitieron
palabrear sin no ser juzgado.

Y habrán jueces
y les diré,
por ejemplo, señores jueces,
ayer en la tarde
amé un árbol
y para los otros de aquí
esto era cierto.
Sólo cierto.

Y sus lenguas se caerán
en algo picante.

Y NO QUIERO DECIR, AUNQUE QUISIERA

Amarte es como amar cosas lejanas. Esto lo callo.
Es como amar pasos dejados atrás en el tiempo
y ahora llenos de polvo de mil años de tierra.
Y no quiero decir que he amado siempre la distancia
porque soy huérfano de ella,
y no quiero decir, aunque quisiera,
que he amado los filos de cada vida
aún si muchos me cortaron las vías de la sangre
y abrieron otros caminos por mi cuerpo.

Pero quiero decir que cada noche construye
su eje de necios recuerdos
y un enjambre de eras semi-ocultas
en una estructura bien precisa.

Y tú me trajiste flores marchitas.

Es ser hermano de la tierra
el que ama con amor de campesino
y hoy quisiera ir al río a bañarme desnudo
para lavarme esta inquietante parentela
que nos une por la sangre.
Y no quiero decir, pero quiero hablar
cada palabra sofocada,
aún si hablar aquí es como decir nada,
apesar de tener los labios limpios.

A veces amo al silencio
o a los desganados suspiros de otros.

Y tú me trajiste flores marchitas.

Si no he hablado hasta ahora
es porque tengo miedo que en la lengua
me crezca el musgo infame de la injusticia
y que una mano ignota me corte el alma
y se la regale a carniceros
con costumbres ociosas de comercio.
Por eso callo, aunque quisiera
que mi lengua fuese
el vuelo de un colibrí insatisfecho
buscando en cada oído hecho flor silvestre
las distancias entre el verde
(que son los años buenos de los campos).

Pero tú me trajiste flores marchitas.

A veces pienso que quizás callo
porque el miedo es el mejor rincón para los hombres
y porque sé que el campo es inmensamente vasto
y las flores... bueno, tantas, tantas,
y porque sé que ningún colibrí parece lengua en vuelo
ni ninguna lengua es un ave triste.
Y no quiero decir, aunque quisiera,
que me han cortado otra arteria
y abierto otra brecha por mi cuerpo.

Y por eso yo quiero hablar
porque estoy cansado de heridas
y de llagas pestilentes
y de lenguas hipodérmicas
con tranquilizantes nociones.

Quiero hablar al momento justo en que me arranquen
el metal entrelazado por mis dientes
para ser hermanos en surcos cosechados
y no sólo de la tierra polvorienta.

Y así rechazaré las flores marchitas que me traes.

A TI LOS HOMBRES CON PESANTES PASOS LLEGARON

A tí los hombres con pesantes pasos
llegaron.
Llegaron
sus secretos malditos y sus ojos cerrados
con polvos de sueños
y volvieron a verte dormido después de otro año
como científicos locos que prorrogan la vida
detrás de las puertas.
Porque es allí donde incuban sus maléficos planes,
estos hombres,
allí donde perpetran, allí donde deshacen
la luz
y desde allí te mandan cuartos cerrados
para toda la vida,
no con sus manos sino con sus leves respiros,
sólo porque han vuelto a verte dormido
en el sueño que ellos quisieron.

Hay cosas.
Hay una luz inmensamente nueva
como una llaga en tus ojos,
y contiene cerrada
visiones extrañas
que mantiene quieto al silencio
bajo sus lijeras pestañas.
Y hay cosas todavía.
¿Las sientes?
Allá abajo en la profunda pregunta,

bajo los talones de esos hombres que acechan,
por entre las cenizas de sus huellas dispersas,
detrás de redes metálicas
y largos corredores incautos,
cosas frías e impalpables.
Y todavía hay otras cosas:
vidas que sus fuertes pasos sofocan
para mantenerlas calladas.
Y sus secretos se difunden por tus lentas raíces
y te llevan sus savias ocultas.
Y sus secretos se difunden por tus lentas arterias
y te enfermas de una vida prestada.
Y es una vida acechada desde puertas lejanas.

No quisiera decir verdades porque me miran
los ojos azules de un cielo infinito
y todos los ojos oscuros del mundo.
Pero hay cosas.
Es un miedo terrible decirlo.
Severos secretos malditos y ojos cerrados
y hombres malignos con caras de piedra
que quieren volver a verte dormido
en el sueño que ellos fabrican.

LOS PRIMEROS CAMINOS

La guerra allá afuera:
tambores,
flacas muertes
que resuenan y resuenan,
que arrastran
con dientes somnolientos y perfectos
a niños sin caras,
a hombres sin nombres,
sin padres,
sin hermanos,
sin amantes
transparentes,
hombres de batalla
que llevan la muerte
a sus espaldas,
en sus mochilas,
en sus dedos,

por todas partes
del cuerpo
y que saben que luchan
en un alimento triste,
y no saben a dónde van
y no saben de dónde vienen
y no saben porqué la guerra
y no saben porqué
y no saben.

EL HOMBRE LOCO CAMBIA PIELES

Si cuando por alguna razón
tenemos que explorar las tramas
para sentarnos a deducir
cada soledad ganada:
una, dos, tres, cuatro... cinco,
¡QUE INFAMIA! ,
he contado cinco soledades sueltas,
una más fuerte que otra,
más duradera, más real
entre los quiebres
que lleva la conciencia,
entonces es que llegó el momento
de cambiarnos de piel,
cambiarnos de nombre:
dejaremos de comer arroz
para que no vayan a decir
que tenemos vicios orientales,
y no nos pondremos flores
en el pelo
para que no murmuren
que somos de cristales.

La medida caerá fuerte:
cinco varas,
dos metros,
treinta yardas,
cuatro codos,
siete pies,
dos narices,
veinticinco dedos
explorándote el cuerpo,

cientos de piezas como multa
por insulto,
sentarte atrás en las salas
para contener la epidemia
que despide tu cabeza,
para que no contamines
el medioambiente
y el ambiente entero,
no buscarás asilo
sino que te mandarán
a casas rotas,
empatadas con cemento
y rodeadas de alambres de púas,
pondrán rejas metálicas
en las ventanas
y hasta en los huecos
que hicieron los ratones,
esconderán las sogas
para que no te ahorques,
te quitan la correa
y los cordones de los zapatos,
nada es de vidrio,
nada de lata,
no te alimentan con carne
para que no uses cuchillos,
a los rosales
les quitan las espinas,
te espían ángeles blancos
(que en realidad son
del color de la carne),
otras cinco varas
cuando descubran
que eres
demasiado triste
y muy elemental,
que no te lavaste las manos
de tu regreso por el norte,
y más adelante
un juez
(también todo blanco)
leerá tu testamento,
cualquier cosa que escribiste,
y dirá que son locuras,
que no hay coordinación
de sensatez:

blasfemias literarias,
putrefacciones cerebrales
en un ataque de locura,
ego sum delirium,
que eres culpable
de haber pegado un grito
al cual no tenías derecho
y te sentenciará
a cinco cuartos blancos,
a dos pabellones diferentes,
respectivamente,
donde te aplicarán torturas
del siglo veinte,
y cambiarás de piel lentamente
como las lagartijas,
como las culebras,
como los cocodrilos
que a la fuerza
deben donar sus cueros
al grito de la moda.
Y te sentarás a esperar los años,
a que alguien te visite,
a que alguno se conmueva,
a que la cabeza se te llene
de razones suficientes,
a que se te endereze la joraba
que se te formó en el juicio,
te darán drogas exquisitas
para que olvides
lo que tenías que olvidar,
te recordarán que no recuerdes
lo que no querías recordar,
todo un laberinto, amigo,
todo un lento suspirar.
¡Tantas noches son tan blandas
que te dan ganas de vomitar! ,
y por eso otros dos metros de castigo
y la piel, otra vez, te obligan a cambiar:
y dejas ya de ser hombre,
y dejas ya de ser animal,
y dejas atrás la moda
(o la moda te deja atrás).

Te vuelves más colonial,
más esquelético,
más epicéntrico,
más deforme es tu caminar.
Angustia santa
o simplemente angustia
por querer gritar.
Y más ángeles blancos
te vienen a consolar.
El tiempo ya no es tiempo
cuando lo dejas de contar,
te parece que todo
te comienza a rimar:
las risas, el silencio sepulcral
cuando ponen a los locos
en sus camas a roncar.
¡No estoy loco, te repites,
estoy cuerdo de atar!
Pero eso no importa cuando el gong
ya ha marcado el compás.

Treinta días son treinta años,
treinta años multiplicado tres,
treinta días con sus treinta noches
que son treinta siglos de pensar.
Si por cada día un ángel blanco
cuentas treinta pieles al despertar,
treinta hombres en el más allá.
Treinta veces te cortarás las venas
hasta que de memoria te llegas a aprender
el color que corre dentro de tu ser.

Por cierto es que te acostumbras
a estar sentado como estatua
deduciendo cada soledad,
y escribí poemas tristes
y cartas largas a no sé quién,
hasta que un día vino
el último ángel del Edén
que con una voz amarilla me dijo:
“Lo van a dejar salir,
vaya a cambiarse de piel”.

Así, no más.

Y me puse una piel oscura,
más oscura que mi propia piel.

NO ERES DE NADIE

No eres de nadie.
Ni de tí mismo
ni de la tierra
ni del cielo
ni de la locura
que te duerme
en tu destino.
De ninguno
y de nada.
Eres un despertecido.

No podría ni decir
que eres una barca a la deriva.
Una barca es del mar y de los escollos
y del marinero.
Y si no tiene marinero
es sólo del viento:
pero tú no tienes viento.

No eres ni como una barca hundida
porque esta encuentra fondos.

No eres de nadie.
Eres soledad sin tí mismo
y nadie te ha botado
ni te ha recogido
ni te ha mirado
ni se ha parado
a pedirte el nombre.
Y no tienes nombre
sobre tu nombre.
No tienes nada.
No te tienes ni a tí mismo.

¿De qué te morirás
cuándo te mueras?
¿Qué enfermedad se comerá tus soledades?
¿Y sabes? ... ¡a la tumba no irás
porque no hay tumbas!

AL ENTENDIMIENTO

Quiero que escribas
por mis manos,
por mis dedos, por mis uñas,
escribe "siempre"
para que ello lleve significado
de latente,
de fundido en el con ahora
hasta mañana
que nos queda
a la vuelta de la esquina.

Debo querer que escribas
por mi pluma,
desenvainarte en la tinta,
protegerme
en el frágil cristal de los papeles,
que es la razón más exquisita que comprendo.

YO QUIERO SER ROMANTICO

"Yo quiero ser romántico",
y se voltearon veinte cretino desganados,
veinte cerebros duros
para ver quién había dicho así de pronto
semejante impertinencia.

Ahora comprendo que los románticos
tienen el factor medido,
no tienen puestos sino detritus,
que pisan suave, demasiado lentos,
para no dejar las hormas
de sus pies uniformados de zapatos.

Y ASI DIBUJE MARIPOSAS

Dibujé mariposas
para entretenerme,
era para dejar pasar el tiempo
que no tenía alas
sino horas con raíces
remendadas.

Un día me di cuenta
(quizás fue el único
sabio descubrimiento)
que con ellas
podía encontrar
territorios.

Y dejé volar al viento
mariposas dibujadas,
alas sueltas
que había concebido
del entretenimiento.

PARTIR HACIA LEJOS

Más lejos de nosotros dos
nos iremos tú y yo.
Lejos. Mucho más lejos.

Hacia donde los minerales
no llorarán nunca más.
Lejos. Nunca más.

Con un silencio casi religioso
y con zapatos ágiles y fuertes.
Hacia más lejos. Mucho más.

Y nunca más volveremos
aquí donde crecimos,
aquí donde vivimos
por tan poco tiempo,
aquí donde morimos
por tanto tiempo.
Aquí donde nunca más. Jamás.